

OTRO IMITADOR DE CERVANTES EN EL SIGLO XVIII

No soy *cervantista* en el sentido de conocedor de todas las producciones eruditas, aun las de orden inferior ó secundarias á que han dado origen la vida y escritos del autor del *Quijote*. No estoy muy seguro, por consiguiente, de que la obra sobre que me propongo hablar en este artículo no haya sido traída ya á la bibliografía cervántica en alguno de los innumerables trabajos que á diario se publican sobre el asunto, dentro y fuera de España. Mis propias indagaciones y el parecer de algún insigne especialista me han tranquilizado algo sobre el particular, en el grado en que estas cosas pueden causar inquietud al que de ellas escribe. Como quiera que sea, el libro de que se trata es una de las más curiosas imitaciones de la gran novela de Cervantes; imitaciones que, empezando en el *Quijote* de Avellaneda, publicado en el intermedio de las dos partes auténticas, esto es, en 1614, acaban en el que lleva el título de *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, de D. Juan Montalvo, publicado en Francia en 1895 y recomendado á la curiosidad de los aficionados por nuestro ilustre Valera, con su benevolencia habitual, con la que muchas veces encubre y disimula aquella su finísima ironía, pero que esta vez quizás haya sido parte á que últimamente fuese reestampado en Barcelona el susodicho libro del autor hispano-americano (1).

Las imitaciones del *Quijote* son de dos clases. Pretenden unas *continuar* la obra cervantina, que por lo visto suponen incompleta, haciendo intervenir en las suyas los mismos personajes, poco más ó menos, y con el carácter y circuns-

(1) *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, ensayo de imitación de un libro inimitable. Obra póstuma de Juan Montalvo. Barcelona, Montaner y Simón, 1898, 4.º, cvii-340 páginas.

tancias que ostentan en la obra original. De tal naturaleza vienen á ser, dejando á un lado algunas extranjeras, como la francesa anónima de 1726, citada y estudiada por el insigne cervantista D. José María Asensio (1), la inglesa de Ricardo Ward y las que bajo el engañoso título de *traducciones* son en realidad nuevas obras (tales agregados é interpolaciones llevan), las castellanas, *Adiciones* de D. Jacinto María Delgado (2); unas *Instrucciones de Sancho Panza á su hijo* (3), de autor no conocido, y las respuestas que motivaron (4); la *Historia* del propio Sancho Panza, desde la muer-

(1) *Suite nouvelle et veritable de l'histoire et des aventures de l'incomparable Don Quichotte de Manche*, traduite de un manuscrite espagnol, de Cide Hamet Benengeli, son veritable historien. 6 vol. 8.º El último comprende la vida de Sancho Panza, *alcalde de Blandanda*. (Véase *Revista de España*, tomo XXXIII (28 de Agosto de 1873), págs. 451 y siguientes.

(2) *Adiciones á la historia del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*, en que se prosiguen los sucesos ocurridos á su escudero el famoso Sancho Panza, escritas en arábigo por Cide-Hamete-Benengeli, y traducidas al castellano con las memorias de la vida de éste, por D. Jacinto María Delgado. Con licencia, en Madrid. En la imprenta de Blas Román. Sin año. 8.º, 374 páginas y 20 hojas preliminares. Esta obra fué impresa verdaderamente en 1786, como se ve por el *Memorial literario* del mes de Julio de dicho año, página 285, en que se anuncia como nueva.

Sin los preliminares fué reimpressa por el editor Mellado, en Madrid en 1845, en 8.º, 216 páginas y varios grabados.

(3) *Instrucciones económicas y políticas dadas por el famoso Sancho Panza*, gobernador de la Insula Barataria, á un hijo suyo, apoyándolas con refranes castellanos, en que le prescribe el método de gobernarse en todas las edades y empleos. Segunda impresión aumentada con otra instrucción. Las da á luz D. A. A. P y G. Con licencia. Madrid, en la imprenta Real MDCCXCI. 8.º, 64 páginas. Antes, en 1790, habían sido ya impresas y provocado la contestación de que se habla luego. A esta segunda edición contestó también don Alejandro Ramírez. D. José María Sbarbi reimprimió este folleto en el tomo V de su *Refranero general*. Madrid, 1876, página 1.

(4) *Engaña bobos y saca dinero* Este es el título que quiso dar y puso el autor al fin de su contestación á las *Instrucciones* citadas antes. Fué impresa en Madrid en 1790; 23 páginas en 8.º El *Memorial literario* de Septiembre de dicho año anuncia este folleto con el título de *Quexas de Sancho Panza á Don Quijote sobre algunos testimonios que le han levantado algunos escritores modernos*. Por el tamaño, número de páginas y, sobre todo, por el contenido, según lo expresa el *Memorial*, resulta que es el *Engaña bobos*. Sbarbi lo reimprimió en su citado *Refranero*, tomo V, pág. 187.

Respuestas de Sanchico Panza á dos cartas que le remitió su padre desde la Insula Barataria, que consta por tradición se custodiaron en la Academia argamasillesca. Primera que publica, en honor de la verdad y de la fama y familia de los Panzas, Ramón Alexo de Zidra (anagr. de Alejandro Ramírez). Alcalá, en la oficina de D. Isidro López, año de 1791. 8.º, XII-38 páginas. Sbarbi reimprimió también este folleto, ob. cit., pág. 41.

te del hidalgo manchego, también anónima (1), y ya en tiempos recientes, la desgraciada tentativa del catedrático de Burgos D. Manuel Martínez Rives, en su *Tercera parte del Quijote* (2), y las *Nuevas aventuras de D. Quijote*, obra de otro hispano americano (3).

Pertenecen á la segunda y más numerosa serie las verdaderas *imitaciones*, aquellas en que la semejanza es solo de intención y procedimiento. Con nuevos personajes, revestidos de diferente carácter ó condición, y con sucesos de otra naturaleza, van los autores de estas obras desarrollando su argumento de un modo que, sin embargo, tiene gran analogía con el mecanismo ó sistema empleado por Cervantes. Todos llevan por fin satirizar ó ridiculizar algo y concentran el interés en un personaje caricaturesco en quien individualizan aquello mismo que intentan combatir; y éste héroe es el que á costa de mil tropiezos y contratiempos realiza en parte el objeto que motiva sus andanzas y aventuras.

Á este género pertenecen el *Hudibras*, de Samuel Butler (1663); el *Sir Launcelot Graeves*, de Smollett (1762), traductor además del *Quijote* en 1755; la novela alemana de Wieland, *Don Silvio de Rosalva*; *El Quijote femenino*, de Carlota Lennox (4) y quizás otras que no conozco. Entre nosotros

(1) *Historia del más famoso escudero Sancho Panza*, desde la gloriosa muerte de Don Quixote de la Mancha hasta el último día y postrera hora de su vida. Parte primera. Con licencia. En Madrid, en la Imprenta Real, año de 1793. 8.º, 9 hojas preliminares y 352 páginas.

Parte segunda. Con licencia. En Madrid, en la imprenta de Villalpando, año de 1798, 8.º, 8 hojas preliminares y 270 páginas. Según se dice al principio, parece que esta segunda parte es de autor distinto.

(2) En *El Caballero de la Triste Figura*, periódico semanal que se publicaba en Burgos en 1867, y con el seudónimo de *El Bachiller Avellanado*, insertó el Sr. Rives esta su *tercera parte* incompleta del *Quijote*.

(3) Luis Otero Pimentel. *Semblanzas caballerescas ó las nuevas aventuras de D. Quijote de la Mancha*. Habana, 1886, 4.º, 383 páginas. Introduce el autor al propio D. Quijote y á Sancho con otros personajes e i que no soñó Cervantes, como un cacique de Maniabo.

(4) Esta obra inglesa fué traducida al castellano y publicada con el siguiente título: *Don Quijote con faldas ó perjuicios morales de las disparatadas novelas*, escrito en inglés, sin nombre de autor, y en castellano, por D. Bernardo María de Calzada, teniente coronel de los Reales Ejércitos é individuo de varios Cuerpos literarios. Con permiso. Por Fuentenebro y Compañía, 1808. (Madrid, 3 volúmenes en 8.º) Pueden añadirse: *El Don Quijote moderno*, de Marivaux; el *Don Quijote en París*; *El Nuevo Don Quijote*, de Mr. d'Usieux y algún otro.

es más copioso el catálogo de esta clase de novelas, empezando por el famoso *Fray Gerundio de Campazas*, siguiendo por el *Don Quijote de la Manchuela*, del clérigo sevillano don Cristóbal de Anzarena (1); por la sátira contra los *Discursos filosóficos*, de Forner, por un seudónimo con el título de *Don Quijote el Escolástico* (2); por el *Quijote de la Cantabria* (3), el *Quijote de los teatros*, de Trigueros (4); el *Lazarillo Vizcardi*, de Eximeno (5); la historia de *Don Rodrigo Peñadura*, del licenciado Arias de León (6); el *Don Papis de Bovadilla*,

(1) *Vida y empresas literarias del ingeniosísimo caballero Don Quijote de la Manchuela*. Parte primera. Compuesta por D. Christoval de Anzarena, presbytero. Con licencia. En Sevilla, en la imprenta del Dr. D. Geronymo de Castilla, impresor Mayor de dicha ciudad. Sin año (en 1767 según Perosso); 8.º, 16 hojas preliminares y 277 páginas. Sólo comprende los primeros años y estudios de Manchuela. A éste le quiere el autor hacer célebre por *las letras*, como el otro lo fué por *las armas*.

(2) *Apéndice á la primera salida de Don Quijote el Escolástico*, por don Eugenio Habela Patiño. Madrid, Antonio Espinosa, 1789, 8.º, 149 páginas. No es novela, sino una invectiva contra los *Discursos* de Forner y el *Compendio filosófico* del P. Roselli, pero la forma de impugnar es *quijotesca*.

(3) *Historia fabulosa del distinguido caballero Don Pelayo, Infanzón de la Vega, Quijote de la Cantabria*, por D. Alonso Bernardo Rivero y Larrea, cura de Ontalvilla y despoblado de Ontariego, en el obispado de Segovia, 3 volúmenes en 8.º Madrid, 1792 y 1793. Imprenta de la Viuda de Ibarra.

A la misma clase que esta obra quizá pertenezcan las dos siguientes que no he visto.

Vida, hechos y aventuras de Juan Mayorazgo, alusivas á la buena y mala crianza del señorito en su pueblo y cadete en la milicia. Su autor D. Félix Antonio Ponce de León, de la Real Sociedad Vascongada.

Aventuras de Juan Luis, historia divertida que puede ser útil y la da á luz D. Diego Ventura Rejón y Lucas. Madrid, Ibarra, 1784, 4.º, 328 páginas.

(4) *Teatro español burlesco ó Quijote de los teatros*, por el maestro Crispín Caramillo. Cum notis variorum. Madrid, imprenta de Villalpando, 1802, 12.º, 160 páginas. Aunque en forma novelesca, este librito había de servir de prólogo á una colección de comedias burlescas y disparatadas que Trigueros preparaba cuando le sorprendió la muerte. Lo imprimió luego suelto un amigo suyo llamado D. Manuel A. Salcedo.

Con el mismo objeto satírico, pero contra las tragedias de su tiempo, había publicado antes D. Juan Pisón y Vargas *El Rutzvanscadt ó Quijote trágico, tragedia á secas*, por.... Madrid, Sancha, 1786, 4.º

(5) *Don Lazarillo Vizcardi*. Sus investigaciones músicas con ocasión del concurso á un magisterio de capilla vacante, recogidas y ordenadas por don Antonio Eximeno. Madrid, 1872, 2 volúmenes en 4.º (De los bibliófilos españoles). Tenía Eximeno escrita esta obra en 1802; pero la dejó inédita. Edición de Barbieri. La sátira va contra las obras musicales didácticas de Cerone y de Nasarre.

(6) *Historia del valeroso caballero Don Rodrigo de Peñadura*, publicada por el licenciado Luis Arias de León, paisano del héroe. Tomo I (único). Marsella, en la imprenta Carnaud y Simonin, calle de la Darce, núm. 13, 1823, 8.º, 175 páginas. Va contra los liberales del año veinte, especialmente contra Riego.

del magistrado Crespo (1); el *Quijote del siglo XVIII*, de Siñeriz (2); la *Historia de Pedro Saputo*, de D. Braulio Foz, y alguna otra que no he visto (3).

De igual especie que estas obras, pero anterior á la mayor parte de ellas, es la novela de que, sin más preámbulo, vamos á dar un ligero análisis. Nómbrase *El tío Gil Mamuco*, título extraño y á la verdad poco quijotesco, por lo que no será aventurado suponer que á él se deba, más que á su rareza bibliográfica, haberse ocultado á las investigaciones de los cervantistas. Quiso el autor encubrir su nombre con las siglas F. V. Y. C. P. y se imprimió en Madrid, en la oficina de Aznar, el año de 1789 (4).

Á mi ver pretendió el autor ridiculizar el afán reformista, especialmente en lo que atañe á los llamados hoy *intereses materiales*, que caracteriza el reinado de Carlos III, sobre todo durante el ministerio ó gobierno de Floridablanca. Entonces se implantaron multitud de industrias nuevas, fueron llamados y favorecidos varios sabios extranjeros, en los que hubo de todo, pues al lado de hombres eminentes como don Guillermo Bowles y D. Luis Proust, vinieron otros como aquel José Esteban Warrents, cuáquero de Pensilvania, que

(1) *Don Papis de Bovadilla*, por D. Rafael José de Crespo, del Consejo de S. M., oidor de la Real Audiencia de Aragón. Zaragoza, 1829, imprenta de Polo y Monje, 6 volúmenes en 8.º Contra los filósofos modernos.

(2) *El Quijote del siglo XVIII ó historia de la vida, hechos, aventuras y hazañas de Mr. le Grand*, héroe, filósofo moderno, caballero andante, prevaricador y reformador de todo el género humano. Obra escrita en beneficio de la humanidad y aplicada al siglo XIX, por D. Juan Francisco Siñeriz. Madrid, M. de Burgos, 1836, 4 volúmenes en 8.º Se tradujo en 1837 al francés y en 1841 volvió á imprimirse en castellano en Barcelona, pero cambiado el título y diciendo ser traducida del francés.

(3) Una contra los enciclopedistas escrita por el cervantófilo D. Joaquín María Ferrer; otra de Gascón, *El Quijotismo en el siglo XIX y Don Quijote de la Mancha en el siglo XIX*, de D. T. Ibáñez. Cádiz, 1881. Es también sátira política.

También pueden considerarse, á pesar de su forma rimada, como imitaciones del *Quijote* los dos conocidos romances de Jovellanos contra Huerta, con el nombre de *invencible caballero Antioro*; otro de Forner sobre el mismo asunto y una anacreóntica de Merás titulada *El Quixotismo*, impresa en Madrid en 1786.

No deben olvidarse las muchas obras dramáticas que inspiró el *Quijote* ya en tiempo de Cervantes y de entonces acá, y que por sí solas forman copioso catálogo.

(4) En 8.º, xviii-371 páginas.

se presentó en Madrid con unas máquinas de cardar é hilar algodón y lana; y habiendo abjurado su religión y héchose bautizar, sirviéndole de padrino el propio Floridablanca, estafó á éste bastantes miles de reales y luego, al marcharse, con el pretexto de traer de su tierra algunas familias para el manejo de las máquinas, amparado con las cartas que llevaba, en Francia, con nuestro embajador, y en Holanda, con el encargado de negocios cometió nuevas estafas, que al fin tuvo que pagar el Gobierno español. La manía de las invenciones y la aplicación de pequeñas industrias había adquirido tal desarrollo entre nosotros, que lo mismo que al mediar el siglo XVII, pululaban los arbitristas y los inventores, y en los periódicos de la época, el *Diario Curioso* por ejemplo, no escasean los anuncios como el de las «candelillas que se encienden por sí solas, sin uso de yesca, piedra ni eslabón, para conveniencia del público» (*Diario* del 1.º de Julio de 1786); el de preparación de un *índigo* artificial (*Diario* del 2 de íd.); otras candelillas (que por lo visto eran una especie de fósforos) (*Diario* del 3 de íd.); encerados ó impermeables, nuevos entonces (*Diario* del 5 de íd.); nueva fábrica de peltre (*Diario* del 6 de íd.), agua para blanquear y fortificar la dentadura (*Diario* del 9 de íd.), y así sucesivamente; tanto que este periódico tenía ya una sección que titulaba *Inventos*, destinada á tratar de estas menudencias industriales, que muchas veces resultaban lo que hoy, entre ciertas gentes, se llaman *timos* (1).

Algo parece dar á entender el autor del *Gil Mamuco* en el no muy claro prólogo que puso á su obra cuando, al hablar de ella, dice: «La aplicación á diferentes cosas útiles se advierte claramente, y se encomienda muchas veces; y algunas como más interesante aquella que mira á la construcción de obras finas, primorosas, de poco bulto y mucho beneficio. Del mismo modo el ocio, la poca aplicación, la incuriosidad, el descuido y el huir del trabajo justo y estimable se repre-

(1) Hasta se creyó útil publicar escritos como el siguiente: *Defensa político-civil de los honrados y honestos oficios de los menestrales y artesanos de España*, por D. Antonio Cacea (el P. Cayetano Cano), Madrid, Herrera, 1788, 4.º, 38 páginas, para ensalzar esta clase de trabajadores.

sentan y desdeñan más que los secretos falsos, censurando á los que quieren pasar por hábiles y sabios, habiendo estudiado y trabajado poco ó casi nada; notando á los que quieren vivir y enriquecer con poquísimo trabajo, á los que se dan á modos de pasar la vida inútiles al país y que requieren corta ocupación y á los que no cuidan de leer ni de adelantar en aquellas facultades que profesan» (1).

Peró con mayor claridad se ve el objeto de la obra haciendo una breve exposición de su contenido. El tío Gil ó *Don Gil Mamuco*, como después se hace llamar, era un curandero de cierta población, que el autor, como Cervantes dice, calla por motivos graves, y que aplicando sus drogas y con el producto de una tienda que regentaban una hermana y una sobrina suyas, había llegado felizmente á los cincuenta años sin penas ni cuidados. Él era de suyo algo falto de caletre, muy dado á cuentos y novedades, lector de gacetas y crédulo en demasía, tanto que sus amigos se divertían en hacerle tragar mil absurdos y patrañas. Uno de ellos le indujo al cultivo de alquimia en que perseveró algunos meses hasta que cierto día, en que casualmente se ausentó del desván en que tenía su laboratorio, su hermana le apagó la luz ó fuego del crisol, precisamente cuando faltaba muy poco para que, según él, apareciese el oro deseado. No se murió de pena porque al poco tiempo otro amigo le dió la ocasión de contraer nueva manía mucho más extraña. Díjole pues, que cierto perulero inmensamente rico había ofrecido un premio de un millón de pesos para el que yendo y enseñando por diferentes pueblos y comarcas hiciese mayor número de hombres industriosos á fin de que con sus reglas se enriqueciesen más fácilmente sin perjudicar á la salud y trabajando muy poco. Añadía el aviso que si el que ganase el premio estaba soltero casaría con señora de la mayor nobleza y hermosura si lo deseaba.

Resuelto el curandero á lograr tal recompensa, dióse con el mayor ahinco á leer libros de secretos, recetas, artes y oficios; y con tal afán tomó su idea que, sin comer ni dor-

(1) *El tío Gil Mamuco*, págs. VIII y IX.

mir, concluyó por quedarse sin el poco juicio que tenía. Para colmo, el amigo autor de la burla le trajo por entonces un título de maestro general, que suponía le enviaba el gran premiado al saber su intención de aspirar á la recompensa; y entonces el mísero curandero no vaciló ya en salir por el mundo á buscar discípulos y comunicarles sus recónditos saberes.

Tenía en casa un criado llamado Blas, simple y taimado á la vez, que servía con fidelidad á la familia esperando casarse con la sobrina, de la que estaba prendado, y á éste eligió el buen Gil Mamuco por compañero de sus viajes. Comunicóle su proyecto cierto día con el mayor sigilo, y aunque no le agradó en modo alguno, conociendo el carácter testarudo de su amo y temiendo perder á la sobrina si se negaba á seguirle, optó por complacer al loco, no sin estipular antes que á la vuelta y como en galardón obtendría la blanca mano de la joven.

Recelosa la hermana de Gil de los secretos y cuchicheos que advertía entre amo y criado, disponiendo la salida, sorprendió parte del negocio y lo comunicó á un fraile amigo de la casa para que apartase á su hermano del desatinado propósito que tenía. Intentólo el religioso, con gran sorpresa de Gil al ver conocido su pensamiento, y para mejor persuadirle, le manifestó que cierto mágico llamado Malaquín se lo había descubierto, así como que también había salido ya el dicho mágico á la conquista del gran premio. Pero esta noticia, en vez de contener al iluso Gil, más le alentó á proseguir su intento, pues confiaba en vencer al mágico Malaquín; vendió dos casas para proveerse de dineros; compró una mula para él y un jumento para su criado; se vistieron ambos con traje adecuado al nuevo empleo, y cierta noche, sin hacer caso de los ruegos y lágrimas de las dos pobres mujeres, salieron velozmente del lugar.

Apenas se vieron fuera de poblado; comenzaron ambos un diálogo de corte muy semejante á los del *Quijote*, ponderando el tío Gil la importancia de la empresa, las consecuencias halagüeñas que produciría y desarraigando algunos escrúpulos que aún conservaba Blas, su criado. Veíase ya ven-

cedor, ensalzado y glorificado en la corte, adonde la fama habría llevado el eco de sus prodigiosas enseñanzas. «Allí sí que has de ver (le dice) cosas de tanto gusto, pasmo y lucimiento, que no tendrás hambre, frío ni calor; y aun tres horas antes de llegar, en columbrando los bultos de los palacios, campanarios y pirámides, si andas de mal humor se te quitará tan de repente que acaso nunca jamás te volverá. Llegaráse el alegre día del arribo, en que preguntaré á muchos señores viandantes cuánto hay; lo propio haré más adelante; en fin, vendrá un criado de un amigo mío y nos dirá: dos leguas cortas nada más. En oyendo yo dos cortas, ya no me detendré; «Alto ahí», te diré con brío. «¿Á qué asunto?», dirás tú, si vienes algo adormecido. «¿Á qué? Á sacar los peluquines de la alforja; y al instante, al instante á echarles seis dedos de yeso mate; que en un súbito está aquí á recibirnos la mitad de la corte terrenal», te diré yo; y tú tal vez te asustarás, pero luego te pasará.

»Hecho esto, que es lo primero y principal, luego al punto nos echaremos camisas limpias y calcetas; y estrenando tú casaca de cordellate fino, con galón de talco verde, y yo otra de calamaco, bordada con alambre sutil de Funtiñán; dexando á un lado todo pudor y cortedad, á seis credos de carrera, cata allí, ya no sé cuántas carrozas de tres mulas, porque no las podré contar. Parece que las estoy mirando ahora mismo; ya han llegado y se apean de un dorado coche seis señores más relumbrantes que terrones de cristal; y al instante, con voz sonora y mejor modo que ellos saben, te preguntan á ti: «¿Quién es su señoría, el señor don Gil?» Y tú, por no estar hecho á tratamientos, no lo entiendes. «Yo soy», respondo antes que tú, viéndote titubear. Y apenas han oído mi voz, cuando todos quieren abrazarme á un tiempo; pero no lo pueden lograr bien, y viéndolo yo, presto digo á mis señores que no aprieten, que me ahogan, y que vayan tres á abrazarte á ti, que eres mi sobrino carnal. Así lo hacen y luego nos meten en la mejor carroza, y sabemos que son seis grandes protectores y muy aficionados á personas de ingenio y maña; y que, movidos del millón de pesos que habré ganado, y de que podré prestarles algo, han querido obse-

quiarme y convidarme antes que otros caballeros de Madrid.

»Yendo, pues, todos placenteros, me hacen á mí más de trescientas mil preguntas; otros á ti hacen lo propio, no lo entiendes ó no sabes contestar, pero yo al instante te apunto lo que has de responder. Y en medio del gran gusto y gozo que sienten de venir con nosotros y oírnos contar cosas inauditas y rarísimas, sin que una sola pueda decirse regular, ya vemos otros coches que vienen, y nos dicen los amigos: «Aquí llega el señor dador del premio con sus íntimos amigos nobles y opulentos de la misma villa del Perú». «Bien está», respondo yo. Y en llegando uno que no conozco todavía, con dulce y alta voz me pregunta: «¿Adónde está el señor marqués de los Mamucos?», porque ya tendré vasallos y armas de berroqueña entre dos ventanas del desván. Y así como lo saben, se apean, salimos y hacen lo propio que aquellos buenos señores, tan abrazadores y amigos de saber. Luego, con éstos, sin pensarlo ni barruntarlo tú ni ellos, arman una gran porfía, de suerte que, después que se han dicho mil desmesuras y sandeces, quieren vengarse á pescozones, y yo lo siento á par de muerte y los aquieto con la mayor política que sé. Y todo dimana, Blas, de que mi señor dador del premio quiere llevarnos á cenar á su palacio singular; al cabo vence, porque yo, que soy dueño de irme donde quiera, lo resuelvo así. De esto se quieren picar los seis señores grandes; pero yo lo compongo presto y les contento diciéndoles que al otro día sin falta iremos á comer con sus bondades, que estén aparejados, que á las once y media ya nos tendrán allí. Á las doce menos cuarto, por no hacernos aguardar, ya sacan las judías, las salsas, las fuentes de pavos, de gallinas, de lobos, de menudos, de morcillas; el vino es puro y de recibo; toda la comida es grande; los platos de natillas sobran y á este tenor nada tendrás que desear. Pero, hijo, por los clavos y la esponja te suplico que tengas juicio en embaular, que tú en viendo la ocasión comes para un mes; y así mira por tu salud, teme á los cólicos, y aunque te tienten no bebas del rosolí de Venus ni del espíritu de alcaparras, porque son en sumo ardientes y quemán el pulmón.

»Satisfechos luego de los postres, nos llevan á un magnífico salón, cuyos balcones miran al Oriente, unos á un jardín y otros á un corral, donde nos tienen prevenida una alta y ancha cama más blanda que un pajar; porque todos los colchones son de cisnes y de plumas de perdiz. Tumbaráste sobre ella como un duque; yo también, y de seguida daré orden á un criado del punto fijo que nos ha de venir á despertar. Con el mayor placer del mundo pasaremos nuestra siesta; porque sin pulgas, moscas, ni mosquitos, ni otras inquietudes que suelen sufrir los mal comidos, y más si beben mucha agua, habremos dormido como ángeles» (1).

Entretenidos en estas y otras pláticas iban atravesando un bosque, entre once y doce de la noche, cuando se vieron acometidos de una manada de lobos; espantadas las cabalgaduras dieron con los jinetes en tierra y huyeron, no sin que el asno de Blas dejase parte de la cola en las fauces de los hambrientos animales, que, asustados á su vez de las voces de Blas y su amo, se retiraron cobardemente. Don Gil achacó la agresión á su enemigo el encantador Malaquín, que ya desde los comienzos le suscitaba obstáculos en su gloriosa empresa y había enviado aquella cáfila de duendes con ojos encarnizados, que por tales signó los lobos desde luego. Curado el jumento de Blas, lo que sirvió para que D. Gil se acordase de que no tenía nombre y le aplicase el entonces muy propio de *Parviculinarío*, así como á su mula había ya dado el de *Pelegrina*, pudieron seguir su camino comentando extensamente el suceso.

Llegados á cierto lugar bastante poblado, quiso D. Gil poner en ejecución sus enseñanzas; convocó á los vecinos, expúsoles su proyecto, indicóles á cada uno el oficio á que debía aplicarse en general, ó ridículo ó impropio del pueblo, ó insignificante; pero como una de las condiciones para el buen éxito en las nuevas industrias era la ciencia y habilidad que el maestro había de infundir á cada uno, y esta comunicación se realizaba mediante ciertas palabras en algarrabía acompañadas de algunos azotes con un vergajo, se en-

(1) *El tío Gil*, páginas 31 á 36.

fadaron otros vecinos y arremetieron con el profesor, quien gracias á la influencia del cura del pueblo pudo esta vez salir casi ileso de aquel sitio.

No le sucedió así en otra villa adonde fué luego, pues aunque en un largo sermón demostró á los habitantes la conveniencia de apartarse de los oficios y empleos cotidianos, sobre todo de los tocantes á la agricultura, ofreciendo ponerlos á todos en condiciones de que rápida y fácilmente fuesen astrólogos, herbolarios, titiriteros, sacamancheros, perendengueros, tenderos y romanceros; cuando quiso administrarles el agua milagrosa que había de aumentar la memoria, entendimiento y voluntad de los discípulos, negáronse éstos á recibirla por el sitio y con el aparato que para ello quería utilizar el maestro. Pero como éste insistiese y aun tratase de pasar á vías de hecho, los malvados propusieron entre sí de hacérsela experimentar antes á él ó por lo menos á su criado Blas, á quien, por fuerza, obligaron á recibir hasta cuatro veces la dosis dispuesta para cada uno. Furioso Blas con su amo, desatóse en improperios contra él; y los burladores, fingiendo satisfacerle, y ya que D. Gil al consolarle le decía que la cosa no era mala sino muy salutífera, arremetieron con él también y le introdujeron hasta seis porciones del licor misterioso. Y llevando ya la burla al extremo, le dieron además una multitud de «palmadas retumbantes», hasta que cansados le dejaron fatigado y molido.

Salieron de aquel pueblo de ingratos, á quienes condenó D. Gil á sufrir los oficios más duros, como los de aserradores, zurradores, tiradores, etc., y á poco camino vieron llegar un pobre arriero con sus pollinos cargados de varas, que á Mamuco se le antojaron cañamieles ó cañas de azúcar. Y como este comercio le parecía á D. Gil exclusivo de sus adeptos, acometió al mísero aldeano y descargándole fuertes espaldarazos le derribó y forzó á pedir misericordia sometiéndose á lo que quisiera ordenarle. En pago de esta sumisión le enseña á fabricar á poca costa y sin fatiga sortijas para curar el dolor de cabeza, con las que había de hacerse el arriero prontamente rico en su aldea.

Viene luego cierta aventura con unos quintos, muy seme-

jante á la de los *yangüeses* ó á la de los *galeotes*, de su modelo. D. Gil quiere que los enganchados se vuelvan á sus pueblos, donde hacen mucha falta, y se dediquen á las industrias que él les enseñará. De una en otra cuestión acaba por sacudir á uno de ellos con su vergajo; pero los quintos llueven palos sobre él y su criado, en términos que los dejan sobre el campo como muertos. Lo mismo que en el *Quijote*, sobreponiéndose á los dolores y magullamiento, entabla Mamuco una extraña conversación con Blas, su escudero, para contarle la visión que tuvo mientras yacía en el suelo, y fué haber pisado en cuerpo y alma en el paraíso terrenal. Este paraíso no es otra cosa que una descripción entre panegírica y satírica de la villa de Madrid, especialmente de aquellas obras y monumentos que, como el paseo del Prado, la puerta de Alcalá, las fuentes de Apolo, Cibeles, Tritones y las Gemelas, los carros y cubas para el riego, el Botánico, los coches de alquiler, el paseo de moda y otras cosas, eran entonces nuevas en la corte de España.

Para curarse ambos andantes, condujo Blas á su amo puesto á través sobre su jumento, pues le era imposible mantenerse á caballo, hasta una alquería cercana, donde estuvieron algunos días restaurando sus decaídas fuerzas; y don Gil, al despedirse de sus bienhechores, les dejó la consabida receta para hacerse poderosos sin tiempo ni trabajo.

Faltaba aún pintar enamorado al Quijote de la industria, y este aspecto tiene su regular desenvolvimiento en los capítulos sucesivos. Lanzados de nuevo á la prosecución de su empresa, llegan los asendereados caminantes al pie de las ruinas de un viejo castillo de que se habían apoderado unos cabreros para alojar sus ganados. Ver D. Gil el edificio y antojársele palacio suntuoso de la futura señora y mujer suya, fué todo uno. En vano su ayudante intenta persuadirle del verdadero objeto de aquellos restos, pues ya no quiere apartarse de ellos hasta que logre ver y hablar á la dueña de aquella mansión de la belleza. Por uno de los muchos huecos ó grietas de las paredes aparece una cabra; y D. Gil, creyendo ser la propia D.^a Serafina de Castulia, que este nombre le plugo dar á su amada, le endereza el más rendido

y amoroso discurso. Desaparece el animal y el nuevo Amadís, á pesar de hallarse mojado y muerto de frío, pues intencional ó casualmente habían arrojado sobre él los cabreros una gran artesa sobrante del agua en que bebía el ganado, se tiende en el suelo dispuesto á no moverse del sitio hasta que la dama responda á sus requestas y solicitudes. Entonces Blas, viendo remoto el momento de salir de aquel lugar, recurre á un engaño parecido á los de su congénere Sancho Panza; y es que, pretextando tener que alejarse un momento, rodea la muralla y desde sitio en que no podía su amo verle, pero sí oírle, finge hablar con la propia señora de Castilla, quien, agradeciendo la fineza de D. Gil, quiere que se marche de su lado por algún tiempo que ella habrá de regular.

Convencido el iluso curandero, prosigue su camino hasta llegar á la casa de un pobre tejedor, donde fueron acogidos, y no bien se apearon, D. Gil mandó á Blas fuese á ver si en el correo tenía carta de su dama, pues aunque en realidad sólo algunas horas hacía que se había separado del castillo, á él su locura le hizo creer pasaba ya de dos meses que estaba ausente de D.^a Serafina. No podemos detenernos en la exposición de los demás episodios de la aventura amorosa del tío Gil, muy semejante á las descritas por Cervantes, aunque con carácter más realista en el autor del siglo XVIII, según corresponde á la nueva especie de *caballerías* que forman el tejido de la novela.

Termina esta obra con una estrepitosa aventura visiblemente imitada de la cervantina del *Retablo*, de Maese Pedro. Habiendo entrado D. Gil en el taller de un fabricante de esculturas de yeso é intentado persuadir á las estatuas que se reconociesen por sus discípulos, impaciente y furioso el buen Mamuco por el tenaz silencio de las figuras, empezó á descargar palos sobre ellas, haciéndolas pedazos en pocos instantes. Alborotáronse los dueños y el vecindario, vinieron autoridades y llevaron á la cárcel al autor de tal destrozo y á su inseparable y en este caso inocente compañero.

Como el *Don Quijote de la Manchuela*, el *Don Rodrigo Peñadura* y alguna otra, quedó esta novela sin acabar y casi

apenas empezada, á juzgar por el proyecto que especifican los prólogos y la extensión con que se tratan las primeras aventuras. Probablemente el éxito negativo de todas ellas sería la causa de una suspensión que no podría explicarse por motivos individuales en todos los casos. La comparación que inevitablemente se ocurre cuando se empiezan á leer las perjudica mucho; desaparece el interés y cierta prevención desfavorable se apodera del ánimo de quien, no ya por entretenimiento, sino por otros fines, persevera en la lectura y la concluye. Por otra parte, es tal la tiranía que ejerce el insigne modelo en sus temerarios imitadores, que ni aun pueden librarse de remedar el estilo, con el resultado que es de suponer en tan desequilibrada competencia.

¡Qué distancia no hay, por ejemplo, entre la carta de don Quijote á Dulcinea y otra semejante que D. Gil envía á su Serafina de Castulia! En ambas se procura emplear un lenguaje enfático y rebuscado, pero el de Don Quijote es bello y digno y el de Mamuco vulgar y hasta chocarrero; y eso que también él dice estar «mustio, amarrado y traspasado de las flechas mortales de la ausencia» (1).

El error de todos estos imitadores consistió en creer que el mérito de la novela de Cervantes residía exclusivamente en la parte de sátira que tiene contra los libros caballerescos. Conque, según pensaban, eligiendo ellos otro tema de mayor interés é importancia que la lectura de cierta clase de libros, como serían los defectos y vicios de la enseñanza universitaria, la hidalgomanía, el filosofismo del siglo XVIII, el radicalismo político, el industrialismo, etc., que es adonde tiran estas obras, pensaban, repito, vencer y sobrepujar fácilmente al autor del *Quijote*. ¡Ejemplo memorable de ceguera y pobreza de sentido crítico!

EMILIO COTARELO.

Madrid 12 de Febrero de 1899.

(1) *El tío Gil*, pág. 341.

MENELIK II

Negûs Negûsti

REY DE REYES DE LA ETIOPIA

I

Pocos habrán olvidado los artículos publicados sobre Abisinia, y su legítimo éxito. El honorable autor de los artículos aludidos refiere la victoria de Adua y el desastre definitivo de los italianos en esta parte de África, si algo puede ser definitivo en guerra ó en política. El Emperador Menelik había obtenido una brillante victoria y la había utilizado con una moderación bastante inusitada en un vencedor, y más inusitada aún en un vencedor africano. Gracias á él la Etiopía tomaba parte en el concierto de las naciones, y podía, en circunstancias dadas, llegar á ser un factor importante en las luchas sangrientas siempre, que son de esperar entre pueblos divididos por tantos intereses y tantas ambiciones. Los Gobiernos ruso y francés no tardaron en comprenderlo, y se apresuraron á enviar misiones para felicitar al Negûs y asegurarle su amistad. Inglaterra iba á seguir el mismo camino. La vecindad del Egipto la obligaba á buscar la amistad de Menelik, de incontestable utilidad para sus proyectos presentes y futuros. El Ministerio inglés decidió, pues, enviar al soberano etiópico una embajada encargada de entregarle una carta de la Reina, así como varios presentes, y de arreglar, al mismo tiempo, con él ciertas cuestiones de fronteras, aún en suspenso.

Las últimas relaciones entre ambos países habían sido difíciles. En 1862 el Sr. Cameron era cónsul de Inglaterra cerca de Teodoros, tirano cruel, entonces señor del país. El Negûs residía en Magdala, que era á la vez su capital y fortaleza im-

portante. Por deseos del Negûs, el Sr. Cameron marchó á Inglaterra siendo portador de una carta dirigida á la Reina. No sé por qué razón ó por qué punto de etiqueta, el cónsul volvió sin la respuesta esperada. Teodoros, furioso, lo mandó encarcelar. Los Sres. Rassam, Blanc y Prideaux, enviados para dar explicaciones, sufrieron igual suerte, y el Negûs no vaciló en participarlo, en los términos más insolentes, al Gobierno inglés. Esto colmó la medida, y, en 1867, un ejército inglés (1) á las órdenes de Sir Roberto Napier avanzó sobre Magdala, adonde llegó, después de una marcha de las más penosas, en el mes de Abril de 1868. El éxito fué rápido y completo. Teodoros, vencido, se suicidó, y su hijo Alamayu, conducido á Inglaterra para ser educado allí, murió en 1880.

La expedición había costado muy cara: el comercio era nulo, la ocupación del país parecía, hace treinta años, de escasisíma y, problemática utilidad, y los ingleses se retiraron sin pesar. Mas de diez años después, Joannes, que había sucedido á Teodoros, quiso reanudar las relaciones tan brutalmente interrumpidas; á petición suya, el General Gordon, entonces Gobernador del Sudan, se le personó, pero ya las intenciones del Negûs habían cambiado. Gordon fué groseramente recibido por él, más groseramente aún por el ras Alula, jefe del ejército, y el Gobernador del Sudan, después de una prisión de algunos días, hubo de retirarse en medio de los insultos, que no le fueron regateados (2).

Una misión inglesa era tanto más necesaria cuanto que los abisinios, y probablemente Menelik mismo, y sin duda la Reina Taitou, su mujer, estaban persuadidos de que Inglaterra había proporcionado á los italianos los medios de hacerles la

(1) El ejército se componía de 11.770 soldados y unos 14.000 hombres dedicados al servicio de transportes, etc. La caballería comprendía 3.654 animales destinados al servicio de viveres y municiones. Este ejército no experimentó ninguna pérdida importante. (*Annual Register*, 1867, págs. 156, 176; 1868, páginas 139, 233 y siguientes.)

(2) Joannes murió en un combate contra los derviches, en el mes de Marzo de 1889. Numerosos prisioneros abisinios fueron puestos en libertad por el Sirdar en Omdurman, donde estaban detenidos y tratados con gran crueldad después de la derrota. Este fué el momento en que Menelik, Rey de Choa, que había preparado hábilmente el camino, se proclamó Negûs Negûsti, Rey de Reyes, y obligó á sus rivales á reconocer su título y su autoridad.

guerra, y conservaban hacia ellos un vivo rencor. El Gobierno británico podrá un día quizá tener en cuenta ese odio y el loco orgullo de los abisinios, quienes, después de la victoria de Adua, se creen invencibles.

Tal era el estado de las cosas cuando el Sr. Rodd, primer secretario de la Legación inglesa en el Cairo, muy habituado á los procedimientos dilatorios de los monarcas africanos, recibió, en 1897, orden de presentarse al Negûs. Ésta es la misión que vamos á referir, sirviéndonos del vivo y pintoresco relato del Conde de Gleichen, uno de sus individuos (1), y de otros documentos puestos á nuestra disposición.

II

El lugar de cita de todos los individuos de la misión se fijó en Zeila, pequeño puerto sobre el mar Rojo, enfrente de Aden y poco distante de nuestro puerto de Djibuti. El residente, lugarteniente Harrington (2), había reunido previamente las mulas y los camellos necesarios para la caravana (3); además de los oficiales, comprendía ésta soldados somalis ó indios destinados á la escolta, los intérpretes y los auxiliares indispensables.

Todo el día 18 de Marzo se pasó en discutir el itinerario que debía de seguirse, los jornales de los camelleros y mulateros y, cosa más difícil, en determinar la carga que debía llevar cada animal. Al siguiente día todo estaba dispuesto: verdadera maravilla para los que saben lo que es un viaje en Oriente.

Las mujeres de los somalis, musulmanes rígidos, acompa-

(1) *With the Mission to Menelik*, Londres, 1898. El Conde de Gleichen pertenece á la casa Hohenlohe. Por parte de su abuela es sobrino de la Reina Victoria.

(2) El lugarteniente Harrington está hoy encargado de los negocios en la corte de Menelik. En el mes de Julio último, no bien establecido en Addis-Ababa, fué llamado á Londres, donde tuvo varias conferencias con Lord Salisbury antes de regresar á su destino, tan importante en las circunstancias actuales.

(3) Sólo los camellos eran en número de 189.

ñaban á sus maridos en la marcha, lo que aumentaba considerablemente las dificultades y la necesidad de abundantes provisiones para tantas bocas inútiles. Algunos rasgos permiten juzgar de su ardor religioso. El Conde de Gleichen mandaba la retaguardia, y observó que la mujer del jefe de los camelleros, rendida de hambre y de cansancio, no podía seguir á la caravana. Le hizo llevar inmediatamente galletas y carne en conserva; la mujer aceptó las primeras y rechazó la segunda con horror, porque el animal no había sido muerto, probablemente, de un modo conforme con la ley del Profeta. La caridad del Conde se mostró entonces más compatible con dicha ley, y envió una de sus propias mulas á la pobre mujer. Ésta rehusó también diciendo que no tenía más que una hija, ya casada, y que hubiera querido entregársela al oficial; pero estando privada de este honor, la ley del Islam le prohibía usar un objeto de su pertenencia. Sus escrúpulos religiosos pudieron costarle la vida. Afortunadamente se aproximaban al vivac y allí pudo ella reunirse á su marido.

Al regreso ocurrió un incidente más significativo todavía. Un musulmán se quejaba de crueles dolores. El médico inglés, doctor Pinching, estaba en la retaguardia; esperando su llegada, el Conde de Gleichen, muy inquieto, quiso hacer tomar al enfermo un sorbo de aguardiente. Apenas lo hubo probado lo arrojó con horror. Se le dijo, se le repitió el peligro que corría, pero nada pudo vencer su resistencia: prefería morir á faltar á los preceptos de su fe (1).

Las largas jornadas de la marcha se seguían y se parecían. El sol era abrasador, más de lo que hubiera debido serlo en aquella estación, y los ingleses sufrieron mucho al atravesar las llanuras arenosas del Somaliland, que se extienden desde el mar hasta las montañas. Solamente algunas rocas de formas

(1) Por todas partes se halla este mismo sentimiento entre los musulmanes. Durante el Ramadan les está prohibido comer, beber y aun fumar desde la salida hasta la puesta del sol. El Ramadan, que sigue los meses lunares, varía de época en cada año y la prescripción es de las más severas cuando cae en los meses ardorosos del estío. En Constantinopla he visto bateleros hundirse en su barco sin querer aceptar ni una gota de agua hasta que el cañonazo, esperado con tanta impaciencia, anuncia la postura del sol y la terminación del ayuno. En este momento, todos los hombres tienen llenas y preparadas sus pipas y se apresuran á encenderlas. Es la primera necesidad que satisfacen.

fantásticas y algunas mimosas raquílicas interrumpían la monotonía del viaje. Sin embargo, de tiempo en tiempo, algunos oasis de abundantes aguas ofrecían un asilo donde se olvidaban rápidamente las fatigas del día. El canto de los pájaros de bello plumaje, los brincos de los pequeños monos, las ardillas de amarillo manto saltando de rama en rama, la rápida huída de numerosos rebaños de gacelas levantando nubes de polvo, la agitada carrera de gentiles antilopes del tamaño de liebres, prestaban á la tarde singulares encantos.

En Biya-Kaboba la misión se cruzó con una banda de soldados italianos puestos en libertad. Caminaban hacia Zeila, donde debían embarcarse para su patria. Habían sufrido mucho después de la batalla de Adua (1), en su marcha á Addis-Ababa, por la falta de alimento; pero los abisinios no estaban mejor alimentados. Los víveres faltaban, y el país, casi despoblado y devastado completamente, no podía proporcionarles nada. Si los italianos, mal informados siempre, hubiesen sabido retardar algunos días nada más su imprudente ataque (ellos eran 16.000 contra más de 100.000), el Negûs se hubiera visto obligado á batirse en retirada, en la imposibilidad de alimentar á sus soldados. Los prisioneros sólo tenían elogios para Menelik. Desde su llegada á la capital habían sido repartidos en las casas de los diferentes habitantes de la ciudad, y sus forzosos huéspedes estaban advertidos de que, en caso de discusión, el Negûs castigaría invariablemente á sus súbditos.

En Biya-Kaboba la caravana abandonó el Somaliland y entró en Abisinia (2). Un blockhaus, miserable barraca construída con piedras sin cemento, cubierta de paja y rodeada de un vallado, defendía la entrada. Siete negros andrajosos formaban la guarnición, la cual acogió á los ingleses con salvas repetidas, esperando una generosa gratificación.

Djildessa es la primera ciudad abisinia que encontraron los ingleses, si puede darse aquel nombre á una reunión de cho-

(1) La batalla de Adua se verificó el 1.º de Marzo de 1896.

(2) Nosotros empleamos, casi impropriamente, la palabra *Abisinia*, de uso general entre los europeos. Derívase de la palabra árabe *Habachach*, que significa mezcla de tribus. Los indígenas la rechazan para adoptar la de *Etiopía*, y para ellos la de etíopes.

zas cónicas de cinco pies de altura, diseminadas sin orden. Vino á saludarles el Gobernador, precedido de su bandera, algunos pingajos amarillos, verdes y rojos, clavados en un palo torcido, y seguido de su guardia, de aspecto poco imponente. Los hombres llevaban largas blusas que debieron haber sido blancas en tiempo muy lejano; estaban armados de fusiles, el regalo más precioso que puede hacerse á un abisinio. Aïto-Merzha, el Gobernador, vestía una túnica negra y un castan blanco. Sus piernas, como las de sus soldados, estaban desnudas, y sobre su cabeza reposaba un sombrero de fieltro gris y anchas alas, de procedencia europea. Su figura respiraba inteligencia y resolución. Á la llegada del Sr. Rodd se dispararon tres salvas en honor suyo; los soldados indios apresuráronse á responder en la misma forma.

En Djildessa era necesario cambiar los medios de locomoción; los camellos alquilados en Zeila no debían ir más lejos. El Gobernador había recibido orden de facilitar, por todos los medios á su alcance, el viaje de los representantes del Gobierno británico, y estuvo en efecto á la altura de su cargo, y al siguiente día, 31 de Marzo, á las siete de la mañana, el señor Rodd tenía dispuestos los trescientos mulos y los diez y ocho camellos que había pedido.

Los mulos, tan de buena gana como los camellos, se resistían á recibir las cargas, y en su disgusto se escapaban en todas direcciones. Los pacientes esfuerzos de los conductores les hicieron *entrar en razón*, y bien pronto todo estuvo dispuesto. Los conductores somalis, grandes, fuertes, bien conformados, de rizada cabellera, pertenecen evidentemente á razas mezcladas que los antropólogos podrían distinguir difícilmente.

El país era bien diferente á las llanuras desiertas y arenosas que la caravana acababa de abandonar. Apenas franquearon las primeras colinas, ofreciéronse magníficos valles verdeguantes, sembrados aquí y allá de árboles imponentes y numerosos pueblecillos cuyos techos cónicos se dibujaban en los lejos, mientras sobre el horizonte se destacaban las primeras montañas coronadas de pinos de oscuros colores. La temperatura no era ya la misma: las noches estaban frescas, á veces

frías, la humedad era penetrante, y somalis é ingleses se despertaban al toque de diana helados hasta los huesos. Las higueras y los olivos habían reemplazado á la eterna mimosa; la caravana caminaba lentamente por senderos festoneados de cactus (1), de áloes, de rosales salvajes cargados de flores. La fauna había cambiado también: los pequeños monos habían desaparecido, y en su lugar mostrábanse babuinos grises (2), grandes monos de barba blanca, con la cana crin cayéndoles sobre sus espaldas (3).

En Egluc, un viejo que llevaba el título de *Kanyasmach* (4), precedido de una música ruidosa y seguido de una brillante escolta, venía á saludar á la embajada en nombre del Ras Makunnen, Gobernador del Harrar. Su traje era magnífico: una toga de seda de púrpura, un manto escarlata, pantalón blanco muy corto (5) y un gran sombrero de terciopelo violeta. Tenía en la mano dos lanzas, insignias de su dignidad; y un escudo cuajado de labores de plata, recompensa de su valor, pendía del arzón de su silla. Además de los cumplimientos oficiales, estaba encargado de rogar al Sr. Rodd que se detuviera en Naga-Hadilal(?) para dar tiempo á que los preparativos que en su honor iba á hacer el Harrar estuviesen terminados. Á Naga-Hadilal llegaban también de parte del Ras numerosos corderos, verdaderas cargas de panes, de algunos milímetros de espesor, los únicos conocidos en Abisinia, y cántaros llenos de *tej*.

El *tej*, bebida favorita de las clases elevadas, es una especie de hidromiel, mezcla de miel y de un lúpulo que se deja fermentar varios días en el agua. Es, á lo que parece, una bebida muy enervante, comparable á la sidra más fuerte. La adición de ciertas raíces le comunica un bello color de ámbar (6). El pueblo bebe la *talla*, cerveza muy débil, hecha con cebada fermentada.

(1) *Euphorbia candelabra*.

(2) *Cynocephalus babuin*.

(3) *Colobus guereza*.

(4) El conductor del ala izquierda.

(5) Los abisinios llevan siempre las piernas desnudas. Sobre este detalle insistiremos más adelante al describir sus vestidos.

(6) El *tej*, según su procedencia y el modo de fabricación, tiene cualidades

Para entrar en Harrar los ingleses se vistieron sus brillantes uniformes, y el Sr. Rodd montó una mula ricamente enjaezada que el Ras acababa de enviarle. Makunnen vino en persona al encuentro de los ingleses, pero los dejó después de la presentación oficial y de cambiados los primeros cumplimientos, para presidir el recibimiento á aquéllos. La impresión que produjo sobre los individuos de la misión fué excelente. Sus maneras, su conversación, su cortesía eran las de un europeo de distinción.

Makunnen es uno de los hombres notables de Abisinia, uno de los destinados seguramente á desempeñar un gran papel en el porvenir. Sobrino de Menelik por su madre (1), es, con el Negûs, uno de los poquísimos abisinios que aman el progreso y que comprenden la importancia de introducir aquél en su país, so pena de perecer. Pero es necesario añadir que los abisinios se muestran hasta ahora poco dispuestos á seguir por tal camino. Es un hombre en la fuerza de la edad, de mediana estatura, de color negro claro, largo rostro de enérgicos rasgos, ojos penetrantes y vivos y simpática fisonomía. Profundamente religioso y moral, su fidelidad á su esposa es proverbial y rarísima en un país donde tal virtud es casi desconocida. Muerta su mujer, ha continuado fiel á su recuerdo, sin que los esfuerzos de la Emperatriz Taïtou hayan podido decidirle á aceptar una de las sobrinas de aquélla, la hija de su hermano el Ras Olié. Makunnen había sido enviado á Italia en 1889 para obtener ciertas modificaciones del tratado de Ucciali, que él firmó como plenipotenciario del Negûs. Crispi, Presidente entonces del Consejo de Ministros, había dado orden de hacerle visitar las diferentes ciudades del reino y enseñarle sus magníficos monumentos. Las maravillas del arte no le impresionaron, llamando su atención tan solo el ejército y las cosas militares. Sus impresiones después de haber asistido á una gran revista verificada ante el Rey Humberto, cerca de Milán, fueron que Italia era bastante fuerte para combatir en

muy diferentes. Gleschen compara el del Ras Makunnen al viejo vino de Madera, y el del Negûs, que probó más tarde, al vino del Rhin.

(1) Tanina Werk, hermana del Negûs.

Europa con éxito, pero que no podría arriesgarse sin peligro en otras regiones. Esta apreciación, tan cruelmente confirmada más tarde por los acontecimientos, acusa un espíritu atento y penetrante.

Su traje era sencillo: camisa de seda negra con rayas anaranjadas, caftán blanco y manto de seda negra sujeto con un broche de oro. Este broche es la señal de su rango, pues sólo los individuos de la familia del Negûs pueden llevar adornos ú objetos de oro.

Cuando la embajada estuvo á la vista de Harrar, tronaron los cañones de un pequeño fuerte que domina la ciudad, y los numerosos soldados que formaban la guarnición contestaron con una descarga cerrada. Los ingleses llegaron así hasta enmedio de una multitud compacta, que acudía para verlos en la morada de Makunnen, el cual ofreció alojar á algunos é invitó á todos á almorzar con él (1).

El Ras, según he dicho, había estado en Europa, de la cual conocía los usos: por eso las comidas que ofreció á los ingleses estaban servidas á la europea. Veíanse sobre la mesa cucharas y tenedores, lujo desconocido hasta entonces en Abisinia, y los manjares estaban preparados por una cocinera armenia, mujer del mayordomo, siendo copiosamente rociados de tej, raki y excelente vino rojo.

Los individuos de la misión regresaron enseguida á su campamento, que hubieran deseado no abandonar por ser su presencia indispensable para mantener el orden entre los turbulentos soldados ó servidores que les acompañaban.

Al día siguiente Makunnen fué al campamento inglés, y numerosas salvas contestaron á sus deferencias de la víspera.

El Sr. Rodd le entregó en esta ocasión una carta y una fotografía del Patriarca copto del Cairo, que el Ras recibió dando muestra del más profundo respeto. No sucedió lo mismo con los presentes de la Reina que el Sr. Rodd fué á llevarle con gran pompa y que él miró con una indiferencia que con-

(1) Las principales fiestas religiosas, en la iglesia copta, son siempre precedidas de largos ayunos escrupulosamente observados. El uso de la carne, la manteca de vaca y los huevos está prohibido. El alimento de las clases populares se reduce al pan sazonado con pimienta encarnada ó con sal.

trastaba con el placer que le habían causado el día anterior unas fotografías tomadas en la India y que representaban diversos episodios de la caza del tigre y del elefante. Preciso es decir que Makunnen es un cazador apasionado (1).

Mgr. Thaurin, el jefe de las misiones católicas, residía en Harrar, y los ingleses se apresuraron á visitarle. Hallábase en el país hacía veintinueve años, pero el éxito no correspondía á sus pacientes y vigorosos esfuerzos. Menelik es poco propicio á la propaganda católica, y la voluntad del Negûs es la ley de sus súbditos. Los misioneros no podían enseñar á los niños que les estaban confiados más que oficios útiles: toda controversia religiosa les estaba prohibida. El Negûs, bien á su pesar probablemente, acababa de encargarse á los Padres el establecimiento de una comunicación telegráfica entre Harrar y Addis-Ababa. Ningún abisinio era capaz de hacerlo. Los hermanos conversos de la misión estaban ya encargados del servicio, aún muy rudimentario, del correo.

Las misiones protestantes habían alcanzado menos éxito aún que las católicas. Los abisinios consideraban á los misioneros de aquéllas como enemigos de la Virgen, y esto bastaba para que por todas partes fuesen rechazados con horror. Esa misión había sido organizada, hacía ya largo tiempo, por los suecos, y dos pastores habían sido asesinados en Zazze-ga (2); sus cofrades no se habían desanimado ni ante el fracaso ni ante la muerte, continuando con celo y tenacidad su obra de civilización y de paz.

El Harrar había pertenecido á Egipto, pero en 1884, el Gobierno inglés, muy opuesto, en aquella época, á toda expansión colonial, asustado además por los progresos amenazadores del Mahdi, había decidido al Kediye á abandonar el Sudán, el Harrar (3) y el Somaliland.

(1) Dichos presentes, á decir verdad, no eran muy espléndidos, dados el rango y la situación del Ras: dos braseros de cobre, un sable, una carabina rayada de nuevo modelo con trescientos cartuchos, telas y bordados. El enviado inglés añadió una carabina Martini, montada en oro, y un revólver Colt, para aquellos oficiales que él designara.

(2) P. de Lauribar, *Douze ans en Abyssinie. Souvenirs d'un officier*, página 149. No podemos menos de recomendar esta obra á todos los que deseen conocer las costumbres abisinias. Nosotros la hemos consultado muchas veces.

(3) Cuando la evacuación, el gobierno del Harrar había sido encomenda-

La ocupación egipcia había sido muy provechosa al país. La ciudad, con sus minaretes, sus casas de piedra de deslumbrante blancura, recuerda las ciudades árabes ó sirias y contrasta singularmente con las abisinias. Las calles se cortan en todos sentidos y es difícil no perderse en aquel dédalo. Siete puertas, guardadas por soldados del Ras, le dan acceso. Los habitantes pertenecen á razas muy mezcladas; se llaman harraris y tienen á gala no confundirse con los abisinios, á los cuales profesan mediana estima.

Las iglesias son numerosas, pero ver una es ver todas, pues consisten invariablemente en construcciones circulares, pocas veces de piedra, casi siempre de tierra, con techos cónicos cubiertos de paja. Sólo se distinguen de las casas particulares por la cruz de madera, hierro ó cobre que las corona y por el triple cerco que las rodea. Únicamente los personajes principales entran en la iglesia; los demás se colocan, según su rango, en los recintos. El interior recuerda por su disposición las iglesias griegas; en el centro se eleva una construcción cuadrada, el *iconostaso*, cubierta exteriormente de pinturas bizantinas de tonos crudos y vivos. El servicio divino se celebra en el iconostaso, lejos de las miradas de los fieles. Se oyen cantos lentos y monótonos, y, á intervalos irregulares, la cortina que cubre las puertas se levanta, y aparece un sacerdote que reza rápidamente una oración litúrgica. Después se forma una procesión, los sacerdotes y los acólitos salen vestidos con togas, casullas ó dalmáticas cubiertas de ricas pedrerías y llevando en sus cabezas altas tiaras cargadas de adornos de oro y plata. Precedidos de los que agitan los incensarios, marchan lentamente, y mientras el Obispo presenta sucesivamente la cruz á los fieles, que la besan con fervor, redoblan los tambores y suenan las trompetas. Todo

do á un Emir llamado Abdullah, sin gran fuerza y sin mucho prestigio. En 1886, Menelik envió una expedición contra él; los harraris la derrotaron, y el Rey de Choa, que tal era entonces el título de Menelik, tuvo necesidad de dirigir él mismo las operaciones para reparar el desastre. La victoria de Tyalanko, en la cual, según se cuenta, perecieron 11.000 harraris, le aseguró la tranquila posesión del país, cuyo gobierno confió al Ras Makunnen.

este servicio es muy largo (1) y, mientras dura, todos los asistentes á él permanecen de pie como en las iglesias griega y rusa, con las cuales tiene el culto copto numerosas semejanzas. Por una delicada atención, el Ras había hecho colocar ocho sillas para los ingleses, deseoso de evitarles tan larga fatiga (2).

El Sr. Rodd pensaba en la marcha, impaciente de llegar á la capital y cumplir la misión de que estaba encargado. El número considerable de mulos que reclamaba era una gran dificultad. Necesitaba 300 y Makunnen sólo le ofreció 48, y para eso tomados de sus propias cuadras. Su chambelán Aïto Wandu debía completar el número pedido. Como todos los orientales, Aïto Wandu era pródigo en promesas, pero no se apresuraba á cumplirlas. El domingo era un día de completo reposo, el lunes se encontraba bajo la influencia del domingo; por fin el martes las mulas, que los ingleses pagaban tan espléndidamente, comenzaron á llegar, y dos horas más tarde, después de esfuerzos capaces de agotar la paciencia de cualquiera, y más de un inglés, siempre impaciente de partir, el contingente estaba casi completo, gracias sobre todo al concurso de un mercader de Choa, conocido del médico que acompañaba á la misión. Este hombre era un políglota consumado, cualidad importantísima, pues los muleteros hablaban cinco lenguas diferentes, el abisinio, el galla, el árabe, el indostano y el somali, y cada uno, naturalmente, no hablaba más que la suya. Pero no era sólo de mulas de lo que había

(1) El servicio divino, canto y oraciones, se hace en una lengua antigua, el *gheez*. Es dudoso que los mismos sacerdotes lo entiendan. Un eminente orientalista, el P. Van de Gheyn, me escribe que el *gheez* fué reemplazado por el *ambárico*, hoy la lengua usual, en el siglo XIII según Sudolf (*Hist. aethiópica*, lib. I, cap. XV) y en el siglo XII según Praetorius (*Gram. aeth.*, página 3). Sin embargo, ha persistido en la escritura, y en *gheez* están escritas las crónicas de los Reyes de Etiopía y al *gheez* están traducidas la Biblia y otras obras litúrgicas.

(2) El musulmán es un creyente convencido, capaz de todo en defensa de su fe. Absorto en la idea de un Dios único y omnipotente, ora con un fervor que nada puede turbar. El abisinio es religioso, pero la más grosera superstición constituye el fondo de su cristianismo. Especialmente es muy sensible á las pompas y exterioridades del culto. Se comprende la incompatibilidad de esas dos creencias, y, por consiguiente, el odio de las dos religiones que se dividen desigualmente, es verdad, el imperio de Menelik.

de proveerse, sino de sillas, bridas, cuerdas, etc., etc. La indisciplina de los hombres constituía también una grave dificultad. Eran más rebeldes que los mulos, y, según el retrato que de ellos hace Gleichen, no es mucho decir. Aunque el Ras designó por sí mismo los jefes de las distintas secciones, no se mostraron dispuestos á obedecerle. Makunnen había decidido que dos hombres eran suficientes para cada tres mulas; pero los muleteros, á pesar de la diferencia de costumbres, religión y lenguaje, se pusieron de acuerdo rápidamente para exigir que cada hombre no condujera ni cuidara más que una mula. La *sedición* se organizó con tanta prontitud y éxito como en Europa. Era preciso ceder y aceptar las condiciones impuestas, ó resignarse á demorar aún la partida.

Por fin el 8 de Abril, después de las escenas más tumultuosas y más cómicas, excepto para los que resultaron víctimas, después de romperse cajones, perderse objetos, espantarse mulas ya cargadas, se puso en marcha la caravana, y á las ocho de la noche, todos, hombres y bestias, llegaban no sin dificultad á su primer campamento en el camino á Addis-Ababa.

III

El camino que los individuos de la misión han de recorrer es de los más pintorescos, á través de praderas esmaltadas de flores, de senderos bordeados de cactus, rosas salvajes, euforbios y jazmines. Esta región del país está copiosamente regada y todos los productos podrían prosperar allí, la viña, la naranja, el melón, la banana, el trigo como el maíz, el café como la caña de azúcar (1). El clima es excelente, y sólo puede compararse, dice el Conde de Gleichen, á una radiante primavera de nuestros países. Los rayos del sol abrasan de siete á nueve de la mañana, pero las noches frescas y á veces frías devuelven el vigor á hombres y animales. Un día, en Worabili, el termómetro sólo marcaba, á las seis de la ma-

(1) Y también el *kataf*, que da la sustancia resinosa y odorífica llamada mirra.

ñana, 34°,4 F., es decir, + 1°,60 centígrado. No era esto, en verdad, lo que esperaban encontrar en el Africa ecuatorial. Á cada paso, los ingleses se asombraban de la fertilidad del suelo. «La Abisinia, repetían, es un granero abundantísimo. Desgraciadamente, los hombres faltan á la tierra y no saben extraer de ella las riquezas que les brinda. Los útiles de la branza son de madera y los procedimientos de cultivo los más rudimentarios. El habitante, abrumado de impuestos, no experimenta deseo alguno de mejorar su posición: sólo el fisco se aprovecharía de sus trabajos. Vive al día, en la más completa indolencia, semejante á los fellahs egipcios antes de la ocupación inglesa.»

Desde las primeras estribaciones del gran macizo central (1) se disfruta de una vista soberbia que se extiende hasta el lago Harimaya. Á medida que se asciende, los pinos y los cedros reemplazan á la vegetación de la llanura. Por la parte Sur la escena cambia bruscamente: los viajeros penetran en una selva inmensa que data verosímilmente de los tiempos prehistóricos.

Aquí y allá se elevan enormes algodoneros de brillantes flores escarlata, de donde penden misteriosas orquídeas; enebros y olivos que derraman su grata sombra en las ardientes horas de la siesta; helechos delicados y breñales cargados de flores olorosas. Á cada instante, como para distraerlos, los monos daban sus graciosos saltos, los pájaros hacían oír sus píos y sus cantos, y magníficas mariposas de un azul pálido con rayas negras, revoloteaban en el aire.

Diariamente, mientras viajaban por los estados de Makunnen, el Ras les enviaba víveres en abundancia, pilas de los panes delgados que antes mencionamos, vasijas llenas del mejor tej, cabras y carneros. Esta fastuosa hospitalidad es una de las costumbres abisinias; además es necesaria, pues sin ella los viajeros correrían el riesgo de morir de hambre. Los escasos habitantes que se encuentran rehusan obstinadamente vender sus géneros, cualquiera que sea el precio que se les

(1) Parece, según el relato del Conde de Gleichen, que la mayor altura encontrada por los ingleses es de 7.900 pies, ó sea unos 2.4000 metros.

ofrezca, pues los desgraciados apenas si tienen lo bastante para sus propias necesidades (1).

Esta hospitalidad iba á concluir: los ingleses abandonaban los estados de Makunnen. Tocábale ahora al *Fitaurari* (2) Asfau velar por la subsistencia de los huéspedes del Negûs. Para saludar á los ingleses había acudido al campamento de éstos desde su residencia, situada á 24 millas, y para dar muestras de su poder, presentóse seguido de una escolta de más de dos mil hombres. Joven, de veintiocho años, de agradables maneras, Asfau es hijo del Ras Dejaj Manachy, muerto en la batalla de Adua (3). Asfau fué pródigo en servicios y promesas, asegurando á los ingleses que mientras permaneciesen en su territorio nada les faltaría, y suplicó al Sr. Rodd que se detuviera en su casa para juzgar mejor de la importancia de los preparativos. Sus magníficas promesas fueron medianamente cumplidas, pero es justo consignar que las dificultades eran grandes: se llegaba á un desierto inculto en que era imposible procurarse nada. Los ingleses se consolaban con la esperanza de brillantes cacerías que se les prometían constantemente. Debían encontrar caza abundantísima de todas clases: búfalos, cebras, elefantes, leones, iban á caer bajo sus fusiles. El Hawash, que se divisaba ya á lo lejos, servía de guarida á los hipopótamos y cocodrilos. Estas esperanzas cinegéticas fueron singularmente defraudadas: salvo algún antílope visto de vez en cuando y á lo lejos, no vieron, ó mejor dicho, no oyeron más que hienas y chacales que rondaban por la noche sus tiendas, despertándoles á veces con sus siniestros aullidos (4).

En cambio abundaban las aves; bandadas de gansos ó de ánades salvajes volaban sobre el río y bajaban á bañarse en

(1) Para las misiones, para los huéspedes del Negûs ó del Ras se les obliga á facilitar los viveres necesarios. El precio, casi siempre muy bajo, se descuenta de los impuestos.

(2) Literalmente «cuerno de rinoceronte»; su rango en el ejército abisinio viene á ser el de General úe brigada.

(3) Ningún título es hereditario en Abisinia; pero el Negûs da generalmente el de *Fitaurari* al hijo primogénito de un Ras.

(4) Dos ó tres días después uno de los cazadores encontró las huellas de un jabalí y también las de un rinoceronte; pero era preciso, como el Judio errante, marchar, marchar siempre, y no había tiempo para perseguirlos.

sus aguas; los francolines se levantaban á cada paso de entre sus pies.

Esta caza era la única distracción que se ofrecía en medio de las dificultades, siempre renovadas, del viaje. La mayor, sin género de duda, era el gran número de hombres que había que alimentar y la inmensa cantidad de bagajes que conducir. La cifra de las mulas útiles disminuía cada día; unas caían cojas, otras tenían desolladuras en el lomo y no había medio de hacer llevar sus cargas, y otras eran atacadas de una enfermedad evidentemente contagiosa. Grandes tumores aparecían sobre el pecho ó en el pescuezo, para curar los cuales empleaban los conductores un remedio heroico usado en el país, que consistía en abrir el tumor con un sable, derramar pólvora en la herida y prenderla fuego. El animal solía curarse, pero quedaba durante muchos días inútil para el trabajo. Fué, pues, necesario en cada parada abandonar provisiones, y por ello empezó á entreverse entonces el hambre para los hombres y para las bestias sobrevivientes. Se hizo preciso recurrir de nuevo al Fitaaurari, el cual esta vez estuvo á la altura de las circunstancias, pues al día siguiente llegaban al campamento inglés 21 camellos. Gracias á este útil auxilio, la caravana se puso en marcha sin gran demora. La esperanza de llegar en breve consolaba á todos y la alegría era general. Un accidente vino á turbarla. Un camello rodó á un precipicio de unos cien pies de profundidad, arrastrando con él la carga que llevaba, y que era todas las alhajas de la embajada, un soberbio servicio de plata y varias cajas de cartuchos que podían hacer mucha falta. Después de largos y pacientes esfuerzos se logró recuperar la carga, y la sola víctima fué el camello: se había roto una pata y se desplomó en tierra.

Éste fué uno de los mil incidentes que son de prever en un viaje, y no debía ser mencionado, sobre todo debiendo referir un grave peligro que horas después amenazó á los ingleses. Los gallas, como los indios de la America del Norte, tienen la deplorable costumbre, antes de la estación de las lluvias, de prender fuego á las yerbas, algunas de prodigiosa altura, que cubren los llanos, y cuando las lluvias terminan siembran las tierras. El fuego había sido prendido después que hubo

pasado la misión y distaba ya tres millas, pero levantóse súbito un violento Sudeste y el incendio se propagó con inconcebible rapidez. Apenas se le había visto cuando ya se acercaba á la caravana. Las bestias demostraban creciente inquietud y se negaban á marchar. Minutos después el peligro era amenazador, y es difícil prever cuál hubiera sido la extensión del desastre si no hubiese variado repentinamente la dirección del viento. Estaban salvados. El Sr. Rodd y sus compañeros debieron respirar entonces más fácilmente, con un profundo reconocimiento por su salvación, comprometidísima momentos antes.

El calor comenzaba á ser intenso. No era raro que el termómetro llegase, bajo la tienda, á 43°,33 centígrados. Los ingleses tomaron la determinación de viajar de noche; el terreno volcánico, durísimo, sembrado de rocas puntiagudas, hacía la marcha penosa y fatigosa. Se había llegado al Choa, no lejos del río Kassan, que lo riega. Los choanos, se ha dicho, son, como los demás abisinios, grandes, vigorosos, bronceados. No hay tal; los hombres son débiles, pequeños, de tipo negro muy pronunciado. Su traje es bien sencillo y contrasta singularmente con el de los hombres del Tigré: una camisa (*shamma*) y un pantalón de tela blanca que les llega á las rodillas. Estos trajes no se lavan nunca, y su color, como es natural, se *resiente* de ello.

Esta parte del Choa estaba en otro tiempo muy poblada; pero una cruel epidemia en 1894 y una epizootia después habían diezmado hombres y animales. Además falta el agua, y frecuentemente, en la estación seca, hay que ir á buscarla al Kassan, distante varias millas. Para remediar este grave inconveniente se habían hecho, cosa extraordinaria y única en Abisinia, donde se desconoce toda previsión, dos grandes depósitos de 50 metros de largo, 40 de ancho y 4 de profundidad. Cuando las fuentes se agotan se obliga á los habitantes á llenar los depósitos con agua del Kassan. En cambio de este penoso trabajo están dispensados de impuestos; mejor dicho, lo estaban, pues el Gobernador de la ciudad dijo al Sr. Rodd que la población estaba entonces tan disminuída que ya no era suficiente para aquel cometido.

¿Se quiere otro ejemplo de lo poco emprendedores que son aquellos hombres y de su incurable pereza? Cerca de Godoburka, donde la misión había establecido su campamento, una copiosa fuente corría en el fondo de una profunda garganta, entre peligrosos precipicios. Los choanos, que desde hacía siglos habitaban cerca de esta fuente, no habían intentado jamás mejorar el acceso á ella; las bestias se despeñaban al ir á beber allí, y sus heridas, frecuentemente fatales, se renovaban á cada instante. Suerte parecida esperaba á las hijas de la ciudad, encargadas de surtir de agua á sus familias. Algunos trabajos de escasa importancia habrían remediado tantos inconvenientes, y, sin embargo, generaciones enteras se habían sucedido en Godoburka sin hacer nada. Todos, hombres, mujeres, niños, mulos, carneros, cabras y bueyes, se bañaban en la fuente, y el agua, llena de deyecciones sin número, era de una porquería repugnante. Los choanos no opinaban así, y este agua era su única bebida. Los diplomáticos, más escrupulosos, debieron buscar más lejos un agua más pura.

El 25 de Abril los ingleses llegaban á Akaki, á ocho millas de Addis-Ababa, anticipándose tres días á la fecha anunciada; pero es que habían *batido todos los records* precedentes, y ése es un punto muy capital para un inglés. Apenas establecido el campamento anuncióseles el Sr. Ilg, ingeniero suizo que llevaba veinticuatro años residiendo en Abisinia en busca de fortuna. Menelik había reconocido prontamente su mérito y le había hecho consejero de Estado, encargándole de la dirección de asuntos exteriores y asociándole á sus designios. El Sr. Ilg estaba encargado de felicitar al Sr. Rodd las Pascuas, la gran fiesta de los abisinios, á cuyas ceremonias religiosas tenía que asistir el Negûs, por lo cual no podía recibirle, rogándole se detuviera en Shola, á una hora de la capital, ó se instalase de incógnito en la morada que tenía preparada para el embajador y su séquito. El Negûs, añadía el Sr. Ilg, lo recibiría al día siguiente de la fiesta, con el ceremonial acostumbrado.

La elección del Sr. Rodd fué prontamente hecha. El 26 de Abril, á las siete de la mañana, la embajada se ponía en

marcha para la capital. Nadie les esperaba en Shola, nadie les esperaba á la entrada de la ciudad; nuevamente se habían anticipado á la hora convenida. Afortunadamente, uno de sus intérpretes, Petros, que había estado en Addis-Ababa, sabía que los ingleses debían alojarse en el antiguo edificio de la Compañía franco-africana (1), ocupado después de la guerra por una comisión de médicos y luego por la embajada del Sr. Lagarde, y los condujo al alojamiento. El trayecto se hizo fácilmente, pues las calles estaban desiertas; todos los habitantes asistían en las iglesias al oficio divino. La residencia se componía de barracas mal cimentadas, cubiertas de paja y llenas de pulgas, chinches y toda clase de insectos. Habíanse añadido tres grandes tiendas redondas. Todo el conjunto estaba rodeado de una empalizada y formaba un todo independiente.

La ciudad ofrecía en mayor escala el mismo aspecto que el alojamiento de la misión: una reunión de chozas cónicas construídas aquí y allá, sin plan regular; extraña capital de un país cuyo soberano pretende desempeñar un papel é ingresar en la civilización moderna.

Addis-Ababa (2) se eleva al pie de los montes Eutotto y cubre una superficie considerable. El terreno sobre el cual está construída la ciudad es de origen volcánico, y aún es fácil reconocer los cráteres extinguidos. La morada del Negús, el *gebí*, se eleva en medio de la ciudad, sobre una colina que la domina. Es una casa de dos pisos, construída en firme y cubierta de paja, la única de este género que existe en Addis-Ababa. Las ventanas, balcones y escaleras exteriores están pintados de amarillo, rojo y verde, colores nacionales. El palacio está situado en un vasto recinto defendido por una empalizada de quince pies de altura y por dos elevados muros. En este recinto se encuentran reunidos el *aderash*, gran sala de recepción, una sala de festines, donde 600 ó 700 personas pueden comer holgadamente; el *saganet*, la torre del re-

(1) Esta Compañía, si no me equivoco, está en liquidación hace ya muchos años.

(2) *La flor nueva*, en lengua ambárica.

loj (1), donde Menelik administra justicia dos veces por semana; el *quoda*, vasto depósito de mercancías pertenecientes al Negûs, el mayor, ó mejor dicho, el único negociante del país; su capilla privada, el arsenal, los talleres de los principales obreros y los pabellones de los oficiales del cuarto del Rey. Alrededor del gebí están los alojamientos de los *Ras*, que todos están obligados á tener un domicilio en la capital.

Menelik no se aviene mucho tiempo á una misma residencia. Su primera capital había sido Aukober, después Eutotto y desde 1892 Addis-Ababa. La población es numerosa, y las selvas vecinas desaparecen rápidamente ante las crecientes necesidades. Cuando falte la madera, como no es imposible, dados los medios defectuosos para traerla de lejos, Addis-Ababa deberá forzosamente desaparecer como las anteriores capitales.

Tan pronto como la noticia de haber llegado la embajada fué conocida, el Sr. Ilg y el *gerazmach* (2) José, jefe de los intérpretes, se apresuraron á personarse ante aquélla para exponer las excusas de su retardo involuntario. Bien pronto fueron seguidos de innumerables portadores de víveres de todas clases. Á partir de este momento, los ingleses no debían ocuparse de nada: eran huéspedes de Menelik.

EL MARQUÉS DE NADAILLAC.

C. del Instituto de Francia.

(Concluirá.)

(1) Este reloj ha desaparecido prontamente, por no haber nadie que supiera componerlo.

(1) Comandante del ala izquierda.

HISTÓRICO (1)

Su nombre ignoro; la prensa
cita el rasgo, el nombre calla;
mas con lo poco que dice,
para conocerla, basta.

Sola en el mundo, en agreste
rincón dos veces aislada,
por su pobreza primero
y después por sus montañas,

vive una madre, sin otro
protector en su desgracia
que un hijo de quien recibe
pan el cuerpo, amor el alma.

Como en llegar las noticias
á aquel rincón tanto tardan,
el estruendo de la guerra
aún sus montes no traspasa,

y acompañando al mancebo,
que cayó soldado, baja
la pobre madre á la aldea
con serena confianza.

Sabe que ley bienhechora
en su soledad la ampara
y no teme que le roben,
con él, su única esperanza.

Alegre acude al acento
que hijos y madres separa.
No perderá con el suyo
pan su cuerpo, amor su alma.

(1) Del libro inédito *Mater Dolorosa*.

Llega á la aldea, en el brazo
del noble mozo apoyada,
y oye la palabra «guerra»
como maldición que espanta.

Pero despertando al punto,
en ella, sangre heredada,
dirige el paso resuelta
adonde el deber les llama.

Allí, presentando á todos
el hijo de sus entrañas,
y el corazón estrujando
con su propia mano, exclama:

«Aunque es todo lo que tengo,
y aunque las leyes lo salvan,
si alguien á España ha ofendido,
él morirá por vengarla.

»Mi vida os doy con la suya,
pero si hay guerra, que vaya.
Si yo muero, poco importa.
¡También es madre la Patria!...»

Pobre mujer, cuyo nombre
oscuro la prensa calla,
yo te bendigo. En tu acento
resucita nuestra raza.

RICARDO GIL.

EL POR QUÉ DE LA SUPERIORIDAD DE ALEMANIA

EN LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO (1)

Plenamente demostrado está el predominio comercial é industrial de los ingleses, y aún más el de los alemanes, por lo cual sería verdaderamente pueril que tratásemos de negarlo, pues los propios alemanes saben muy bien á qué atenerse respecto de este punto, como nos lo prueba el siguiente ejemplo de uno de sus escritores, que se expresa de este modo en una publicación reciente:

«¡Cómo han cambiado los tiempos! En la actualidad somos nosotros los que exportamos á París los propios artículos de la capital de Francia. Allá necesitanse obreros italianos para la construcción de terraplenes y para la práctica de los ejercicios más rudos y peor retribuídos, y del mismo modo se hacen necesarios obreros y empleados alemanes, belgas y suizos para la industria, la banca y el comercio en general. Pero no es esto solo. Cuéntanse por decenas los millares de obreros franceses que carecen de trabajo, mientras se observa el hecho significativo de que los alemanes que llegan á París no pasan mucho tiempo ociosos. Nosotros los hemos visto marchar á Francia en gran número, y todos sin que hayamos podido notar excepciones, han encontrado ocupación.

»Y aquí hay que advertir otro hecho no menos significativo: el mayor lujo á que puede aspirar un ciudadano francés es, en opinión de ellos mismos, el enviar sus hijos al extranjero; de modo que de este lujo sólo puede gozar un

(1) Por lo curioso y aplicable á nuestro país publicamos este capítulo de la obra *Psychologie du socialisme* que recientemente ha dado á luz el editor de París Sr. Alcan.—(N. de la R.)

número muy escaso de familias acomodadas. ¿Cuántos empleados franceses se encuentran en Alemania é Inglaterra que no posean otro medio de subsistencia que su salario? Por lo que respecta á Alemania, el cálculo puede hacerse con suma facilidad y prontitud, y este cálculo nos da aproximadamente una docena. Por otra parte, todos los años cede Francia á una ú otra nación la preeminencia en la fabricación ó el tráfico de este ó aquel artículo, y va sucesivamente descendiendo desde el tercer lugar al cuarto y de éste al quinto, sin reconquistar nunca las ventajosas posiciones abandonadas. Así la estadística de las varias exportaciones de todos los pueblos del globo nos ofrece en los últimos diez años un aspecto en realidad sorprendente; parécenos asistir á una carrera en la cual Francia, mal ataviada y casi desfallecida, se deja adelantar por todos los concurrentes.

»Quand une nation grossissante en condoie une autre plus elairsemée, qui par suite forme un centre de depression, il s'etablit un courant d'air, vulgairement appelé invasion, phenomène pendant lequel le Code civil est mis de côté... C'est aux nations clairsemées à se serrer les coudes.»

Arturo Mailet dice, aludiendo al autor de las líneas precedentes: «Este autor alemán ha escrito alguna frases que asaltan continuamente mi espíritu. Ha afirmado que Francia llegaría á ser una especie de colonia administrada por funcionarios franceses, pero cuyo crédito é importancia serían debidos á industriales, comerciantes y agricultores compatriotas suyos. La primera vez que leí esta profecía, ya hace tres ó cuatro años, me pareció sencillamente una injuria; pero considerándola más despacio he comprobado que ya se ha realizado en más de sus tres cuartas partes. Si dudáis de ello, preguntad á los hombres prácticos en estos asuntos qué sería del comercio y la industria de nuestro país, si todos los extranjeros se viesen obligados á salir de Francia repentinamente. ¿Podéis acaso decirme cuántos pueblos modernos están fuera de la iniciativa extranjera y qué resortes de tales pueblos no están entre sus manos?»

Intentemos ahora observar las causas que han dado al

pueblo alemán tal superioridad en el comercio y la industria en menos de veinte años. Desde luego eliminaré la tan repetida razón de que la facilidad de su comercio se debe al prestigio de sus triunfos, pues en las relaciones comerciales de nada sirve ni nada representa este prestigio. Es evidente—y creo que nadie pretenderá negarlo—el hecho de que el comprador sólo estima y exclusivamente le importa la mercancía que se le entrega, sin cuidarse del pueblo ó nación de donde procede.

El comercio es meramente individual. Todos los pueblos pueden practicarlo en las colonias inglesas, y si los naturales de éstas han preferido durante mucho tiempo las mercancías de su metrópoli, la razón estriba en que los géneros ingleses eran más baratos y más de su gusto: si actualmente prefieren los artículos elaborados en Alemania, el motivo no es otro que aparecer éstos como más agradables y ventajosos. De manera que si el comercio alemán tiende progresivamente á predominar en el mundo, no es porque Alemania disponga de un poderoso ejército; es, sencillamente, porque el comerciante encuentra preferibles las mercaderías de aquella nación.

Nada influyen los triunfos militares en esta preferencia; lo que cabe afirmar únicamente en favor de ese influjo del régimen militar alemán, es que el joven que lo ha experimentado por sí mismo adquiere cualidades de orden, abnegación y disciplina que después le son muy útiles en el comercio. Si eliminamos como causa la influencia de la superioridad militar, habremos de investigar otras razones que nos conduzcan á nuestro objeto.

En primer lugar, se nos ofrecen, como siempre, las cualidades de raza; pero antes de exponerlas haremos notar que el poder de los alemanes no dimana solamente de su propia fuerza, sino que como factor de tal poder hay que tener en cuenta nuestra debilidad, característica de los pueblos latinos. Sabido es que las aptitudes de éstos han surgido de su pasado, y no se ignora hasta qué punto sufren actualmente aquéllos los efectos de un pasado semejante. Conócese también la influencia de nuestra secular centralización, la de la

absorción progresiva por el Estado, que ahoga todo género de iniciativa individual y convierte al ciudadano, cuando le falta una dirección adecuada, en un ser incapaz de acometer y cumplir por sí mismo cosa alguna.

Tampoco ha de olvidarse el pernicioso efecto de un sistema de educación que aniquila en la juventud hasta las huellas de voluntad é iniciativa con que la favoreció la herencia, que la lanza á la vida de relación sin otros conocimientos que unas cuantas palabras, y falsea para siempre su modo de pensar individual y propio.

El hecho de que nuestros industriales y comerciantes sean precisamente los propagadores en Francia de los productos alemanes, cuando deberían luchar abiertamente contra ellos, basta para conocer la gran parte que tiene nuestra flaqueza en el poderío de Alemania. La estadística pasa por alto estos hechos que, según mi modo de ver, revelan una disposición de ánimo mucho más grave que la apatía y ausencia de iniciativas de que todos nuestros cónsules tachan á los industriales y comerciantes franceses. No sólo renuncian éstos más y más á todo esfuerzo de emulación y á toda idea de competencia y de lucha, sino que han llegado á proporcionar armas á nuestros rivales facilitándoles la venta casi exclusiva de sus productos. En muchas industrias nuestros antiguos fabricantes se han convertido en simples comisionistas, limitándose á vender, mediante una buena comisión y después de estampar su nombre en la mercancía, los géneros que han adquirido al otro lado del Rhin. Así es como en menos de veinte años han pasado casi por completo á manos extrañas algunas industrias en que antes se distinguía Francia en primera línea, tales como las de aparatos de fotografía, productos químicos é instrumentos de precisión; y singularmente los llamados *artículos de París*. Casas antiguas podría citar que en otro tiempo daban trabajo á cincuenta obreros y que no pueden emplear más de diez en la actualidad.

Mandar construir en la capital de Francia el más sencillo instrumento de precisión ha venido á ser un asunto difícilísimo, y esta dificultad se hará insuperable cuando desapa-

rezcan los escasos fabricantes antiguos que viven todavía. Ciertamente parece más cómodo vender un artículo fabricado que elaborarlo por sí mismo; pero no lo es tanto prever las consecuencias de esta operación, aunque son muy claras. El comerciante alemán ve que los géneros que entrega á sus competidores de París pasan como de fabricación francesa, y se venden comúnmente con un beneficio considerable: es, por lo tanto, lógico que, conocidos el resultado y las ventajas materiales, el fabricante alemán comprenda que le es más provechoso vender directamente al público parisiense con su propia firma; y comienza dando género en comisión, con lo cual imposibilita á los franceses para vender con su nombre, y al mismo tiempo obtiene para sí los beneficios que á aquéllos les producía semejante procedimiento. La consecuencia inmediata es que, animado el industrial extranjero por el buen éxito, se resuelve á establecer en París, con su nombre, una sucursal de venta (1).

Pero, por desgracia, no son solamente las industrias consagradas á la fabricación de instrumentos fotográficos y de precisión y á la de productos químicos las que han pasado á manos extrañas; los *artículos de París*, vendidos por los grandes establecimientos de confección, son de origen alemán en su mayor parte, advirtiéndose que de día en día aumenta la tendencia á que todos sean de igual procedencia. Los tejidos propios de sastrería se importan de Alemania é Inglaterra y son vendidos por sastres de estos países que van estableciéndose por todos los puntos de la capital. Los alemanes se hallan interesados en gran número de cervecerías que han reemplazado á nuestras fondas; ellos fundan en nuestro país librerías, establecen almacenes de

(1) Y á veces ocurre que establece una fábrica. En la actualidad hay en París tres casas alemanas dedicadas á la venta de instrumentos de óptica, y con singularidad de lentes. Una de estas casas ha fundado en París una fábrica que da trabajo á 150 obreros, todos alemanes, como es de suponer, y que apenas puede satisfacer los pedidos de la clientela francesa. Viendo esto, cuando nuestros comerciantes é industriales se lamentan de la competencia extraña, ¿no sería justo responderles que lo que sufren no es otra cosa que los efectos de su incapacidad y negligencia? París será muy pronto considerado por los alemanes como la más productiva de sus colonias.

objetos de arte y de juguetería, y ahora emprenden el comercio en sedas, objetos de tocado y atavíos propios de señoras. Si en la próxima Exposición universal de 1900 imaginara algún jurado eliminar todos los artículos extranjeros presentados con marca francesa, sería bien exigua la parte con que legítimamente estuviera Francia representada (1).

Quizás sea demasiado severo el culpar excesivamente á nuestros industriales y atribuir sólo á su incapacidad y descuido lo que en parte es efecto de otras causas. Es evidente, sin duda, que las continuas exigencias del obrero, favorecidas por la benevolencia de los poderes públicos, y los enormes impuestos con que está abrumada la industria francesa, contribuyen á la imposibilidad de ponerse enfrente de nuestros competidores tanto como la imperfección de los instrumentos y la elevación de nuestros precios de coste. Es natural, por lo tanto, que el patrono, hostigado y aburrido, acabe por renunciar á la fabricación de géneros que puede procurarse á precios más bajos, y resulta lógico que cierre sus talleres y se convierta en simple comisionista. Pero si todo esto es cierto, no es menos evidente que si tuvieran nuestros industriales otras aptitudes hereditarias, harían lo que sus compañeros los ingleses y americanos, quienes, á pesar de las exigencias de los obreros y los amagos de la concurrencia, luchan sin gran desventaja contra sus rivales los germanos, y pueden sostener la lucha gracias á su energía y al constante perfeccionamiento de sus utensilios. ¿Por qué nuestros industriales carecen de todas las cualidades de carácter propias para asegurar la superioridad en estos combates mercantiles? En el fondo de todos los problemas sociales se ve latir siempre con cierto predominio la cuestión de raza, suprema reguladora del destino de las naciones. Así vemos que los hechos enumerados en este artículo son de

(1) En mi calidad de individuo del Jurado elegido para la admisión de instrumentos de precisión, había pensado proponer esta eliminación; pero he tenido que renunciar á mi propósito, cuya práctica hubiera levantado una nube de protestas entre los expositores.

actualidad palpitante; pero habíamos de remontarnos mucho en el tiempo para encontrar sus causas.

El sistema centralizador que domina á los alemanes desde hace algún tiempo los arrastrará también á la situación en que nosotros nos hallamos hoy; pero mientras tanto, aprovechan las cualidades que les legó su pasado, cualidades poco brillantes, es cierto, pero sólidas y en perfecta relación con las exigencias que trae consigo la evolución de las ciencias, de la industria y del comercio. Lo que anteriormente hemos dicho de sus triunfos industriales y de su predominio comercial basta para presumir las causas de este estado progresivo; pero aún se comprenderán mejor si examinamos sus condiciones nacionales y las ventajas que saben sacar de ellas.

Los rasgos preeminentes del pueblo alemán son la paciencia, la perseverancia, la fortaleza de ánimo, el hábito de la observación y la reflexión, y una gran aptitud para asociarse; cualidades todas que desenvuelven muy bien mediante una admirable educación técnica (1). Éstas son las causas más generales y al mismo tiempo las que más influyen en sus éxitos, causas que, en sentido industrial y mercantil, expresan esta idea: perfeccionamiento constante de los productos y utensilios de trabajo (2); fabricación de mercancías á gusto del cliente, y modificadas de continuo según las necesidades é instrucciones de aquél; estricta puntualidad

(1) Hace poco hablábame un industrial del asombro que le había causado, al visitar una fábrica alemana de electricidad, el gran número de oficiales y aun simples obreros á los que había oído calificar de *señor doctor*, *señor ingeniero*. Los alemanes no padecen, como los latinos, de plétora de licenciados y bachilleres ociosos; porque habiendo cuidado mucho de su educación técnica, encuentran con suma facilidad empleo en la industria, mientras la educación puramente especulativa de nuestra raza reduce la aptitud de ésta al profesorado, á la magistratura y á la *burocracia*.

(2) Dícese de ciertas fábricas alemanas, que tienen á su servicio hasta 80 químicos, de los cuales algunos están exclusivamente consagrados á investigaciones teóricas que otros aplican enseguida á la industria. Los alemanes están siempre al acecho de descubrimientos é invenciones, y procuran perfeccionarlos inmediatamente que son conocidos. Algunos días después de conocerse el descubrimiento del telégrafo sin hilos, una casa de Berlín fabricaba el aparato completo por 200 marcos, incluyendo en él el Morse. Yo he visto de cerca el instrumento y he comprobado que las grandes dificultades que presenta en lo referente á la rayadura habían sido evitadas admirablemente.

en la entrega de los géneros; envió á todas partes del mundo de representantes inteligentes que conozcan el idioma y las costumbres de los diversos países que visitan. Varias sociedades comerciales remiten, por medio de numerosos agentes, los datos más precisos á sus asociados, repartidos por todos los puntos del planeta.

La Unión Exportadora de Dresde ha gastado, de 1885 á 1895, cerca de 500.000 pesetas en el envío de viajeros investigadores. La *Sociedad Colonial Alemana* posee una renta anual de 120.000 pesetas, que produce la cuota correspondiente de sus individuos, y tiene 249 representantes en el extranjero. La Sociedad de empleados de comercio establecida en Hamburgo está compuesta de 42.000 individuos, y puede calcularse que aumenta anualmente en un millar.

Casi todas las mercancías destinadas á la exportación salen del puerto de Hamburgo, cuyo movimiento comercial es diez veces mayor que en 1871, y supera al de Liverpool en el tonelaje de sus barcos, en tanto que el de Marsella y el Havre disminuye de año en año. Allí, en Hamburgo, hay numerosos agentes de exportación que representan los intereses de los fabricantes y ponen á éstos en relación con los compradores. Tales delegados guardan en sus almacenes muestras de todos los géneros, cuya naturaleza y forma hacen modificar á los fabricantes según los datos é instrucciones que reciben de los puntos más lejanos del globo.

Los resultados que obtienen estas asociaciones son notables y rápidos. El Sr. Monagan, cónsul americano, en un informe que tiene la fecha de 1894, presenta como ejemplo las operaciones comerciales realizadas con Bosnia por la sucursal en Sofía de una de las sociedades anteriormente citadas. Después de haber acometido la empresa de publicar un almanaque búlgaro, de haber enviado cerca de 200.000 circulares y gastado próximamente 100.000 pesetas en viajeros, obtuvo ya en el primer año pedidos por valor de 10 millones de pesetas, reduciendo, naturalmente, los negocios de sus competidores en proporciones inmensas.

Hay que reconocer que no se llega sin sacrificios á tales resultados; pero los alemanes no retroceden nunca ante el sa-

crificio. Al contrario de lo que le ocurre al industrial francés, el alemán observa con el mayor cuidado los gustos, costumbres é inclinaciones de sus clientes; en una palabra, estudia la psicología del pueblo con quien comercia, por lo cual los informes que publican anualmente las precitadas sociedades contienen las noticias y documentos que mejor pueden ilustrar al comerciante en este punto. El Sr. Delines, extractando un informe del profesor Yanjouil, pone de relieve la minuciosidad con que los investigadores alemanes estudian las referidas condiciones psicológicas de los países con quienes contratan. Refiriéndose á los rusos, advierte sus inclinaciones y la necesidad de acompañarlos á tomar té antes de verificar ninguna operación mercantil; después se examinan los géneros á que dan la preferencia, acompañando los de calidad superior con la nota de *venta excelente*. En el libro *Export Hand Adressbuch*, que conocen á maravilla todos los comerciantes alemanes, hay también algunas indicaciones características, de entre las cuales copiaremos las siguientes:

«Los chinos están habituados á preparar su alimento en vasijas de hierro de paredes muy delgadas: el arroz se cuece pronto, pero la cacerola también se quema en poco tiempo, y es preciso sustituirla á menudo. Una casa inglesa, deseando ponerse al abrigo de toda competencia, envió á China cierta cantidad de pucheros de hierro de paredes más gruesas, y, por lo tanto, más resistentes, cuyo precio era inferior al de las otras cacerolas. Dejáronse los chinos seducir al principio y la mercancía se vendió inmediatamente; pero este resultado fué pasajero, pues la venta paró en seco á los pocos días. Así tenía que suceder: el mayor grueso de las cacerolas inglesas hacía que el arroz cociese con más lentitud, lo cual aumentaba el gasto del combustible, y como éste es escasísimo en China, los nuevos utensilios resultaban á un precio mucho más elevado que los antiguos, en los cuales se cocía el arroz inmediatamente. Los chinos volvieron en busca de la economía.»

Otro caso que cita también el *Export Hand-Adressbuch*:

«Á un negociante europeo le pareció de éxito decisivo, por lo diabólico de la idea, enviar á China una remesa de

herraduras cuya marca de fábrica representaba un soberbio dragón de irresistible efecto. Pero su asombro fué extraordinario al saber que los chinos, no sólo no admitían el género, sino que le volvían la espalda encolerizados. El aludido negociante ignoraba que en el escudo nacional del Celeste Imperio figura un dragón y que los chinos consideran como sacrilegio el permitir que un caballo pisotee tan augusto emblema.»

Cuéntase igualmente en el mismo libro que un comerciante inglés presentó en el mercado chino unas agujas excelentes, las cuales podían resistir con buen éxito toda competencia; nuestro hombre devanábase los sesos buscando la razón del fracaso de su mercancía. También esto era lógico: las agujas inglesas se vendían en estuchitos de papel negro, y el comerciante ignoraba que el color negro es signo de luto en China, y que la superstición se lo hace ver como nuncio de adversidades. De aquí que los chinos prefirieran agujas de peor calidad con tal que la envoltura fuese de papel verde ó rojo.

Nos detenemos en tales detalles para que se advierta de qué elementos se compone hoy día el predominio de los pueblos. Considerados aisladamente estos elementos parecen insignificantes, pero su conjunto tiene inmensa importancia. El estado de ánimo en cuya virtud se preocupa un alemán con el modo de cocer el arroz en China puede ser digno de menosprecio para un latino, embebecido en el estudio de grandes cuestiones, como la revisión de la Constitución, la separación de la Iglesia y el Estado, la utilidad de la enseñanza del griego, etc.; pero es necesario que los latinos se persuadan de que su representación en el mundo habrá terminado muy pronto, y de que desaparecerán enteramente de la historia si no se resignan á abandonar sus inútiles divagaciones teóricas, para volver la atención á estas al parecer insignificantes cuestiones prácticas sobre que descansa la vida de los pueblos. Ningun Gobierno puede ocurrir por completo á sus necesidades. En ellos mismos, y no fuera, deben buscar terreno consistente para asentar el pie con firmeza.

DR. GUSTAVO LE BON.

EL «CYRANO DE BERGERAC»

EN EL TEATRO ESPAÑOL

Excmo. Sr. D. José de Cárdenas:

—¿Y por qué usted, que tanto gusta de esa clase de disquisiciones, no consigna esos datos en unas cuantas cuartillas y las publica para justa satisfacción de los traductores del *Cyrano* y de la empresa del Teatro Español?

Estas ó muy parecidas frases me dirigió usted, mi antiguo y cariñoso amigo, en casa de nuestro querido D. Gaspar (1) y cuando, apenas transcurridas veinticuatro horas del estreno del *Cyrano de Bergerac*, comentábamos el éxito incuestionable de la obra, el lujo de propiedad con que había sido puesta en escena, lo irreprochable de su ejecución, la fidelidad con que sus traductores la habían vertido al castellano y, sobre todo, la cuasi unanimidad con que la prensa juzgó, en sentido altamente favorable por cierto, no sólo la producción de Rostand, sino el trabajo de benedictinos que los traductores habían realizado trasladando *casi literalmente* los versos franceses en versos castellanos. Deploraba yo la costumbre seguida hoy de dar cuenta al público—á las seis ú ocho horas de terminado un estreno,—no ya del estreno mismo ó del éxito alcanzado por la obra y aun de su ejecución, sino del argumento, del juicio que mereció al articulista el pensamiento, la tesis, el desarrollo y hasta el alcance moral ó filosófico de la producción dramática, sin tener en cuenta que el llamado á hacer la crítica no dispuso del espacio necesario para formar su composición de lugar, y muchas veces ni aun del tiempo material para trasladar al papel sus más ligeras impresiones,

(1) Salcedo.

recibidas quizás en los círculos que, durante los entreactos, en los pasillos y vestíbulos de los teatros se forman, dándose con esto lugar á esa curiosa unanimidad de pareceres que nos ofrecen periódicos que jamás coincidieron en las más sencillas apreciaciones políticas, económicas ó sociales. Se forma un corrillo: uno ó dos de los más conspicuos comentan en sentido favorable ó adverso lo que acaban de ver; los críticos de segunda fila coinciden en aquellas apreciaciones, y á las seis ó siete horas ya tiene usted á Madrid inundado de críticas *coincidentes* y puesta en las nubes ó deshecha en el polvo una obra que, juzgada con reposo y examinada con detenimiento, tal vez no sería merecedora del éxito ó del fracaso en que se la envuelve.

Cierto es que el público, que conoce la premura del tiempo y las desfavorables circunstancias con que la crítica teatral las más de las veces se confecciona, ni la atribuye ya aquella influencia decisiva é inapelable de que en otras épocas gozara, ni inscribe en el índice á aquellos críticos que al volar de la pluma, acosados por el regente de la imprenta, que al lado de su mesa aguarda el último renglón de cada cuartilla para llevárselo á las cajas, y viendo penetrar ya por la ventana el primer rayo del día, deslizan algún concepto que seguramente, y en otras circunstancias de ánimo, lugar y tiempo, no se habría escapado á su perspicacia, ó cometen un anacronismo que más tarde y sin ajena advertencia ellos mismos reconocen y deploran, ó endilgan un varapalo, á guisa de corrección dogmática, que si con calma y espacio hubieran previamente meditado no vería la luz en las columnas de los respetables ecos de la opinión pública.

Verdad es que el concepto erróneo, el anacronismo reconocido ó el varapalo inconsciente no suelen verse espontáneamente rectificadas, como era de esperar, por el causante del desafuero, y que el público es muchas veces el encargado, de hacer estas rectificaciones. De obras recuerdo yo que, á pesar de haber echado la crítica las campanas á vuelo extremando los elogios hasta lo inverosímil, no consiguieron pasar de las tres representaciones de ordenanza, y en esta parte preciso es confesar que el público tuvo siempre buen olfato.

No así en el caso contrario, porque sabido es que obra que la crítica se empeña en pulverizar, por más injusto que haya sido el juicio, no la levanta, por el momento, ni el paño de la Caridad. Y digo por el momento, porque también se han visto obras duramente rechazadas por la crítica que, al cabo de algunos años y gracias á la perseverante rectitud de criterio de D. Emilio Mario, volvieron á la escena, siendo perfectamente recibidas por el público, que, con grande regocijo, saboreó las bellezas que años antes la crítica apasionada le impidiera apreciar, proporcionando al autor, aunque tardíamente, el premio de su excelente trabajo, y otorgando al gran actor la gloria de haber sabido conocer el gusto del público sano y triunfar con calma de la injusticia y de la sinrazón.

Pero estas son las excepciones. La regla general es otra, y hay que rendirse á la evidencia. La crítica es poderosa para demoler. En cambio, para llevar éxitos ficticios á la taquilla es perfectamente nula.

Y ya que de correcciones inconscientes me he ocupado, vengamos, mi señor D. José, á nuestro punto de partida, ó sea á la causa que motivó la invitación por parte de usted á que emborronara yo estas cuartillas.

En dos críticas del *Cyrano* creo haber visto que al ocuparse de los *Cadets de Gascogne*, á guisa de corrección y como enseñanza á los traductores, se dice: «*cadets... segundones*».

De una de esas críticas no puedo ni debo ocuparme en este momento. Se escribió á vuela pluma lo que todos estamos leyendo y diciendo á diario. «Coquelin cadet, branche cadette, fils cadet»... «segundón» y, como es sabido que en tiempos pasados el mayorazgo asumía todos los prestigios y riquezas de la casa, al segundón se le dedicaba á la carrera de las armas y al tercero se le hacía seguir la de la Iglesia, nada de extraño tiene que el articulista haya incurrido en el mismo error en que la generalidad de los españoles incurrimos al encontrarnos con la palabra *cadet*.

Respecto del otro crítico que no se limitó á consignar sencillamente la traducción *civil* de la palabra *cadet*, sino que, olvidado de la acepción militar, hizo con tono dogmático la corrección ó enmienda, respecto de ése no puedo pasar en si-

lencio su desliz por tratarse de un literato de cuerpo entero, que tras una muy larga estancia en París, escribiendo «en francés» en uno de los primeros periódicos de Francia, y aun creo que para el teatro, y manejando el idioma de Molière á punto de no distinguirse si sus escritos eran obra suya ó de un parisién *pur sang*, tiene obligación de saber que en Francia hubo *cadetes*, y que no es perdonable, si lo sabía, que por darse el gusto de lanzar un varapalo á unos traductores ó á una empresa, haya hecho creer al vulgo que en el Teatro Español se había dado el pase á un anacronismo de tanto bulto.

Cuando todos los concurrentes al saloncillo del Español oímos por primera vez aquello de

«Son los cadetes de la Gascuña,
que á Carbón tienen por capitán,»

todos creímos que se trataba de los consabidos «segundones»; pero dos consideraciones de importancia nos hicieron suspender nuestro juicio. La primera el ver que unos traductores que tan á conciencia habían realizado su trabajo empleaban la palabra *cadetes*, y la segunda la de que en la biografía de Cyrano de Bergerac escrita por el eminente literato Jules Sandeau para el «Dictionnaire de la conversation (1) et de la lecture» se dice que «terminados sus estudios fué Cyramo á París, y después de algún tiempo de vida disipada acabó por entrar *comme cadet dans le régiment des gardes*, en el que la fogosidad y audacia de su carácter le conquistaron gran reputación de bravura».

No estando del todo claro en el anterior párrafo si entró *como cadete* ó *como segundón* en el regimiento de guardias ó en la compañía de guardias, en unión de su amigo Lebret, según Larousse, y resuelto yo á *apurar la letra*, me dediqué á buscar todas las referencias de la palabra *cadet* que pudiera haber á mano, y entre otros vi el «Dictionnaire de l'Académie Française» (2), que la describe «Un jeune gentilhomme qui ser-

(1) París, 1854.

(2) Sexta edición, París, 1835.

vait d'abord comme soldat et bientôt après comme bas-officier pour apprendre le metier de la guerre», añadiendo que «compagnies de *cadets*» eran las compuestas de jóvenes á quienes se educaba en el arte militar.

Copiada literalmente de aquella definición está la que Mr. E. Littré consigna en su Diccionario (1), y casi literalmente lo está también la que Larousse consigna (2), si bien éste la decora con citas de textos de grandes escritores franceses (3), y, por último, menciona los «*cadets gentilhommes*» con que se designaba en 1776 á los militares procedentes de la Escuela y en 1788 á los hijos y sobrinos de oficiales que entraban en el servicio.

Pero el artículo que no sólo resuelve todo género de dudas, sino que confirma con datos históricos el sentido en que Rostand consignó, sus traductores emplearon y la dirección del Teatro Español sostuvo la palabra *cadetes*, es el firmado por el General Bardin (4) en el Diccionario de la conversación (5), y en el cual vemos que se llamaba *cadets* en el ejército francés á «los jóvenes voluntarios que sirviendo sin sueldo y sin ser filiados, llevaban la bandera de la compañía y estaban en libertad de dejar el servicio cuando lo tuvieran por conveniente. Cita la ordenanza de 25 de Febrero de 1670, que prohibía admitir más de dos de estos cadetes en cada compañía y que fué el origen de los cadetes educados á costa del Estado para suministrar oficiales al ejército, los cuales existieron bajo diferentes formas desde Luis XIV hasta la revolución. Louvois creó en 1680 cuatro mil *cadets* y formó con ellos seis compañías, siendo tales sus calaveradas, que Luis XIV se vió precisado en 1692 á disolverlas, etc., etc....» Y como á mi propósito basta la parte extractada del artículo del General Bardin,

(1) *Dictionnaire de la langue française*, Paris, 1863.

(2) *Dictionnaire universel du XIX siècle*, Paris, 1867.

(3) Voltaire, J. J. Rousseau, Boileau, etc., etc.

(4) Esteban Alejandro, Barón de Bardin, distinguido militar que tomó parte en las campañas del Norte (de 1792 á 96) y más tarde en la de Italia. Dedicó los últimos años de su vida al cultivo de las ciencias y del arte de la guerra, dejando numerosas obras y valiosos escritos referentes al arte y á la historia militar.

(5) *Dictionnaire de la conversation et de la lecture*, Paris, 1832.

hago á usted, mi estimado D. José, gracia del resto de tan erudito trabajo histórico.

No creo que el aludido crítico trate de hacernos creer que lo que la ordenanza de 1670 prohibió fué el que hubiera más de «dos segundones en cada compañía», porque está claro que estos *cadets*, mayorazgos ó segundones primogénitos ó no, eran lo que nosotros traducimos por *cadetes*, y de aquí la certeza de que Cyramo, primogénito ó segundón, fué *cadete* de guardias; que en su tiempo existieron compañías de *cadetes* y, por consiguiente, que la frase «cadetes de la Gascaña» es la perfecta traducción de lo que Rostand consignó en el original, no quedando género alguno de duda de que el crítico en cuestión «a perdu une charmante occassion de se taire», como recordará usted que á cada paso decía nuestro inolvidable amigo el Ministro del Brasil, López Gama.

Y vamos con otra corrección, que aunque no insinuada por la crítica—lo cual revela que la dirección del teatro ha obrado con pleno conocimiento de causa,— no por eso ha dejado de ser materia de disquisición.

En las dos ó tres primeras representaciones del *Cyrano*, y al terminar el cuarto acto, hemos oído á varios espectadores condolerse de que las cornetas no hayan tocado á diana y de que haya faltado en tan hermoso cuadro esa nota tan brillante.

Sepan, pues, mis respetables espectadores que esa nota brillante ha debido faltar, so pena de haber incurrido la dirección artística en lastimoso anacronismo. Los Diccionarios antes citados (1) consignan, casi con las mismas palabras, que *diana* es un *toque de tambor* que se deja oír al amanecer para despertar á las tropas y á las tripulaciones; pero volviendo á nuestro erudito y competente General Bardin, en el citado «Diccionario da la conversación y de la lectura» nos encontramos con que «en los ejércitos de Roma se tocaba ya la »diana; que la palabra *diane* procede de la española «diana» »y ésta de «día»; que empezó á usarse en la marina y se aplicaba á un *toque de caja* que se daba al amanecer; que antes

(1) *De l'Académie Française.*—Littré-Larousse.

»de usarse en el servicio de campaña se empleaba en las
 »guarniciones de tierra y de á bordo; que la ordenanza de 1665
 »cita la *diana* en ciertas poblaciones en que, á falta de cam-
 »panas, se recurría al *ruido de las cajas*; que en las fortalezas,
 »en cuanto el vigía de la torre tocaba la campana del alba,
 »*los tambores* de guardia subían al parapeto y *balían diana*, en
 »cuyo momento se realizaban todos los actos de servicio
 »correspondientes á aquella hora», etc., etc., etc., y así
 prosigue la historia de este *toque*, siempre de *tambor*, hasta
 venir á la ordenanza de 1781, que habla de la *fanfare*, diana
 (reveil-matin) de la caballería, de donde proviene que en las
 ordenanzas de 1831 se hayan confundido la *diane* y el *reveil*.

Como habrán podido ver los espectadores que lean esta
 carta y que echaron de menos la diana ejecutada por corne-
 tas, no fué inconsciente el solo empleo de tambores en la dia-
 na del cuarto acto del *Cyrano*; fué servir la escena con la pro-
 piedad histórica que el más exigente rigorista demandar pu-
 diera; rigorismo llevado á tan alto grado en todos los deta-
 lles de la obra, que más parece un estudio histórico descrip-
 tivo propio de una Academia, que una representación de tea-
 tro, donde, como es sabido, todo es convencionalismo y fic-
 ción ayudados por el arte.

De propio intento he dejado, mi paciente amigo, para lo
 último el hablarle de la labor ejecutada por los traductores
 Sres. Martí, Tintorer y Vía, y de cierta apreciación consignada
 por la prensa con aquella rara unanimidad á que aludí al prin-
 cipio de esta carta, cosas ambas—la traducción y la aprecia-
 ción—íntimamente ligadas entre sí, puesto que se trata nada
 menos que de averiguar si una traducción hecha por Zorrilla,
 Núñez de Arce, Sellés, etc., hubiera dado mayor valor á la
 obra de Mr. Rostand que la de los Sres. Martí, Tintorer y Vía.

Grave conflicto es éste, y mucho máyor para mí que me
 hallé unido con antigua y cariñosa amistad á Zorrilla; que
 desde 1868 cultivo sin interrupción la no menos grata y sin-
 cera de Núñez de Arce, y que el compañerismo universitario
 de Sellés, trocado más tardé en espiritual parentesco, ha
 creado en nuestras familias un lazo de verdadero afecto y
 en nosotros una confraternidad comparable sólo con el cari-

ño de verdaderos hermanos. En cambio, con los Sres. Martí, Tintorer y Vía es tan superficial el trato que he tenido, tan escaso el número de veces que les he hablado, que puede afirmarse que no paso para ellos de la categoría de un conocido, ó cuando más de la de un amigo á la española, porque ya sabe usted, mi señor D. José, que en esta tierra todos somos amigos de todos, todos nos besamos la mano y todos somos seguros servidores.

Pues bien, mi señor D. José, á pesar de estas circunstancias me veo obligado á decidir la competencia en favor de los Sres. Martí, Tintorer y Vía, y, por tanto, en la necesidad de fundar mi opinión, no sólo por el respeto que los otros grandes escritores me merecen, sino porque al sostener un criterio opuesto al consignado por respetable autoridad en la crítica, ¿qué menos puedo hacer en honor de ésta que presentarle modestamente las razones, erróneas tal vez, en que fundo *mis dudas* de que Rostand hubiera salido ileso de las manos de cualquiera de nuestros grandes autores? Pero como para toda discusión lo primero que se necesita es el método, procedamos con él y sentemos ante todo algunas premisas:

1.^a No establezco comparación, y esto no ofenda á los traductores del *Cyrano*, entre la personalidad literaria de éstos y la de los autores antes mencionados.

2.^a Como prueba irrefutable de esta premisa, aduzco la nunca afectada modestia con que los Sres. Martí, Tintorer y Vía se han producido consignando, en todas las ocasiones y en todos los tonos posibles, que el fin que perseguían no era otro que el de dar á conocer la obra de Rostand en lengua castellana tal y como él la escribió, sin modificaciones ni arreglos, pues sus aspiraciones, con el *Cyrano*, no eran otras que la de ser única y exclusivamente sus traductores.

3.^a Que como obra heroica y escrita en verso (1), habría perdido en castellano todo su encanto si hubiese sido traducida en prosa: opinión que les fué corroborada por cuantos literatos consultaron y de la que seguramente participarán los críticos por mí aludidos.

(1) Rostand la llama *Comédie heroïque en cinq actes, en vers*.

4.^a Que á pesar de conocer la dificultad de poner en verso castellano la obra de Rostand, acometieron la empresa sin más objetivo que el de la fidelidad de la traducción, no ya en los conceptos, sino hasta en los términos, procurando conseguir, hasta donde humanamente fuera posible en el verso, que resulte la obra de Rostand literalmente traducida.

Y 5.^a Y como consecuencia de lo expuesto, que no se trata de un arreglo á la escena española, sino de una traducción al castellano, cosas ambas muy distintas.

Con estos antecedentes, supongamos á cualquiera de mis buenos amigos frente á frente con el enrevesado original de Rostand, en el cual la necesidad de hallar consonantes á los vocablos más rebuscados y culteranos (si se ha de presentar al héroe rodeado de todos los atributos de su época y carácter) produjo la colección de versos más duros y hasta gongorinos que imaginarse puede; supongamos, repito, á mi amigo Sellés (v. gr.) luchando por hallar las palabras exactas para poner en castellano un pensamiento ó una frase que, en nuestro idioma y dicho á nuestra manera, resultaría mil veces más sonora, arrogante ó de efecto más seguro, mientras que vertida literalmente del francés—ya por deficiencia del idioma, ya por imposibilidad de transportar el giro—se obscurece un concepto, se frustra un chiste ó se borra un rasgo que en Francia produjo un nutrido aplauso, y en España pasaría inadvertido... pregunto yo: ¿tendría bastante fuerza de voluntad el poeta español para renunciar á ese aplauso en aras de la fidelidad de la versión?... Si se tratara de una obra de Shakspeare ó de Molière no digo que dejaran de resignarse á seguir ceñidos al modelo cuya frase traducían; pero tratándose de un autor que, por grande que sea su mérito, no llega á aquellos grandes maestros, ni excede de nuestros citados autores contemporáneos, seguro es que éstos no se avendrían á renunciar, más aún, no podrían materialmente sustraerse al influjo de su exuberante imaginación; y en vez de un trabajo de Rostand puro y neto, nos darían un Rostand con todas sus notables calidades, eso sí, pero esmaltado con los vigorosos tonos de un Sellés ó exornado con los puros diamantes y finas perlas que un Núñez de Arce sabe hacer brotar de su

pluma. Entonces los aplausos de la frase tributados á Rostand serían los ganados por Núñez de Arce ó Sellés, y viceversa, los tributados á éstos serían robados á Rostand, que es la madre del cordero.

La manera de ser de nuestros grandes poetas no se presta á ese servilismo de la palabra que exige la minuciosa fidelidad del traductor.

Si se tratara de *un arreglo* en prosa ó verso, ya sería otra cosa. Recordemos *Los hijos de Eduardo*, de Bretón, los incomparables trabajos de Tamayo y Ventura de la Vega, los de Olona, Blasco, etc., y los de tantos otros como han brillado en la dramática española, superando muchas veces al original... pero tratándose sólo de *traducciones* en la recta acepción de la palabra, no es aventurado suponer que ninguno de ellos conseguiría encerrar los raudales de su inspiración en estrecho círculo de hierro, y es más que posible que si alguno lo intentara, sin darse cuenta de ello, no hallaría modo de refrenar los vuelos de su genio portentoso; aparte de que en esos seres privilegiados es infinitamente más difícil y acusa un trabajo superior á sus fuerzas y casi imposible de vencer eso de estereotipar en la letra de un tercero lo que con más facilidad y sin el menor esfuerzo servirían al público en frase castiza y de seguro aplauso.

Decimos todo esto «hipotéticamente» porque sabemos que si se lo propusieran sabrían salir airosos en su empeño; pero nuestra duda está en que se lo propongan, y que si se lo proponen tengan el suficiente dominio sobre su espíritu para sustraerse al influjo de una frase más bella, más sentida, más enérgica ó más correcta que la que resultara de la traducción servil del original.

En esta duda fundo mi opinión á favor de los Sres. Martí, Tintorer y Vía. Literatos, porque para realizar ese trabajo hay necesidad de previos estudios literarios; conocedores de ambos idiomas, como lo revela la fidelidad de su traducción; modestos hasta el punto de no dar á su obra más alcance que el de una versión concienzuda y de no llevar otra aspiración que la de que Rostand sea conocido por sí mismo; versificadores, porque, á pesar de la atmósfera catalana en que na-

cieron y viven, tiene tiradas de versos que *dicen y constan* con la sonoridad y medida de nuestros buenos escritores castellanos; eruditos, porque erudición y no escasa se necesita para compaginar tantos detalles de época como el *historiador* Rostand ha acumulado en su *Cyrano*, todas esas condiciones reúnen. Con la única cualidad con que no se nos presentan es con la de autores, en la recta acepción de la palabra; y esto porque, como han repetido infinitas veces, no presentan en su trabajo más que la comedia de Rostand y quieren que su personalidad quede pospuesta á la del autor francés y que su trabajo no tenga más valor que el de haber puesto en palabras castellanas la producción francesa.

Con estas cualidades no es dudoso afirmar que Martí, Tintorer y Vía han venido á Rostand como anillo al dedo. Su labor de benedictino—apreciable sólo por los que conocen la dificultad de traducir bien y más aún en verso—la posponen á la satisfacción de haber hecho que el público español se deleite con obra tan hermosa; que se vulgarice entre nosotros el nombre del poeta francés, que según opinión de mi amigo Cavia tanta analogía tiene con nuestro inmortal Quevedo, y que se haya presentado ancho campo el Sr. Díaz de Mendoza para acreditar que, si como actor estudioso conquistó ya su primer puesto en la escena española, como director de escena ha logrado un verdadero triunfo. Conoce el teatro y rinde culto á la propiedad histórica sin reparar en sacrificios personales ni pecuniarios. Así se dirige.

Bien pueden estar satisfechos los Sres. Martí, Tintorer y Vía del éxito alcanzado por su trabajo, que yo, aficionado á las más minuciosas disquisiciones y algo conocedor de los idiomas neolatinos, puedo apreciar algún tanto, y al afirmar que su labor es merecedora del aplauso general no lo hago llevado del deseo de echármelas de maestro en traducciones, sino de rendir tributo á la justicia. Juez hago á usted, mi señor D. José, y á todo el que esta carta vea, de si mi afirmación es ó no gratuita. Los párrafos de la obra de Rostand, al lado de los versos de Martí, Tintorer y Vía que voy á transcribir, pondrán de relieve si mis afirmaciones son ó no gratuitas. Véalos usted, que tan conocedor es, véalos los lectores

de la REVISTA y digan si cabe mayor fidelidad en una traducción.

Escojamos al acaso algunos trozos. (Acto primero, escena IV.) El importuno no se atreve á decir á Cyrano que tiene grande la nariz y asustado dice:

LE FACHEUX (*balbutiant*).

IMPORTUNO

Je le trouve petit, tout petit, minuscule!

Pequeña... pequeña... diminuta...

CYRANO

CYRANO

Hein? comment? m'accuser d'un pareil ridicule.

¡Insensato! Quien tacha tal me imputa...

Petit mon nez? Holà!

LE FACHEUX

IMPORTUNO

Ciel!

¡Santo Dios!

CYRANO

CYRANO

Énorme mon nez!
—Vil camus, sot canard, tête plate,
[apprenez
Que je m'enorgueillis d'un pareil appendice,
Attendu qu'un grand nez est proprement l'indice
D'un homme affable, bon, courtois, [spirituel,
Libéral, courageux, tel que je suis, et [tel
Qu'il vous est interdit à jamais de [vous croire,
Déplorable maraud! Car la face sans gloire
Que va chercher ma main en haut de [votre col,
Est aussi dénuée

...mi clemencia no demande,
¿Pequeña mi nariz? ¡Bellaco! ¡Grande, enorme es mi nariz! Chato ridículo: ¿no sabéis que es mi orgullo este ad- [minículo?
¿Qué es una gran nariz, como insolent- [te?
Condición de hombre honrado, fiel, [valiente,
liberal, ingenioso y bien nacido, tal como soy y vos nunca habéis sido, puesto que anduvo por demás avara con vos naturaleza en esa cara virgen de majestad y donosura, ingenio, distinción, gracia, finura, y de nariz, en fin...

(*Il le soufflette.*)

(*Le da un bofetón.*)

LE FACHEUX

IMPORTUNO

Aï!

¡Ay!

CYRANO

CYRANO

.....
de nez, enfin, que celle...
(*Il le retourne par les épaules, joignant le geste à la parole.*)
Que va chercher ma botte au bas de [votre dos!
.....

(*Le vuelve de espaldas y une la acción á la palabra.*)

...como aquella que al fin de vuestra espalda mi pie [sella.

Pasemos á la escena V del mismo acto.

Cyrano descubre á su amigo Lebret sus amores en esta forma:

CYRANO

Un danger
Mortel sans le vouloir, exquis sans y
[songer,
Un piège de nature, une rose muscade
Dans laquelle l'amour le tient en em-
[buscade!
Qui connaît son sourire a connu le
[parfait.
Elle fait de la grâce avec rien, elle
[fait
Tenir tout le divin dans un geste quel-
[conque,
Et tu ne saurais pas, Vénus, monter
[en conque,
Ni toi, Diane, marcher dans les grands
[bois fleuris
Comme elle monte en chaise et mar-
[che dans Paris!...

LE BRET

Sapristi! Je comprends. C'est clair!

CYRANO

C'est diaphane.

LE BRET

Magdeleine Robin, ta cousine?

CYRANO

Oui. Roxane.

LE BRET

Eh! bien, mais c'est au mieux! Tu l'ai-
[mes? Dis le lui!
Tu t'est couvert de gloire à ses yeux
[aujourd'hui!

CYRANO

Regarde-moi, mon cher, et dis quelle
[espérance
Pourrait bien me laisser cette protu-
[berance!
Oh! je ne me fais pas d'illusions!—Par-
[bleu,
oui, quelque fois, je m'attendris, dans
[le soir bleu;
J'entre en quelque jardin où l'heure se
[parfume;

CYRANO

Del alma
tentación mortal, constante,
lazo que con ricas galas
encubre naturaleza,
rosa en cuyo seno guarda
sus dardos más encendidos
el travieso Amor... Las Gracias
vertieron en su sonrisa
sus dones, y su mirada,
su menor gesto revelan
tal distinción y elegancia,
que ni Venus en su concha,
ni la cazadora Diana
en las florestas umbrías
la superan ni la igualan
cuando ella en París p usea
dentro de su silla...

LEBRET

¡Basta!
¡Ahora comprendo! ¡Esto es claro!

CYRANO

¡Es transparente!

LEBRET

Tu amada
es Magdalena Robín,
tu prima.

CYRANO

Sí tal: ¡Roxana!

LEBRET

.....
¡Hoy te has cubierto á sus ojos
de gloria!

CYRANO

Mira mi cara,
amigo, y dime si puedo
alimentar esperanzas.
¡Bah! ¡No me forjo ilusiones!
A veces, en noche plácida,
á la hora en que su perfume
más suave la flor exhala,
entro en un jardín husmeando
mi nariz en su fragancia
hálitos de primavera

Avec mon pauvre grand diable de nez
 [je hume
 L'avril—je suis des yeux, sous un ra-
 [yon d'argent,
 Au bras d'un cavalier, quelque femme,
 [en songeant
 Que pour marcher, à petits pas, dans
 [de la lune,
 Aussi moi j'aimerais au bras en avoir
 [une,
 Je m'exalte, j'oublie... et j'aperçois
 [soudain
 L'ombre de mon profil sur le mur du
 [jardin!

que me seducen y embriagan.
 Parejas amantes veo
 que sus manos entrelazan
 envueltas en argentinos
 rayos; brotar en mi alma
 sienta amoroso deseo
 y pienso: ¡Ay de mí! ¡Cuán grata
 emoción tener al lado
 la mujer á quien se ama!
 Y sueño y el mundo olvido...
 y de pronto retratada
 miro mi sombra ridícula
 de aquel jardín en la tapia.

.....

En una hermosa relación de la escena VIII del acto segundo, en que Cyrano critica á los aduladores que deben su posición al favoritismo, se hallan versos como los siguientes:

CYRANO

.....
 Bref, dédaignant d'être le lierre pa-
 [rasite,
 Lors même qu'on n'es pas le chêne
 [ou le tilleul,
 Ne pas monter bien haut, peut-être,
 [mais tout seul!

 —Vous, la molle amitié dont vous
 [vous entourez,
 Ressemble à ces grands cols d'Italie,
 [ajourés
 Et flottants, dans les quels votre cou
 [s'effemine:
 On y est plus à l'aise... et de moins
 [haute mine,
 Car le front n'ayant pas de maintien
 [ni de loi,
 S'abandonne à pencher dans tous les
 [sens. Mais moi,
 La haine, chaque jour me tuyaute et
 [m'apprête
 La fraise dont l'empois force à lever
 [la tête:
 Chaque ennemi de plus est un nouveau
 [godron
 Qui m'ajoute une gêne, et m'ajoute
 [un rayon
 Car pareille en tous points à la fraise
 [espagnole,

CYRANO

.....
 Finalmente, desdeñar
 á la parásita hiedra,
 ser fuerte como la piedra,
 no pretender igualar
 al roble por arte ó dolo
 y, amante de tu trabajo,
 quedarte un poco más bajo,
 pero solo, siempre solo.

 A ti, Lebriet, te seduce
 cualquier amistad fingida,
 á esos cuellos parecida
 de Italia, en que no reluce
 terso y rígido el planchado,
 que encima del cuello flotan
 y que, cuando más, denotan
 gusto nimio en el calado.
 Te haré, sí, una concesión:
 son cómodos esos cuellos;
 pero ¡ah! que el rostro con ellos
 pierde su altiva expresión.
 Quien los usa se afemina,
 nada le oprime ni estorba,
 y su cabeza se encorva
 ó á todos lados se inclina.
 La mía no, acostumbrada
 á sentirse muy sujeta
 por el odio que me aprieta
 la gorguera almidonada.
 ¡Aprieta, no da dolor!
 Antes mi dicha es notoria,

La haine est un carcan, mais c'est une
[auréole!

.....

que ella es cual nimbo de gloria
de mi cuello en derredor.
Por cada rival que airado
me acosa otro pliegue ostento,
y al par un estorbo siento
y un rayo de luz me añado.
A la golilla española
remeda el odio, cual ves:
parece dogal, pero es,
más que dogal, aureola.

.....

En la escena VI del acto tercero, entre Cyrano y Roxana, dice aquél:

CYRANO

Ah! si loin des carquois, des torches
[et des flèches,
On ne sauvait un peu vers des choses...
[plus fraîches!
Au bien de boire goutte à goutte, en
[un mignon
Dé à coudre d'or fin, l'eau fade du
[Lignon,
Si l'on tentait de voir comment l'âme
[s'abreuve
En buvant largement à même le grand
[fleuve!

.....
.....

ROXANE

Mais l'esprit?

CYRANO

Je le hais dans l'amour, cest
[un crime
Lors qu'on aime de trop prolonger
[cette escrimel
Le moment vient s'ailleurs, inévitablement
[blement
—Et je plains ceux pour qui ne vient
[pas ce moment!—
Ou nous sentons qu'en nous un amour
[noble existe
Que chaque joli mot que nous disons
rend tristel

.....
.....

CYRANO

¡Ah! Si ajena á los símbolos de amor,
[res,
las aljabas, los arcos y las flechas,
templar pudiera el alma sus ardores
con frases más sinceras y mejores
que esas que llenan fútiles endechas!...
¡Mas no ya gota á gota
en fino dedal de oro el alma bebel
¡Dejad, mi amado bien, dejad que
[pruebe
si el río eterno del amor se agotal

.....
.....

ROXANA

¿Y el ingenlo?...

CYRANO

En amores lo detesto,
y á vuestra beldad ruego que me exima
de usar de él. Cuando se ama no hay
[pretexto
que justifique tan pueril esgrima.
¿Y á qué fin, si también el codiciado
momento ha de llegar (lo sé, lo siento,
y compadezco á aquellos para quienes
no llega ese momento)
en que el amor nos dé á gozar sus
[bienes
y en que, sintiendo que ese amor existe
noble y puro en nosotros, observemos
que cada hermosa frase que invente-
[mos,
al asomar al labio, suena triste?

.....

La escena IX del mismo acto, en que Cyrano ve al favorecido de su amada lograr la dicha que él mismo le procuró, tiene esta soberbia invocación:

CYRANO

Aïe! Au cœur, quel pincement biza-
[rrel
—Baiser, festin d'amour dont je suis
[le Lazare!
Il me vient dans cette ombre une miet-
[te de toi,—
Mais oui, je sens un peu mon cœur
[quite reçoit,
Puisque sur cette lèvre où Roxane se
[leurre
Elle baise les mots que j'ai dits tout à
[l'heure!

CYRANO

¡Oh, corazón! ¡Cuán bárbara esta he-
[ridal...
¡Beso, festín de amor, del que yo ahora
vengo el Lázaro á ser!... ¡Alguna parte
á recoger alcanzo aquí en la sombral
¡Sí! Yo siento que mi alma te recibe,
que al besar ella de Cristián la boca,
besa, más que sus labios, las palabras
que he pronunciado yo!...
.....

Estamos en el campamento; Roxana ha venido á ver á su esposo, al que cuenta el efecto que sus cartas le producían. (Acto cuarto, escena VIII):

.....
Je lisais, je relisais, je défailtais,
j'étais à toi. Chacun de ces petits Feui-
[llets
Était comme un pétale envolé de ton
[ame,
On sent à chaque mot de ces lettres
[de flamme
L'amour puissant sincère...

Leía, releía... De este modo
con la tuya fundía mi existencia.
Pétalos de una flor, la de tu alma
eran las hojas de tus cartas, llenas
de palabras de fuego en que vibraba
el hondo afán de una pasión sincera.
.....

¡Que venga otro á traducirlo más literalmente!

Pues y en la escena IX del mismo acto, cuando Cristián descubre que Cyrano amaba á la que hizo su mujer, ¿puede pedirse mayor fidelidad de traducción?

CYRANO

Non, non! Pas ce supplicel

CHRISTIAN

Je tuerais ton bonheur parce que je
[suis beau?
C'est trop injustel

CYRANO

Et moi, je mettrais au tombeau
Le tien parce que, grâce au hasard
[qui fait naître,
J'ai le don d'exprimer... ce que tu sens
[peut-être?

CHRISTIAN

Dis lui tout!

CYRANO

¡Nunca suplicio tall

CHRISTIAN

¿Porque en mi rostro
sus dones prodigó naturaleza
tu dicha he de matar?

CYRANO

¿Y yo la tuya
he de impedir porque al azar le deba
ese don de expresar á maravilla
lo que sientes tal vez?...

CHRISTIAN

Habla con ella...

Llega el momento en que Roxana descubre que todas aquellas ternuras y bellezas que su Cristián le decía eran obra

de Cyrano. Éste (escena última de la obra) lo confiesa en estos términos:

Vous souvient-il du soir où Christian
 [vous parla
 Sous le balcon? Eh bien! Toute ma vie
 [est là:
 Pendant que je restais en bas, dans
 [l'ombre noire,
 D'autres montaient cueillir le baiser
 [de la gloire!
 C'est justice, et j'approuve au seuil
 [de mon tombeau!
 Molière a du génie et Christian était
 [beau!

¿Recordáis? Bajo el balcón
 Cristián de amor os hablaba;
 yo, en la sombra, le apuntaba,
 esclavo á mi condición.
 Yo debajo á padecer
 y con mis ansias luchar;
 otros arriba á alcanzar
 la gloria, el beso, el placer.
 Es ley que aplaudo juicioso
 con mi suerte en buen convenio,
 porque Molière tiene genio,
 porque Cristián era hermoso.

Y... ¡basta de matemáticas!, como decía el «maestro de escuela», que justo es ya que termine esta *lata* epístola, en la cual, si no agoté la paciencia de usted, no habrá faltado mucho para conseguirlo; así que pongo fin á estos mal perjeñados renglones, rogando al que los leyere que me otorgue la benevolencia que tiene la seguridad de haber hallado en usted este su antiguo y verdadero amigo y servidor, Q. L. B. L. M.,

MANUEL DE FORONDA.

Madrid 21 de Febrero de 1899.

LAS OBRAS PÚBLICAS EN ESPAÑA

Con este título ha visto la luz recientemente un hermoso libro debido á la experta pluma del insigne ingeniero D. Pablo Alzola.

Incompetentes para hacer una crítica de obra tan concienzuda y erudita, nos concretaremos á consignar nuestras impresiones y á pretender reseñar su contenido.

Correctamente escrita, ofrece como primer término á los ojos del lector una prosa castiza, sobria y grave, realmente literaria, cual la reclama la índole histórica de su libro y como se espera de tan renombrada pluma.

Respecto del fondo, admira ver de qué modo se exponen enlazados por la sucesión histórica los miles de datos dispersos en las innumerables obras consultadas por el autor, obras de índole diversa, de algunas de las cuales acaso haya podido extraer una sola noticia, un detalle único, lo cual significa por parte del investigador paciencia inagotable y voluntad firmísima. Además, la hipótesis acertada ó probable, hija de la instrucción, el atinado comentario, producto de la experiencia y del dominio del asunto, la reflexión luminosa que propone una mejora útil ó condena un funesto desacierto, se añaden al tesoro de erudición que contiene la obra del Sr. Alzola, y la completan y avaloran.

Y ya que la impresión que ha producido en nosotros queda consignada, intentemos dar una idea de tan excelente libro, para que los que no lo han gustado tengan noción de su importancia.

En la introducción que sirve de suntuoso pórtico al vasto edificio histórico levantado por el docto ingeniero están expresadas las ideas fundamentales de la obra, como son la inmensa utilidad de los caminos, su influencia en el bienestar de

los pueblos, lo que es la navegación para el progreso, los adelantos de los trasportes terrestres, todo lo que constituye, en fin, el *movimiento* en los pueblos, ese «gran resorte del cuerpo social». Asimismo, por lo que se refiere al carácter histórico del libro, contiene la introducción un estudio sobre monografías y libros relacionados con las vicisitudes de la industria y el comercio; acertadas ideas sobre los requisitos que han de llenar los estudios históricos; indicaciones sobre la diferencia entre el que el autor ofrece al público y los escritos con objeto análogo en otros países; terminando con un paralelo entre el servicio de Obras públicas en España y Francia y los deberes de los Gobiernos de fomentar aquéllas, aconsejándoles como base de recursos la prestación personal, que tan excelentes resultados ha producido en casi todos los países cultos.

El espíritu metódico del sabio muéstrase en seguida en el orden con que se exponen las diversas materias é innumerables datos que contienen los 25 capítulos de la obra.

En la *Primera época*, que comprende los cinco primeros capítulos, se estudian los caminos, los riegos, el servicio incipiente de faros, los trasportes, el correo, desde la invasión fenicia hasta Carlos I. La falta de libros especiales para ilustrar al público acerca de tan divesos asuntos en épocas tan remotas ó en tiempos en que España era un verdadero mosaico de reinos ha obligado al autor á un trabajo de consulta capaz de arredrar á quien no tenga la sed de saber que el Sr. Alzola ó á quien no posea su espíritu ordenador para clasificar y agrupar y concertar el caos de noticias venidas de tan numerosas y diversas fuentes, de épocas tan lejanas y distintas, halladas en los antiguos códigos, en las viejas crónicas, en las novelas y comedias, en las relaciones de viajes, y en mil escritos que su paciencia inagotable buscó y encontró en archivos y bibliotecas.

Y de que esa confusa y caótica balumba de materiales históricos ha podido llegar á ser en sus manos y bajo la dirección soberana de su inteligencia cuadro completo y vivo, lo prueban esos cinco primeros capítulos, en los cuales se asiste desde la construcción de Cádiz por los fenicios hasta la insta-

lación del faro de Guetaria por el clérigo Antón del Busto.

En la *Época segunda*, que comprende la dinastía austriaca hasta Felipe III exclusive, y que inaugúrase brillantemente con la construcción del Canal Imperial de Aragón, es muy interesante y completo el examen de lo referente á navegación y riegos, sobre todo en lo relativo á la canalización del Tajo.

Enuméranse también las obras de caminos y puertos efectuadas y la fundación de una Academia en Madrid, dirigida por Herrera, en que se estudiaba aritmética, trigonometría, hidráulica y fortificación.

La conducción de trenes de artillería y la narración de los viajes de Carlos I, del príncipe Felipe, de sus sucesivas esposas Isabel de Valois y Ana de Austria, y algunos de Felipe II al Escorial y Aranjuez, constituyen el tercer capítulo de esta época; siendo el siguiente dedicado á un examen paralelo de los caminos de España y Francia en aquel entonces, y consagrando el último á las obras militares y civiles y al régimen industrial.

Los síntomas de aniquilamiento nacional que empiezan á notarse al fin de dicha época se acentúan rápidamente en los reinados de Felipe III y Felipe IV, para llegar en el de Carlos II á una total postración en todos los ramos de la actividad humana, excepción de la literatura.

La historia, bien triste y bien breve, de las obras públicas en esos reinados es objeto de los tres capítulos que comprende la *Época tercera*, el segundo de los cuales es interesantísimo y curioso por ser la narración de distintos viajes de monarcas y personas ilustres, llena de pintorescas descripciones y curiosísimos detalles.

Elevada al trono español la casa de Borbón, en 4 de Julio de 1718 dictó Felipe V la Instrucción de Intendentes, en la cual «se les ordenaba que informaran al Consejo acerca del estado de los caminos y de los reparos necesarios para el tránsito de carruajes, indicando lo que conviniera ensachar, etc. Sin embargo, á Fernando VI cupo la honra de realizar los buenos propósitos de su antecesor y de dar impulso á las obras públicas, debiéndose á la ordenanza que dictó en Octubre de 1749 la existencia en España de las primeras carrete-

ras propiamente dichas, y un primer mapa agronómico. Asimismo se constituyó una Compañía de Navegación del Tajo, se hicieron estudios de canalización del Ebro, se creó la Junta de Obras del Puerto de Barcelona, se mejoraron varios puertos, se crearon los montes de piedad y los pósitos, y empezó un general florecimiento, debido en su mayor parte al ilustre Marqués de la Ensenada.

La venida de Carlos III al trono maduró y completó el progreso iniciado en nuestra patria, emprendiéndose con gran actividad la construcción de carreteras principales y de otras muchas vías de comunicación, reforzándose el servicio de Correos y Postas, mejorándose el pernicioso régimen colonial, iniciándose la centralización de las regalías en materia de aguas, construyéndose muelles, y con la creación del Colegio de Ingenieros cosmógrafos, del Gabinete de Historia natural, de las Sociedades Económicas, de los Asilos benéficos y de algunos Bancos, resulta el reinado de Carlos III como uno de los más gloriosos de la cultura española.

En lo relativo á los de Carlos IV y Fernando VII, que comprenden el cuarenta y último capítulo de la *Época cuarta*, el trabajo del Sr. Alzola empieza á resultar más fácil y más minucioso, porque cada vez son más numerosas las fuentes de información, y hay libros que tratan de la especialidad de obras públicas, de leyes y disposiciones recopiladas referentes á las mismas. Creado el cuerpo de Ingenieros civiles y la Escuela, el ramo de dichas obras alcanzó mucho auge en los tiempos del primero de aquellos Reyes, decayendo en los del segundo, que disolvió dicho cuerpo.

En la *Época quinta*, que comprende el reinado de Isabel II (dividido en dos capítulos), el período revolucionario y la restauración (que abraza tres), es donde el Sr. Alzola hace alarde de su dominio del asunto, no pasando por alto obra alguna de las realizadas, ni ley ó reglamento ó Real orden de importancia referente al ramo, señalando las ventajas ó los desaciertos contenidos en tan copiosa y complicada legislación. Porque no se concreta á la simple exposición histórica de los hechos realizados ó á la mera enumeración de las disposiciones sucesivamente vigentes, sino que examina unos y otras para seña-

lar la bondad de tal ó cual contribución ó de esta ó aquella ley, y para condenar con argumentos irrefutables el sistema defectuoso, el proyecto desacertado, la disposición inútil ó funesta, siempre guiado por la imparcialidad más rigurosa y por su vasto conocimiento de la materia.

Tarea superior á nosotros fuera la de enumerar todos los puntos que abarcan esos seis capítulos finales, en que se ve entera la historia de las Obras públicas en España desde la subida al trono de Isabel II hasta nuestros días, y en que se da cuenta de lo legislado desde la Real orden del 9 de Febrero de 1834 sobre varios arbitrios y rentas, como los destinados á caminos, hasta el novísimo reglamento de 7 de Agosto de 1898 *contra* la autoridad de las Juntas y de sus directores técnicos.

Pero no dejaremos de consignar que es notabilísimo el análisis crítico que hace el Sr. Alzola de la ley vigente de Ferrocarriles, á la vez que señala tres gravísimos defectos, y el examen de la ley de Puertos, cuyo art. 15 ha permitido que se la haya falseado, incluyendo, gracias al caciquismo, entre las obras de interés general, fondeaderos sin comercio, simples albergues de lanchas pescadoras.

Y terminando nuestra imperfectísima tarea de reseñar algo de lo mucho y bueno que contiene el libro del Sr. Alzola, dejemos á éste la palabra, para que así se resarza el público de la molestia de haber leído nuestro tosco trabajo de información, y tengamos nosotros el honor de que la prosa castiza y sabia del ilustre ingeniero esté al lado de la que nuestra incorrecta pluma acaba de emborronar.

«Se dirá, escribe el Sr. Alzola, que después de la bancarrota que nos ha acarreado nuestro divorcio con la realidad, no ha de presentarse ocasión propicia para desarrollar un extenso plan de obras públicas. Creemos, en efecto, que no debemos dejarnos seducir por proyectos grandiosos como el formulado por Mr. Freycinet después de las derrotas de Francia, basado en el desembolso de 5.700 millones de francos; pero sin intentar la imitación de tan gigantescos trabajos dentro de nuestra modestia, que resultaron excesivos aun para la rica nación vecina, no debe llegar el encogimiento del país hasta el aban-

dono de sus obras, públicas que resultaría funesto y contraproducente para el porvenir de España.

»Ha ostentado la actual centuria la bandera de un progreso material insólito, iniciado con los inventos del vapor aplicado á la locomoción terrestre y marítima y coronado con los prodigios de la tracción eléctrica, señalándose el último cuarto del siglo por un vuelo extraordinario de la ingeniería.

»Los países anglo-sajones han perseverado en su audacia para realizar obras extraordinarias. En 1874 se inauguraba el puente de San Luis sobre el Misisipí con un arco central metálico de 158 metros de luz, y al colgado del Niágara de 250 metros sucedió en 1883 el de Brooklyn formado por combinación de una viga armada y del puente colgado de sistema rígido que salvó el vano de 436^m en su tramo central para dar paso á los trenes de las vías férreas. Se ha instalado en Chicago un puente levadizo de 39,60^m de luz que se eleva con ascensores para dejar expedito el paso á los buques de alto bordo.

»Nos sorprendió Francia en la Exposición universal de 1889 con la torre Eiffel, de 300 metros de altura, y en el año siguiente se inauguraba cerca de Edimburgo el grandioso puente-grúa del Forth, con arcos gigantes de 521 metros de luz.

»Las obras grandiosas se han extendido á diversos países con el carácter cosmopolita que caracteriza á los adelantos modernos. El viaducto de Sabarit, en Francia, tiene arcos de 165 metros y 108 de altura; el de Paderno, en Italia, respectivamente 150 y 85; el de Seyrig, en Oporto, 180^m y 90^m y el de Malleco, en Chile, de vigas rectas, con tramos de 70 y 85 metros de elevación.

»En cuanto á proyectos sorprendentes, se formularon varios para cruzar en túnel el Canal de la Mancha ó con asombrosos viaductos. Esta solución la estudió el ilustre ingeniero español D. José Echeagaray, así como los Sres. Schneider y Compañía, de la fábrica francesa del Creuzot. Se ha proyectado para el puerto de Sidney (Australia), un puente-grúa del sistema Forth con arcos inferiores sólo en 19 metros á los de aquella obra colosal, y para la bahía de Hudson se proyectó diez años ha un puente colgado con el tramo central de 800 metros.

»No ha quedado España completamente rezagada en este

movimiento de progreso universal. Débese á D. Alberto Palacio el invento del magnífico puente trasbordador de Portugalete titulado *Vizcaya*, de 150 metros de luz, dotado de una canasta colgada que traslada de una á otra margen con regularidad admirable á los viajeros suspendidos desde el tablero, situado á altura 45 metros. Le auxilió en las instalaciones el constructor y fabricante francés Mr. Arnodin, quien ha perfeccionado en Francia los puentes colgados rígidos adoptando los sistemas radial, reticular y mixto en sus proyectos.

»Por último, la apertura de túneles como el de San Gotardo y varios instalados bajo el lecho de los ríos, los hermosos puentes de hormigón hidráulico, el aumento constante de la velocidad de los trenes y las maravillas de la electricidad que han de aplicarse pronto á la locomoción de las vías férreas constituyen una serie inmensa de progresos realizados que han originado una revolución completa en los transportes, y vislumbrándose la aurora de nuevas y asombrosas transformaciones para la centuria que se avecina.

»Como síntesis final de esta obra deducimos que la decadencia de España se debió en gran parte, durante la casa de Austria, al espíritu romántico que miraba con total menosprecio el desarrollo de los intereses materiales, que son precisamente el nervio de las naciones bien formadas, y después de los tremendos fracasos antiguos y modernos se impone un cambio completo de rumbo en la dirección de este país desdichado.

«Para condensar en breves palabras el programa de los nuevos derroteros, hemos expuesto recientemente en la sesión de clausura de la Asamblea de las Cámaras de Comercio de Zaragoza nuestras ideas en la materia, en estos términos:

«España necesita dos cosas esenciales si ha de reconstituirse: *Celebrar los funerales de D. Quijote de la Mancha aventando sus cenizas* y adoptar como lema de su regeneración el apotegma de que *Es preciso ser fuertes*, persiguiendo este fin primordial en un largo período de orden, de paz, de recogimiento, de moralidad y de trabajo que acreciente el patrimonio nacional hasta alcanzar la riqueza y el saber, bases imprescindibles para la fortaleza de las naciones.»

GONZALO DE CASTRO.

AL SUEÑO

Estamos hechos de la misma materia
que nuestros sueños.

SHAKESPEARE.

Dueño amoroso y fuerte,
en los reveses de la ciega suerte
y en los combates del amor abrigo,
del albedrío dueño,
del alma enferma cariñoso amigo,
fiel y discreto sueño,
eres tú de la paz eterna y honda
del último reposo
el apóstol errante y misterioso
que en torno nuestro ronda,
y que nos vierte al alma
cuando luchando por vivir padece
la dulce y santa calma
que á la par que la aquieta la enardece.
Al débil das escudo
robusto y bien unido
para el combate rudo,
el escudo compacto del olvido.
Fortificas al fuerte,
dando á su vida fuerzas de la muerte.
Tú con tierno cariño
nos meces en tu seno
como la madre al niño,
cantándonos canciones
con suave ritmo de caricias lleno,
y cuando llega tu hora
jadeantes se tienden las pasiones

á dormir á tu sombra bienhechora.
En tu divina escuela
pura y desnuda, y sin extraño adorno,
la verdad se revela
paz difundiendo en torno.
Al oscuro calor de tu regazo
contenta y recogida
como el ave en su nido,
libre de ajeno lazo,
desnuda alienta la callada vida,
acurrucada en recatado olvido
lejos del mundo, de la luz y el ruido,
lejos de su tumulto,
que poco á poco el alma nos agota
en el rincón oculto
en que la fuente de la calma brota.
De tu apartado hogar en el asilo,
como una madre tierna
de su pecho tranquilo
da al hijo dulce leche nutritiva,
tú nos das la verdad eterna y viva
que nos sostiene al alma,
la alta verdad augusta,
la fuente de la calma
que nos consuela de la adversa suerte,
la fe viva y robusta
de que vive la vida de la muerte.
Cuando al que sirve sin rencor ni dolo
del ideal en el combate duro,
puesta la vista en el confín futuro,
á la verdad tan solo,
le dejan solo en la tenaz porfía,
tú no le dejas;
tú le sirves de atenta compañía,
tú con voz silenciosa le aconsejas
y en horas de tristeza
le das tu soledad por fortaleza.
Cual se lanzan ruidosos los torrentes

de las altas montañas,
por abruptas vertientes,
á descansar del lago en las entrañas
donde en mullido lecho
los despojos que arrastran de desecho
son de vidas innúmeras la cuna,
así nuestras pasiones
arrastran á tu lecho, sueño manso,
perdidas ilusiones,
que á favor del remanso
entretejen en ti una isla vaga,
isla de libertad y de descanso,
retiro de la maga
soberana señora fantasía
que da cuerpo y figura
á cuanto el pecho ansía,
sacando de tu hondura
en la dulce visión sin consistencia
consuelo de la mísera existencia.
Eres el lago silencioso y hondo
de reposada orilla,
el lago en cuyo fondo
descansa del desgaste el sedimento
donde toda mancilla
se purga á curso lento,
y en que por magia de sutil mudanza
se convierte en recuerdo la esperanza.
Cuando se acuesta el sol en el ocaso
deja tras su carrera,
vibrando luminoso en la alta esfera,
el áureo polvo de su augusto paso,
polvo que lento posa
en las faldas oscuras
de la noche callada y tenebrosa;
y allá por las alturas
del infinito, abriéndose encendida,
la creación augusta se revela
en campo sin medida,

que el sol engañador de día cela
al mostrarnos cual sólida techumbre,
que á nuestro mundo encierra,
el insondable mar del firmamento
en que esta pobre tierra
se pierde en la infinita muchedumbre
de los mundos sin cuento.
Al disiparse así en tu regazo
el sol de la vigilia engañadora,
¡oh sueño! mar sin fondo y sin orilla,
mundos sin cuento surgen de tu seno,
en que palpita y brilla
la creación del alma soñadora
en campo tan sereno
cual el del cielo en noche recogida
que á la oración convida,
y brotan á lo lejos,
de remotas estrellas, ideales
los pálidos reflejos,
evocándose en magia soberana
el fondo eterno de la vida humana.
Dueño amoroso y fuerte,
en los reveses de la ciega suerte
y en los combates del amor abrigo,
del albedrío dueño,
del alma enferma cariñoso amigo,
fiel y discreto sueño,
acógenos benigno entre tus brazos,
rompe con puño fuerte
del sentido los lazos,
¡Apóstol de la muerte!
pon tu mano intangible y redentora
sobre el pecho que llora,
y danos á beber en tu bebida
remedio contra el sueño de la vida.

MIGUEL DE UNAMUNO.

EL TRABAJO DE LA MUJER Y DEL NIÑO

CAPÍTULO I

Importancia del problema.—Opinión de León XIII y consideraciones que de sus palabras emanan.—Deberes ineludibles del Estado.—Opinión inadmisibile del Sr. Sanromá.—Impugnación de la misma.—Ideas del obrero catalán Sr. Renté.—Resultados del trabajo de los niños, según Michelet.—Consideraciones generales respecto á dicho trabajo.

I

Vamos á ocuparnos en este estudio, estrechamente enlazado con los que han sido objeto de nuestras anteriores investigaciones (1), de una de las cuestiones ó problemas comprendidos en el llamado *problema obrero*, parte la más descollante de la *cuestión social*, negada por algunos y que, sin embargo, se siente palpitar en todos los pueblos, alcanzando cada día mayores proporciones; cuestión ó problema que afecta á la existencia misma de la sociedad, que preocupa, y con razón sobrada, á todos los hombres pensadores que no se mantienen encerrados en un idealismo soñador ó en un escepticismo funesto, que no ha pasado ni podría pasar desapercibida ni aun á los Gobiernos más imprevisores, cuales los nuestros, y cuya solución pronta y acertada en lo posible, debe procurarse, é indudablemente se procura, por cuanto de ella dependen la moralidad, la fortaleza y las enérgicas y saludables iniciativas de las generaciones futuras: nos referimos al trabajo de la mujer, del niño y del adolescente.

(1) «Los problemas del trabajo y el socialismo», «El anarquismo», «La jornada del trabajo».

Dicha cuestión, cuya trascendencia se demuestra sin más que enunciarla, ha sido objeto principalísimo, ya que no exclusivo, de muy notables obras científicas, de bastantes disposiciones legislativas y meramente gubernamentales en casi todas las naciones que han alcanzado cierto grado de civilización, de sentidas quejas, súplicas y justificadísimas peticiones por parte del pueblo trabajador, de los persistentes y plausibles esfuerzos de los *socialistas cristianos*, y de la no menos continuada y meritoria labor de las demás escuelas socialistas, posibilistas y radicales, evolucionistas y revolucionarias. Al tratar de la misma puede decirse que se han acortado, hasta llegar á confundirse, las distancias que separan, no ya á los diversos matices del socialismo, sino á éste de los economistas-individualistas.

Cuando del bienestar de las clases más desvalidas se trata, y dentro de éstas del de aquellos seres que por su debilidad tanto necesitan de amparo, esto es, de la mujer, del niño y del muchacho apenas salido de la niñez, el ideal es uno, la aspiración general es la misma, y no hay escuelas ni diversidad de opiniones sino en puntos accidentales y secundarios. El débil debe ser protegido, ayudado, puesto á salvo de los egoísmos, intereses bastardos, pasiones y pensamientos perturbados que puedan convertirle en víctima; la sociedad debe velar por él, debe ampararle, debe concederle su poderosa tutela, puesto que él no puede defenderse á sí propio. Tal es la conclusión general.

Con su elocuencia persuasiva, con su caridad verdaderamente evangélica y conmovedora, con la autoridad que su elevadísima misión, su saber y sus virtudes le prestan, León XIII, tan resuelto y poderoso defensor de las clases trabajadoras, ha dicho, en una notable Encíclica sobre la *cuestión social*, que «la equidad pide que el Estado se preocupe de los trabajadores y haga de manera que de todos los bienes que procura la sociedad, reciban una parte congruente, como la habitación y el vestido, y puedan vivir con las menores privaciones y penas que sea posible»; y añade que «de esto se sigue que el Estado debe favorecer todo lo que de cerca ó de lejos parece propio para mejorar su suerte», cuya solici-

tud, «lejos de perjudicar á nadie, se convertirá, por el contrario, en provecho de todos, pues importa soberanamente á la nación que hombres que son para ella el principio de bienes tan indispensables no se encuentren tan continuamente en lucha con los horrores de la miseria».

Estas palabras del sabio Pontífice, en las que acaso se encuentre algo del espíritu socialista atribuído á varios de sus escritos, encierran verdad incontrastable; verdad que se hace más manifiesta, más evidente, cuando se relaciona y aplica, no ya á los deberes del Estado para con el trabajador en general, sino á los más apremiantes, imperiosos é ineludibles del mismo para con el niño y el adolescente, á quienes todavía se lleva en temprana edad, cuando ni su inteligencia ni sus fuerzas físicas han alcanzado suficiente desarrollo, á cumplir la ley natural del trabajo, para procurarse el sustento con «el sudor de su frente», y para con la mujer, débil, por ser tan delicado su organismo, y sujeta además á no pocas enfermedades que la son propias y que, al abandonar el hogar doméstico para encerrarse en la fábrica, en el taller, en el obrador, ó entregarse á faenas de índole distinta pero todavía más dañosas moral y físicamente, ya en la soledad de los campos, ya en las obras públicas, rodeada de asechanzas y peligros, como con triste frecuencia sucede, desciende muy por bajo del elevadísimo puesto y deja de cumplir la levantada misión que está destinada á ocupar y desempeñar en el seno de la familia y en la vida social; misión inmensamente más beneficiosa á todos que la de contribuir ó cooperar de un modo directo con su trabajo, ó enajenando sus fuerzas de trabajo, según la expresión de Karl Marx, á la producción de las riquezas.

El Estado no puede permanecer indiferente ante la poco grata, aunque mucho mejor que antes, condición actual del proletariado en general, y en particular de la clase trabajadora; no puede continuar practicando el *laissez faire*, *laissez passer* del decadente *manchesterianismo*, derivación del individualismo exagerado que preponderó en el siglo último; no puede consentir por más tiempo los daños físicos y morales, tan positivos, tan evidentes, tan palpables, por decirlo así,

que á la mujer resultan de su trabajo excesivo separada del domicilio, en las condiciones adversas en que por el excesivo y mal entendido respeto á la libertad individual viene efectuándose; y mucho menos en que por este mismo respeto y la confianza en el cariño de los padres, ó en el cumplimiento de sus deberes por parte de los tutores, se vicie la naturaleza del niño con faenas y sujeción prematuras, se embote ó entorpezca su inteligencia, se debiliten sus fuerzas, y el adolescente tenga que soportar trabajos mayores, quedando sin instrucción alguna ó con una instrucción rudimentaria, con frecuencia prontamente olvidada, y se le encomienden funciones que su natural irreflexión y su inexperiencia hacen arriesgadísimas, ó que por su rudeza son consideradas como abrumadoras hasta para el hombre ya en completo desarrollo y en la plena posesión de todas sus facultades.

El *dejad hacer, dejad pasar* de los unos, el *gobernar lo menos posible* de los otros, tienen sus límites, como los tiene también el respeto á la libertad de obrar del individuo, sobre todo dentro del terreno económico. *Mejorar la suerte del obrero, hacer que viva con las menos penas y privaciones que sea posible*, como ha dicho con tanta razón León XIII, es deber social, deber imperioso, ineludible, superior á todas las teorías, á todos los intereses materiales, cuyo cumplimiento incumbe á su órgano el Estado, sin que por ello dejen de tenerle también los organismos particulares y los mismos individuos, consistiendo el principio de su cumplimiento en practicar los medios más adecuados para mejorar la suerte, disminuir las penas, garantizar en lo posible la salud, procurar el cultivo de la inteligencia, desarrollar los sentimientos morales, apartar los riesgos y peligros y no consentir que respiren esos ambientes seres tan débiles que por sí mismos no pueden valerse y á quienes el más funesto y egoísta de todos los intereses procura explotar y explota del modo más despiadado.

II

No obstante la universalidad de la opinión formada en este sentido, y de ser tan evidentes, de palpase, por decirlo así, los inmensos males físicos, morales y sociales que el trabajo prematuro produce, no ha faltado algún escritor, de entre los que todavía militan en el agonizante *economismo clásico*, que con mayor ó menor timidez disculpa y aun defiende la que no vacilamos en calificar de inicua práctica, de llevar el niño y el muchacho al taller, á la fábrica, á la manufactura, á las peligrosas minas, á los duros trabajos públicos, cuando sus fuerzas son incipientes, cuando su naturaleza comienza á desenvolverse, cuando su espíritu no se ha desarrollado, cuando le hacen falta el calor del hogar, las enseñanzas de la escuela, el aire puro y las distracciones y juegos infantiles. Entre estos poquísimos escritores á quienes el espíritu de escuela ha ofuscado, sentimos tener que citar, pero no podemos prescindir de hacerlo por su misma significación, al distinguido economista español D. Joaquín María Sanromá, por otra parte tan cuerdo y tan acertado en sus juicios y tan conocedor de las intimidades de la vida obrera, quien en su notable libro *La política del taller* emitió los siguientes conceptos:

«¿Qué ventajas hay, dice, en que los niños de los pobres vivan encerrados y solitarios en un rincón de la casa ó corran sueltos y vagabundos por las calles? ¿Pretenderéis absorber toda su actividad y matar sus horas en una escuela pública gratuita ó retribuída? Bien está que á ella concurren; mas ¿por qué no han de saber un oficio? ¿Por qué no se han de buscar en la grande industria? Hubo un tiempo en que la organización social daba inmensos desahogos á los niños de los pobres: las órdenes mendicantes los atraían, empleándolos con frecuencia la milicia, y también los mendigos, que no por serlo de profesión eran menos agasajados y tenidos en estima cuando la limosna se había elevado por un piadoso error á la categoría de institución social. Hoy han variado las ideas, y de mí sé decir que no lo siento, porque prefiero mil veces ver á los

niños adiestrando su mano en alguna labor á vérsela tender al paseante, ó acurrucarse á la puerta de un convento, ó estar en impuro consorcio con los soldados» .»

En las anteriores líneas hay algo admisible y algo que debe rechazarse, consistiendo en esta mezcla la falsedad del razonamiento. Tendría razón el respetable economista si al prohibirse, como se debe hacer, el trabajo prematuro, dañosísimo, nada moral y embrutecedor de los niños, sobre todo en las inmensas fábricas, en los grandes talleres y en la lobretez de las minas, no se ofreciera otro recurso que ó dejarles encerrados en el domicilio, mansión triste y solitaria desde que las exigencias del moderno *industrialismo* hacen utilizar á la madre en impropias y múltiples ocupaciones, ó lanzarle al arroyo, donde nada bueno y sí mucho malo aprende, ó llevarle á los cuarteles, rodeándole de soldados, cuyas enseñanzas nada tienen de edificantes, ó dedicarle á la mendicidad pública, vivero de vagabundos y malhechores. Pero como las ya existentes instituciones y medidas protectoras de los niños han de complementarse, y muchas naciones ya las complementan, según el mismo escritor confiesa, con otras referentes á la mujer, debido á las cuales la madre dejará de verse imposibilitada de vigilar, atender y educar á sus hijos, con las escuelas que proporcionen al par de la *instrucción integral* á los niños, alimentos á los que sean pobres, con los jardines de la infancia, etc., etc., y como, por otra parte, en los ejércitos no son ya admitidos, en lo general, los niños, ni se consiente, ó cuando menos no debe consentirse, la vagancia de éstos, y se multiplican las asociaciones que los amparan, educan é instruyen, y el aprendizaje de los oficios se realiza más pronto y convenientemente pasada la edad de la infancia, cae por su base todo el razonamiento á que nos referimos.

Añade el Sr. Sanromá que «á la ventaja moral de la iniciativa en la vida del trabajo se agrega la ventaja material del salario», puesto que, á su juicio, «es útil y conveniente que el hijo del operario pueda tener un jornal, primero, porque no hay derecho para privar de estos recursos á las familias pobres, y en segundo lugar, y aquí me refiero principalmente á la grande industria, porque si ha de ganar algo el niño, en

ninguna parte como en ella, á igualdad de trabajo. Conozco la opinión de Sismondi: decía que el salario de los niños se descuenta del padre y no aumenta en un solo céntimo el rédito total de la familia. Comprendo que en todos los oficios y profesiones haya hombres egoístas y entregados á la ociosidad mientras la mujer y los hijos están ganando el sustento de la familia, y entonces, con efecto, no se *suma* el jornal, sino que pasa de una á otra mano. Mas cuando no es así, y el padre no es un parásito (y no veo la razón de que lo sea fuera de contados casos), cuando todos arriman el hombro, ¿en qué cabeza cabe que la ganancia del uno haya de descontarse de la de los demás? Descuéntese en buen hora la de la mujer, si por el triste jornal de la fábrica tiene que abandonar las obligaciones más provechosas de la casa. Pero si el niño toma en fábrica ó taller alguna ocupación adecuada á sus fuerzas y la ocupación es tal que no lo emponzoña, ni lo embrutece, ni lo consume, ¿qué pierde la familia con su jornal?»

Aquí se ve en toda su desnudez al economista *clásico*, que por encima de todas las consideraciones coloca la de la producción. El niño debe ir á la fábrica, al taller, al obrador á sufrir las durezas y exponerse á los riesgos tan frecuentes que la generalidad de las faenas llevan consigo, y no á la escuela ni á los esparcimientos tan necesarios al desarrollo de su naturaleza, y debe ir porque la maquinaria es hasta cierto punto ligera, porque su jornal aumentará los ingresos de la familia. ¿Es esto lo que debe mirarse cuando del niño y de su trabajo se trata? ¿Es al lucro á lo que debe atenderse? ¿No hay intereses más elevados que el interés material que deben tenerse en consideración? ¿No se opone ese mismo interés? El jornal que esclavizado en la fábrica gane ese niño, más ó menos pronto, pero inevitablemente, se traduce en pérdida para la familia y para la sociedad. El trabajo prematuro debilita tanto como fortalece el realizado cuando el obrero lo ejecuta á su debido tiempo. Los trabajadores que comienzan á serlo desde niños—así lo demuestra la experiencia—son los menos enérgicos y resistentes, los que se envejecen más pronto, los que carecen de iniciativas, por comenzar á gastarse sus fuerzas, á

debilitarse su vigor cuando debieran formarse. Verdad es que el Sr. Sanromá habla de ocupación adecuada á las fuerzas, que no embrutezca, emponzoñe ni consuma. Pero ¿cuáles son estas ocupaciones? ¿Son las de la fábrica y el taller, que sujetan al niño horas y horas, que le obligan á respirar una atmósfera en lo general insana, que le precisan á hacer esfuerzos que aunque pequeños no corresponden con sus incipientes fuerzas, ó ejecutar movimientos que á causa de su automatismo son altamente dañosos, que le privan de instrucción, que le hacen oír conversaciones y presenciar hechos que no debiera oír ni presenciar? ¿Son las del pastorcillo que cuida del ganado en la soledad y el desamparo de los bosques y de los campos, privado casi en absoluto de todo trato humano? ¿Quién determinará esas condiciones de su trabajo? ¿Quién vigilará por que se cumplan? ¿Quién las regularizará? No será el Estado, porque entonces se entraría de lleno en el socialismo, rechazado por el Sr. Sanromá y los economistas manchesterianos. ¿Serán los industriales? ¿Serán los patronos? El verdadero *patronato*, el que ha preconizado en reciente y bien pensado libro Mr. León Poincard, no muy alejado del economismo clásico, apenas ha comenzado á practicarse, no pasa, por decirlo así, de un ensayo, y por lo tanto no puede tomarse en cuenta. Los hechos hablan de otro modo. Recórranse todos los centros fabriles, visítense las grandes y pequeñas manufacturas, fíjese la atención en el aspecto de los niños obreros, apréciense las labores á que se les dedica y se llegará á la conclusión de que no deberá encomendarse al maestro ó jefe de la industria misión tan delicada en tanto que no se modifiquen las actuales condiciones y funcionamiento del patronato. El pequeñísimo jornal que esos niños ganan es el jornal de la muerte: su raquitismo, su extenuación auguran una existencia corta. Debieran comprender los padres, ó imbuírseles tal idea, que al recoger ese pequeño jornal para aumentar los ingresos de la familia, se privan del mañana, sacrifican el porvenir al presente.

III

Refiriéndose á este mismo asunto, y pudiendo decirse que contestando al Sr. Sanromá y á otros escritores de su escuela, ha consignado algunas ideas que con sumo gusto reproducimos, un estudioso y dignísimo obrero tipógrafo catalán, Miguel Renté y Cassola, en el notable trabajo que sobre «La abolición del salario por la participación en los beneficios» acaba de publicar en la *Revista del Ateneo Obrero Barcelonés*, que tan importantes servicios viene prestando á la instrucción de las clases trabajadoras.

«No están en lo cierto—dice, refiriéndose al trabajo de los niños,—los que sostienen que de tal abuso son responsables, en primer término, los padres, por ser ellos los que en edad temprana dedican sus hijos al trabajo; y no lo están si se tiene en cuenta que no tienen otro remedio que apelar á este supremo recurso, por no serles suficiente su salario para atender á las necesidades propias y á las de su familia»; añadiendo que «los adelantos de la moderna industria han simplificado de tal modo las operaciones del trabajo, que ya en muchas profesiones no se hace indispensable, como antes, un largo aprendizaje, y de aquí el que, con preferencia al adulto, se utilicen en la fabricación y producción el niño y la mujer»; que «el egoísmo industrial ha llevado la especulación á tal grado en este punto, que sólo los que tocamos las funestas consecuencias podemos apreciarlo, y no estará de más, para mayor claridad, dar de ello una ligera idea»; que, «en primer lugar, el industrial, al echar mano de estos elementos, ya tiene en cuenta la parte de utilidad que esto le reporta por lo que respecta á los salarios, pues si había de retribuir al adulto, pongamos por ejemplo, con cuatro, el niño sólo le cuesta uno, y aun suponiendo que el esfuerzo de éste no alcanza al de aquél, resuelve la cuestión con el aumento del personal, saliendo ganancioso con este sistema en un cincuenta por ciento»; que, «en segundo lugar, les facilita la ventaja de contar siempre con gente joven y que esto último produce incalculables daños de

todas clases á la población obrera, hiriéndola en sus fuentes».

Hemos presentado las dos anteriores opiniones, la del ilustre teórico, eco fiel de las ideas de los economistas *clásicos*, y la del modesto práctico, que lo es de la opinión de los trabajadores, porque representan los dos extremos del problema.

IV

Hace ya bastantes años—y le citamos en primer término, no tanto por el lugar preeminente que ocupa en el mundo científico, sino porque los hechos han venido á justificar sus temores y vaticinios,—decía Mr. Michelet en uno de sus más populares libros, *El pueblo*, que «cuando con mayor violencia se libraba el gran duelo entre Inglaterra y Francia, se presentaron los fabricantes ingleses á Mr. Pitt manifestándole que los elevados salarios del obrero no les permitían pagar el impuesto, á cuya manifestación contestó Mr. Pitt: «Tomad el niño». Esta frase, exclama elocuentemente Michelet, pesa como una losa de plomo, como una maldición, sobre Inglaterra. Desde entonces acá degenera la raza; aquel pueblo, antes atlético, se enerva y debilita. ¿Qué se ha hecho del color rosado y de la frescura de la juventud inglesa? Está ajada, marchita: creyeron á Mr. Pitt, y tomaron los niños». Mr. Michelet, á continuación de estas significativas palabras, censuraba duramente un proceder tan inhumano, profetizando males sin cuento, males que con efecto han sobrevenido, no sólo en Inglaterra, sino en las demás naciones, por haber practicado el funesto consejo del estadista.

Nada más cierto y nada más justificado que el duro juicio del eminente escritor. Llevar el niño á la fábrica, al taller, á las faenas del campo, ya para guardar los ganados sufriendo el duro azote de las estaciones, el frío que entorpece, el calor que agobia, la humedad que se infiltra, sin casi relacionarse con ser humano, ya para auxiliar á los *gañanes*, expuesto también á las inclemencias y á los riesgos y peligros de la soledad; ocuparle en faenas que, por ligeras que parezcan, aun cuando no entrañen riesgo, son siempre superiores á sus

pequeñísimas fuerzas y nocivas á su salud; obligarle á permanecer durante mayor ó menor número de horas en una sujeción que pugna con la natural movilidad de la infancia; hacerle respirar una atmósfera que miasmas de todas clases impurifican; hacerle seguir por más ó menos tiempo la marcha automática de un mecanismo, sin que de él pueda apartar la mirada ni acelerar ó retardar el paso; obligarle á descender á las profundidades de una mina, siempre temibles; encomendarle el dar aceite á los engranajes deslizándose por entre los mismos con indudable riesgo, todo ello equivale, aunque no suponga esfuerzos considerables, á prepararle una muerte prematura, ó á ensanchar, con detrimento del vigor de las razas, el número desgraciadamente mayor cada día de los que por Mrs. Feré, Morel, Max Nordau y otros muchos, se llaman degenerados. Con el trabajo anticipado se atenta, pues, á su vida física, á su vida intelectual y á su vida moral, puesto que contiene el desarrollo del espíritu al mismo tiempo que contraría el del cuerpo, por cuanto el trabajo, que fortalece cuando guarda relación con el desenvolvimiento individual, perturba, estropea y debilita siempre que no guarda esta relación.

Por eso la población obrera en general, y muy particularmente la manufacturera, va degenerando en proporción alarmante; y por lo mismo, con razón sobrada, unidos en igual aspiración, por más que difieran en la elección de los medios, la mayor parte de los individualistas y la totalidad de los socialistas, hombres públicos, desde los apegados á lo tradicional hasta los más avanzados, y los ministros de las distintas Iglesias cristianas, convienen en que el regimen actual de las industrias, en lo que al trabajo del niño respecta, es insostenible, imponiéndose la inmediata aplicación del remedio, que debe hacerse extensivo al adolescente y la mujer, por lo cual conceptuamos exactísimo lo dicho por el Sr. González Serrano, de que «hasta por cálculo conviene al Estado que no se debiliten los hombres, efecto de la inicua explotación que padecen de niños, pagando horrible tributo á la muerte y á los hospitales, quizá por no saber armonizar los intereses».

Hay un período en la vida del hombre durante el cual no debe ocupársele en ningún trabajo, á menos de querer sacri-

ficar al presente el porvenir, á un provecho más que real ilusorio beneficios positivos, á la pequeña ganancia industrial la inmensa riqueza social; ese período es el que media desde que puede andar sin el auxilio ajeno, hasta los doce ó catorce años, según los países y los climas. Durante él, su sociedad debe ser la de la familia, primera educadora del hombre; sus enseñanzas, las de ésta, completadas por las de la escuela, sin las rutinarias y poco convenientes prácticas de la pedagogía antigua, á fin de que la educación y la instrucción armónicas se adapten á la naturaleza física y á la inteligencia del niño, y alimentándose gratuitamente á los pobres, bien por los Municipios, bien por el Estado, en cuanto no alcancen las instituciones particulares, las asociaciones libres; sus faenas únicas, los juegos propios de la edad, y en los últimos años las ligerísimas que puedan servir para comprender sus aptitudes é inclinaciones; su taller, el inmenso laboratorio de la naturaleza, los jardines de la infancia, el recinto del hogar donde la madre le cuide, le vigile y dirija. Arrancarle de los brazos de ésta para colocarle en los del contramaestre ó el patrono, de la familia para llevarle á la fábrica, ó al taller, ó á la tienda, ó á la triste y desamparada choza del pastor, privarle de su sociedad natural para sumirle en otra que le es extraña, contraria y no muy moralizadora, es apartarle del ambiente que su tierna constitución reclama, es rodearle de positivos peligros; separarle del maestro, único que con los padres debe dirigir sus primeros pasos en la senda de la vida, para sujetarle á la inflexible y poco atractiva disciplina del trabajo, donde la mano del contramaestre, del capataz, del vigilante ó del mismo patrono, hecha más dura por el sórdido interés, le amenaza de continuo y á veces le golpea; es inspirarle del trabajo un concepto al que va unida la idea del sufrimiento, precisamente, y por desgracia, en esa edad cuyos recuerdos é impresiones subsisten siempre; privarle del aire puro y de los juegos infantiles es perturbar su desarrollo, modificar las expansiones de su carácter haciéndole reconcentrado y aun hipócrita, pues el niño y el muchacho precisan del uno y de las otras tanto como del alimento, la habitación y el vestido.

El trabajo, verdadera función social, que es un deber para el hombre, ennobleciéndole y elevándole, tanto como la ociosidad, aunque se ampare de la riqueza, le abate, envilece y humilla, se convierte en más que en una pena, en más que en una iniquidad, llega hasta constituir un crimen, cuando se impone al niño, cuando se exige al que sin detrimento físico y moral no puede conllevarle. Y sin embargo, el niño es arrastrado todavía al trabajo en muchas naciones, y las legislaciones y los Gobiernos lo consienten. En Italia, por ejemplo, es admitido en las industrias á los nueve años; en Rhode-Island y New-Hampshire, á los diez años; en Bélgica, Holanda, Rusia y Nueva Jersey, á los doce; en Francia, Alemania y Massachusetts, á los trece, y en España, triste es decirlo, á cualquiera edad, pues únicamente se publicaron algunas disposiciones que fueron letra muerta, como tantas otras que al bien de las clases obreras tendían, prohibiendo dedicarles á ciertos ejercicios y oficios peligrosos, sin que se haya puesto límite alguno ni señalado edad con relación á las ocupaciones del comercio, de la industria fabril y de la agricultura.

CAPÍTULO II

El sistema gremial y el industrialismo.—Ventajas de aquél en cuanto se relaciona con el trabajo del niño.—Ideas de Karl Marx, Villari y otros publicistas contrarias á dicho trabajo.—Las Federaciones y los Sindicatos de obreros.—Acuerdos del Congreso de Zurich de 1897.—Las agrupaciones obreras de España.—Palabras del socialista Pablo Iglesias.—Los socialistas y los industriales de nuestro país.—Observaciones.—El partido católico-social y el trabajo del niño.

I

Aun en aquellas naciones que han legislado acerca del trabajo de los niños y de los adolescentes, por interés que manifiesten en el cumplimiento exacto de las beneficiosas medidas protectoras, han venido eludiéndose éstas con lamentable frecuencia, empleándose al efecto medios más ó menos ingeniosos y atrevidos, pero todos ellos vituperables, todos

reveladores de que ante el interés del lucro nada pueden los preceptos legales, ni las consideraciones de humanidad, ni las santas máximas y los elevadísimos principios del cristianismo. Esta conducta, que no es de imputar ciertamente á todos los patronos, empresarios ó jefes de industria, pues pueden señalarse excepciones cada día en mayor número, de las que Mr. Poincard ha presentado algunos ejemplos, ha sido causa de que no pocos escritores, bastantes asociaciones obreras y algunas de las escuelas socialistas, al mismo tiempo que patrocinan medidas reglamentarias que formando parte del derecho obrero garanticen el cumplimiento estricto, dirijan sus miradas á las antiguas corporaciones gremiales, cuya reconstitución sobre nuevas bases apetecen, para que á la sombra de ellas, no tan sólo el niño y la mujer, sino también el mismo trabajador adulto, encuentren protección y apoyo. «Mientras existieron los gremios, dice el Sr. Sanromá en la obra citada, no hubo necesidad de discurrir sobre la aplicación de los niños á las artes mecánicas, porque todo lo gremial exigía aprendizaje. Señalaban en las ordenanzas el número de meses y años que habían de permanecer los muchachos en una clase de aprendices y oficiales, cuyo término era más ó menos largo según la varia dificultad de enseñar y de aprender cada oficio; pero generalmente en nuestro país, y sobre todo en Cataluña, no bajaba de tres años ni pasaba de seis. Pasado el tiempo, debía hacer constar el aprendiz, por certificación de maestro, que en nada había faltado á lo convenido en la escritura de contrato ajustado por sus padres ó tutores. Á ningún maestro le era permitido recibir ningún aprendiz ú oficial de otro taller sin consentimiento del dueño de éste, precediendo informe del patrón que querían dejar, ni tampoco se podía admitir á trabajar un mancebo que tuviera obra empezada en otra tienda, y en todas las ordenanzas se atendía á los hijos de maestro para hacerles gracia entera ó parcial de los derechos de examen ó de admisión. Estos requisitos, que con sumo rigor y muy á la letra se cumplían, cayeron en desuso á la abolición de los gremios, y de todas maneras hubieran sido inútiles é impracticables cuando comenzó el régimen industrial de la maquinaria, que simplificó las labo-

res menudas de la fabricación. Así como esta circunstancia permitió utilizar los servicios de un gran número de mujeres, así también fué dando entrada en los talleres á una multitud de niños. Y sin adiestrarlos, sin necesidad de guía ni de maestro, puede confiárseles el trabajo subalterno, que ya venía impulsado y como gobernado por la misma máquina.» Por esta breve comparación entre los dos sistemas, comparación bastante exacta, se comprenden las ventajas y los inconvenientes del uno y del otro, del *gremial*, que sujetaba al obrero desde que comenzaba el aprendizaje á una reglamentación demasiado casuística y excesivamente estrecha y opresora, y del moderno, del *industrialismo*, que bajo las apariencias de libertad oculta una mayor opresión, sin proporcionar al trabajador los beneficios que aquél le deparaba. No somos partidarios, ni mucho menos, de aquella agremiación cerrada, convertida por el Estado en irritante monopolio, en asilo de privilegios y en fuente de recursos fiscales. Pero creemos que, reconstituídos los gremios sin los defectos y abusos que los hicieron hasta odiosos, constituirían una de las bases fundamentales de una organización justa, equitativa y racional del trabajo. En los gremios desaparecidos no tenía el niño, como no ha tenido nunca, la protección que le es debida. Sufría también algunos de los males que hoy le aquejan, pero no era tan cruel y despiadadamente explotado. Entraba en el oficio, no para ganar un jornal pequeñísimo utilizado por los padres, no para sustituir al hombre en la fabricación y en la producción, sino como aprendiz, para recibir los conocimientos técnicos que había de utilizar después, y aunque su aprendizaje fuera duro, aunque le ocasionara varios de los daños que son inherentes al trabajo anticipado, aunque no pocos maestros abusasen de él faltando á sus deberes, era siempre un aprendiz y no un trabajador asalariado, y sus padres ó tutores podían acudir al gremio contra los abusos, y en el gremio y en sus ordenanzas encontraban remedio. Formaba parte, por decirlo así, de la familia del maestro, se establecía entre él, los oficiales y el jefe del taller una especie de solidaridad que semejaba en algo á la que se busca con el patronato reformado, y no era llevado al trabajo por un inte-

rés más ó menos vituperable, para ser explotado, para que los que á él le llevaban aumentasen sus ingresos con su pequeña aportación, sino para que aprendiese y se preparara convenientemente para la lucha por la vida. Pero sigamos en nuestro estudio, que de él resultará más perceptible la exactitud de estas brevísimas consideraciones.

II

Karl Marx, que tanto influjo ha ejercido y sigue ejerciendo en el creciente movimiento socialista, que va apoderándose, digan lo que digan sus apasionados y sistemáticos adversarios, de toda la vida social, se ha ocupado en todas sus obras, como era natural y forzoso que lo hiciese, del trabajo de los niños, examinándole bajo sus distintos puntos de vista, pero muy principalmente bajo el aspecto económico. En su notabilísima obra *Das kapital*, de la que ha hecho tan perfecta exposición su discípulo, admirador y colaborador Mr. Devilie, obra á la que se han dirigido tantos ataques, entre otros por monsieur Garofalo en su *Superstition socialiste*, dedica varios pasajes á tan interesantísimo punto. En la imposibilidad de transcribir todos ellos, pues los límites de este trabajo no lo permiten, lo haremos de uno que puede considerarse cual resumen de sus ideas y sirve también de contestación á las del Sr. Sanromá:

«Haciendo la máquina inútil el esfuerzo muscular, dice, permite emplear operarios débiles, pero cuyos miembros sean tanto más flexibles cuanto menos desarrollados. ¡Trabajo de las mujeres, trabajo de los niños! Éste es el grito del capital que se impone por la máquina. Este poderoso medio de disminuir el trabajo del hombre se cambió bien pronto en un medio de aumentar el número de asalariados. La máquina extiende á todos los miembros de la familia, sin distinción de edades ni de sexo, el dominio del capital. El trabajo forzado de todos en provecho del capital *usurpó el tiempo de los recreos de la infancia*, sustituyéndole con el trabajo, cuyo objeto era contribuir al sostenimiento de la familia. El valor de la

fuerza del trabajo estaba determinado por los gastos de sostenimiento del operario y de su familia; era, vendiendo todas las fuerzas del trabajo de la misma, esto es, distribuyendo en diversas fuerzas el valor de una sola, como la máquina vino á disminuir el valor. Puede decirse, en verdad, que el cuadrado de fuerzas, por ejemplo, de que ahora dispone una familia obrera le aprovecha algo más que la sola fuerza de su jefe; pero tenemos también cuatro jornales de trabajo en lugar de uno solo. Con lo que antes una sola familia podía vivir, ahora precisa que cuatro familias, en lugar de una sola, proporcionen al capital, no solamente el trabajo, sino también el *sobretabajo*: así es como la máquina, aumentando la materia humana aprovechable, aumenta también la intensidad del aprovechamiento. Consecuencias inevitables de todo ello son *la creciente mortalidad de los niños y de las niñas, el decaimiento físico y moral de la raza, la disolución de la familia.*»

Si Karl Marx aprecia de este modo el trabajo de los niños en las industrias con relación á los países por él más conocidos, no son menos duros los juicios por otros escritores de nacionalidades diversas emitidos, así como por trabajadores aislados y por sus grandes colectividades. En Italia son varios los que se han hecho cargo de los rudos trabajos á que la avidez industrial, nunca satisfecha, sujeta en aquel país á los niños, especialmente en la minería, y sus palabras pueden muy bien ser aplicadas á España, lamentándose, como también nos lamentamos, de que los Gobiernos pospongan todo á las repulsivas pequeñeces bizantinas, ocupación casi única de los politicastros modernos, y de que tengan en el más completo olvido la legislación protectora del trabajador, sin exceptuar la referente á la infancia y á la adolescencia, sacrificadas á mansalva por el industrialismo, tanto que Italia y España son acaso las dos naciones en donde menos se ha hecho en tal sentido.

Entre dichos publicistas, cuyas palabras no copiaremos porque expresan iguales ideas que las ya expuestas, merece citarse á Di-Cesario, Alongi, Sonnino, Damiani, y en especial á Villari, quien en su *Lettre meridionali* dice, refiriéndose al trabajo en las minas, que «la criatura humana está sujeta á un trabajo que, aun cuando descrito á menudo, aparece cada día

más cruel y casi imposible, siendo cientos los niños que descienden por rápidos senderos ó por escalones incómodos, abiertos en un terreno muy quebradizo y muy húmedo, y que desde el fondo de la mina cargan acuestas con el mineral, subiendo hasta el parque exterior, con el riesgo, si resbalan, lo que es frecuente, de rodar hasta el fondo de la mina y perecer», y añade «ser cosa conocida y mil veces repetida que este trabajo causa inmensos males á los pobres niños, muchos de los cuales mueren, y otros quedan tullidos, inútiles ó enfermos para toda su vida».

III

Las *Federaciones* y los *Sindicatos obreros* han presentado numerosos ejemplos, ofrecido datos interesantísimos, expuesto consideraciones atinadas y tomado acuerdos importantes, demostrando con todo ello los daños cada día más graves que el trabajo de los niños produce, en primer término á tan débiles seres, en segundo término á la sociedad en general, y también á la producción misma. El dar idea, siquiera fuese ligera, no ya de todos, sino de los más importantes de estos acuerdos y trabajos del partido y de las Sociedades obreras extranjeras, nos llevaría demasiado lejos. Así es que lo haremos tan sólo de lo discutido y acordado respecto al particular que nos ocupa en el Congreso socialista de Zurich, celebrado en Septiembre del año último.

Dicho Congreso se hizo notar por una intransigencia con razón duramente criticada hasta por la notable publicación anarquista de París *L'Humanité Nouvelle*, tomando como pretexto la intervención que en él se había concedido á los socialistas católicos, y muy especialmente al eminente prelado monseñor Decurtius, campeón tan resuelto, tan inteligente, tan ilustrado y tan valioso de las nuevas ideas, iniciador de las reformas sociales más beneficiosas en la República Helvética y al que deben no poco las clases trabajadoras. Pero, aparte de este error lamentable, no puede negarse su importancia, y son dignos de consideración y estudio sus debates y acuerdos.

Respecto al trabajo de los niños, fué resuelto, á propuesta del Dr. Schrig, que «todo trabajo productivo debe prohibirse á los niños y muchachos menores de quince años; que todos los niños estarán obligados hasta dicha edad á frecuentar la escuela; que los jóvenes y aprendices de quince á diez y ocho años no podrán ser ocupados más de ocho horas diarias, y que los demás días feriados les será prohibido todo trabajo», acuerdos importantísimos é indudablemente beneficiosos, pero no los suficientes, si otros no los complementaran, para garantizar la salud, la fortaleza, el desarrollo intelectual y moral de la juventud trabajadora.

En nuestro país las agrupaciones obreras han coincidido, cual no podía menos de suceder, con los anteriores juicios, y han señalado repetidamente el abuso que muchos de los patronos hacen del trabajo de los niños. Síntesis de sus ideas en este particular puede decirse que es lo manifestado por el infatigable propagandista Pablo Iglesias con motivo de la ya casi olvidada festividad del 1.º de Mayo en la reunión que ya hace años celebró en el Liceo Ríus, de Madrid, el *partido socialista obrero*. En aquella reunión, mucho menos importante que las de otros años, dijo Iglesias que los niños, «tan ensalzados y cantados por los poetas *cursis* y tan cargados de trabajo por los admiradores de aquéllos, deben ser más protegidos, no deben trabajar antes de los doce años, se les debe ilustrar y permitir su desarrollo, pues de lo contrario, la sociedad se compondrá de órganos deformes y anémicos».

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

LA ROMERÍA DEL HENAR

Hay en España santuarios venerandos que nada tienen que envidiar á los extranjeros, en los que se da culto á imágenes cuya fama de tiempo inmemorial atrae á ellos gran concurrencia de fieles, y en la vieja Castilla hay uno dedicado á Nuestra Señora del Henar, al que acude anualmente extraordinario número de devotos, no sólo de sus provincias, sino también de las limítrofes. Su origen es análogo al de otros varios del Reino, y la tradición piadosa supone que la imagen allí reverenciada es una de las que trajo de la Palestina el famoso San Geroteo á fines del siglo I de la Era Cristiana, y que la dejó en la aldea de San Cristóbal del Henar (provincia de Segovia), donde permaneció hasta que para librarla de caer en las manos de los mahometanos la escondieron en una cueva cercana, en la que se había visto arder un cirio por espacio de muchos días. Cubrieron la entrada cuidadosamente y allí permaneció la imagen ignorada más de ocho siglos, pasados los cuales fué milagrosamente descubierta y colocada en una choza primero, en una ermita de pobre aspecto después; fué más tarde trasladada al actual santuario (erigido el año 1642), que es un templo muy espacioso de una sola nave, formando su pavimento una cruz latina. Ad junta á la iglesia hay una hospedería donde se alojan algunos devotos de los muchos que constantemente visitan la milagrosa imagen.

La fiesta principal de la Virgen del Henar se celebra el domingo más inmediato al día de San Mateo, y al siguiente domingo hacen otra función que la llaman *El Henarillo*, con objeto de que acudan á ella los que no pudieron asistir el día de la verdadera festividad.

Se encuentra el santuario en el partido judicial de Cuéllar,

á una legua de esta villa, y la concurrencia de devotos es muy grande, siendo digno el ver reunidos con un mismo fin, no sólo á habitantes de los pueblos cercanos de la provincia de Segovia, sino también de los distantes, acudiendo tanta multitud que ha habido año de ascender á 30.000 los congregados en un solo día para visitar tan venerada imagen.

En rededor del templo, que está situado en una pradera donde hay una antigua arboleda que da amplia sombra á aquellos lugares, se instalan por grupos llamados *ranchos* los de cada pueblo contribuyendo esta disposición de los romeros á evitar el desorden que produciría la aglomeración de los concurrentes.

Todos los que allí van por devoción, lo primero que hacen es ir á beber agua de la fuente del Cirio, siendo tradición muy sabida que los que están en gracia de Dios logran ver en la superficie del agua el célebre cirio que allí ardía cuando escondieron la imagen en aquel sitio por los años 714 de Jesucristo. Después de esto se encaminan al santuario, donde, cumplida la promesa de visitar la Virgen, dejan ante ella ardiendo una ó más velas, siendo tanta la cantidad de cera que en esta ocasión se consume, que no habiendo candeleros donde colocarlas, las atan los devotos á la alta reja que cierra el paso al presbiterio, y es tan grande el número de las que llevan, que se forma al pie de la reja un verdadero arroyo de cera que cae derretida, de la que toman buenas cantidades los romeros, porque dicen que sirve para curar el dolor de cabeza. Para formar idea aproximada de las velas que se dejan, baste saber que hay año de recoger de seis á ocho arrobas de cera en los dos días, no completos, que dura la romería.

Pero sí es mucha la devoción por llevar velas que alumbran ante la imagen, no es menor la costumbre de dejar dinero para misas en prueba de gratitud á los favores recibidos por intercesión de la Virgen; así es que no parecerá á nadie exagerado que á los pies de la iglesia (debajo del coro) haya dos mesas, en las que dos ó tres sacerdotes no se dan punto de reposo en todo el día á recibir limosnas para misas y expen-

der medallas y estampas de la Virgen que todos adquieren como un recuerdo.

Uno de los principales deseos de los romeros es subir al camarín para contemplar de cerca la imagen y tocar á su manto algún objeto que sirva para recordar la estancia en el santuario; intención tan piadosa llevaba yo también, pero cuando llegó el momento de abrir la puerta que tiene el templo en el lado del Evangelio para dar entrada al celebrado camarín, casi estuve á punto de renunciar á visitarle, al presenciar el obstinado asalto que por parte del apiñado tropel de devotos sufrió la amplia sala que hay antes de entrar en otra un poco más reducida, en la que está el camarín de la Virgen. En efecto, abrir la puerta, atropellar al encargado de este servicio y llenarse como por encanto la sala de los milagros (si se me permite este calificativo, por estar llena aquella amplia habitación de muchos exvotos), fué cosa de un momento; así es que tuve que armarme de paciencia para soportar los excesos de piedad de los peregrinos, que sin ver dónde ponían los pies, se precipitaban en el camarín queriendo cada cual ser el primero que contemplara de cerca la sacrosanta imagen y tocara á ella un objeto cualquiera, hecho lo cual se quedaban tan satisfechos como si hubieran tocado el cielo con las manos.

Después de terribles empujones, pisadas y otros gajes que se encuentran donde se aglomera mucha gente, entré en la sala por donde se pasa para subir al camarín; es una habitación muy espaciosa que se halla cuajada de cuadros de distintos tamaños pintados unos en lienzos y otros en tablas que representan curaciones y otros favores logrados por intercesión de la Virgen; hay gran número de retratos, al pie de los cuales se consigna el nombre del original y el milagro realizado con la fecha en que ocurrió; hay muchas poesías conmemorando prodigios de la imagen y objetos de cera, humildes exvotos de los que curaron por intercesión de la divina Señora. Llaman la atención muchos cirios (en memoria sin duda del que apareció ardiendo en el lugar en que ocultaron la imagen para librarla de caer en manos de los mahometanos) que recuerdan difíciles curaciones logradas por mediación de

la Virgen del Henar; algunos de estos cirios son de gran tamaño, debiendo citarse uno que pesa más de seis arrobas, según he oído decir, tanto como pesaba una señora que curó por haberse encomendado á esta célebre imagen; dicho cirio se conserva en uno de los ángulos de la sala, colocado en un fuerte soporte de madera hecho á propósito y en una ancha cinta de seda consta el nombre de la donante y las circunstancias que concurrieron en el milagro que conmemora. Hay también trenzas de pelo, muletas y cien objetos diferentes colocados allí como ofertas para perpetuar los grandes favores recibidos de la milagrosa Virgen, teniendo cada uno el nombre del devoto que lo puso, relación del hecho que motivó la ofrenda y otros detalles que reunidos y ordenados podrían ser interesantes materiales para hacer la historia de los portentos realizados por Nuestra Señora del Henar.

Apenas había examinado á la ligera las muchas curiosidades que allí se encierran, cuando fuí transportado, casi sin sentirlo, á uno de los extremos de la sala, donde hay una pequeña escalera que da paso al camarín, que es una habitación cuadrada, en cuyas paredes se ven algunos cuadros pintados al óleo y varios espejos antiguos; según se entra á la sala, á la derecha hay un altar que, situado á la espalda del retablo en que se encuentra la Virgen, permite que se la vuelva para que pueda ser contemplada por los devotos; sobre el altar había subidos un sacerdote y un sacristán, que no reposaban ni un momento en la tarea de ir tocando á la imagen objetos á cual más variados (como pañuelos, sombreros, chaquetas, estampas, bolsillos, etc.), que con solicitud entregaban con ese fin los fieles para guardarlos luego como recuerdo.

Salí del camarín, y después de luchar contra la continua corriente de romeros que llenaba la sala de los milagros, pude verme en la iglesia y respirar con algún desahogo, que bien lo necesitaban los pulmones, ansiosos de recibir aire menos cargado, porque el que allí había estaba tan viciado, que de haber permanecido algo más en aquel lugar hubiera corrido peligro de asfixia.

Todo el tiempo que dura la romería, que no llega á dos días, está llena la iglesia de devotos que acuden á cantar la

Salve ante la Virgen, formando unos coros tan distintos de la armonía que el canto exige (por la poca costumbre de ejercitarlo) como grandioso y digno de presenciarlo por la buena fe que se refleja en el entusiasmo con que cantan, disculpándolos el poco cuidado que tienen al formar parte de aquellos coros improvisados.

Pero cuando esto llega á su colmo es durante la noche del sábado (víspera de la festividad de la imagen), en que se celebran las *veladas*, que consisten en ir los de cada pueblo por grupos á cantar la Salve ante la Virgen, siendo sorprendente el efecto que producen las innumerables velas que constantemente arden y las atronadoras voces de los devotos que desafinan más cuanto se esfuerzan en ir al unísono; varias de estas salves las oí con interés porque los de algunos lugares llevaban su dulzaina y tamboril, con los que se acompañaban para cantar la susodicha salve, produciendo un efecto mágico la maestría de los *musiqueros* (como algunos los llaman) y la piedad de los que cantaban, que concluída la canción empezaban á danzar en medio del santuario al son de sus populares instrumentos, y tras largo rato de danza se retiraban dando entusiastas vivas á la Virgen, dejando el sitio á otros que iban á cantar, danzar y vitorear á su *morenilla* (así llaman á la imagen por su color análogo al de otras Vírgenes, como las de la Fuencisla, Atocha, la Almudena, etc.), repitiéndose esto hasta el día siguiente, que es el de la fiesta del Henar, en el que oyen misa desde el campo, pues á uno de los lados del santuario hay un balcón ó galería pequeña que abren de par en par, y allí sube un sacerdote á decir misa, que oyen desde la llanura con gran recogimiento infinidad de personas que no cabrían en la iglesia.

A las diez se celebra en ella la misa mayor y á continuación la procesión, que sale por una puerta del santuario y entra por la otra, después de recorrer la pradera que ante él se extiende, y aunque el trayecto no es muy largo, transcurren cerca de tres horas desde que sale la imagen del templo hasta que vuelve á entrar en él, yendo tan despacio porque muchos tienen costumbre de ir danzando delante de la Virgen, y no se crea que con cierto orden, sino tumultuariamente y em-

pujándose como desesperados los unos á los otros de acá, para allá, dando gritos descomunales los que van al lado de la imagen, que son los de Cuéllar, á los que van delante, que son los de Peñafiel y otros pueblos del contorno.

¡Churros atrás! gritan unos (1) con todas las fuerzas de sus pulmones.

¡*Serranos alante!* exclaman otros. Con la voz ya ronca por lo continuado de la gritería, y entre estos gritos y los de la ¡la Virgen es nuestra! ¡Viva la Morenilla! ¡Viva la Milagrosa! y algunos más, empújense los unos á los otros de un modo semejante al del flujo y reflujo de las aguas del mar y hacen retroceder á la procesión en un minuto lo que le costó un cuarto de hora andar lo entre la apiñada muchedumbre que la rodea.

Tienen costumbre de colocar en el carro triunfal donde llevan la imagen niños salvados de diversas enfermedades por intercesión de la Soberana Virgen. El año que yo presencié la procesión, á más de varios pequeñuelos que por este motivo los colocaron alrededor de la imagen, iba una joven de Cuéllar andando de rodillas detrás de la carroza, en cumplimiento de una promesa que hizo á Nuestra Señora del Henar para que salvara á su padre de una grave enfermedad. El autor de sus días sanó al poco tiempo, y la piadosa hija acudió solícita á cumplir lo prometido en días de desconsuelo y aflicción. También tienen muchos la costumbre de ir con los pies descalzos, ya desde la fuente del Cirio al santuario, ó ya detrás de la Virgen durante la procesión, en cumplimiento de promesas anteriores.

Según va pasando la procesión, tienen los romeros los carros preparados ó las caballerías aparejadas y sólo esperan á que pase por el lado que ellos se encuentran la venerada imagen, y en cuanto logran verle la cara, arrean el ganado y marcha cada cual en dirección á su hogar, siendo muy pintoresco presenciar este desfile tan variado como rápido, de

(1) Se llaman *churros* porque la ropa exterior, tanto la de los hombres como la de las mujeres, la tejen ellos mismos con la lana de las ovejas que se conocen con el nombre de *churras*.

tal modo que poco tiempo después de haber entrado la Virgen en el santuario no quedan en la pradera ni la quinta parte de las personas que en ella se agolpaban.

*
* *

Cumplido el objeto principal de la expedición al Henar, que es visitar la Virgen y quedarse á la velada y aguardar á que pase la procesión por delante de los respectivos ranchos, el tiempo restante de los dos días escasos que por lo general se pasan en aquel sitio lo invierten unos en divertirse, otros en comprar utensilios y bagatelas y algunos en robar ó *recoger* si hay algo perdido (1) de cuanto en el más concurrido mercado pudiera buscarse, pues acuden comerciantes é industriales de Valladolid, Peñafiel, Bernardos, Cuéllar y otros varios puntos con sus mercancías y productos, haciéndose muchas transacciones. Hay gran número de puestos de comidas y bebidas, y como todo va progresando, hay también dos cafés, donde acuden muchos á hacer menos largo el tiempo que acostumbran á pasar en aquellos sitios; la gente joven entretiene el día y la noche bailando, pues vienen gran número de gaiteros y tamborileros que se dedican á tocar donde les llaman, con lo que hacen su negocio.

Como no hay albergue para tantos miles de personas, muchas pasan la noche en los carros ó en el suelo, arropados en mantas, y otros encendiendo leña y formando lo que llaman *luminarias*, alrededor de las cuales cantan y bailan, componiendo un contraste fantástico los variados movimientos del baile, las diversas voces de los cantores y el humo de las hogueras ó luminarias que se eleva por encima de la corpulenta arboleda, pareciendo que crecen y se achican indefinidamente los gigantescos arbóreos, según las ondulaciones del humo, impulsado por el fresco viento que juega con las ramas de los

(1) No se crea que es invención mía el suponer que á tan apartados lugares vayan algunos *con mal fin*, pues es muy corriente en la comarca decir: «Virgen del Henar—unos vienen por verte—y otros por robar».

árboles al compás del murmullo cadencioso que produce un arroyuelo que corre al pie del santuario.

Es fama en la región segoviana que los novios prometen, si se cumplen sus deseos, ir el primer año de casados á hacer una visita á la Virgen del Henar, y así lo comprueba el siguiente cantar:

Virgencita del Henar,
si nos casamos un día,
iremos en romería
á visitarte á tu altar.

No respondo de toda la exactitud de estos versos, pero si no son iguales son parecidos al menos, y en el fondo lo mismo que los que cantan los enamorados con la mayor buena fe, y de algunos sé que el primer año de matrimonio han ido con mucho fervor á visitar la sagrada imagen.

Después que vi volver la procesión al santuario, y mientras el desfile de romeros continuaba con gran celeridad, fuí á despedirme de la Virgen del Henar, y cuando entré en el templo se disponían á subirla el sitio en que habitualmente permanece; pero aquellos mozos (1) de Cuéllar, Peñafiel y otros pueblos, que incansables habían ido danzando delante de la imagen durante la procesión, una vez que la habían acompañado hasta dentro del santuario, parecía como que sentían separarse, al menos por un año, de *su morenilla*, y con voces frenéticas y ademanes descompuestos por la sofocación que tenían de tanto accionar, arrastraban el carro triunfal en que se encontraba la Virgen de un lado á otro del crucero del templo, desde la puerta de la sacristía á la del camarín por donde habían de subirla, y se despedían de ella gritando: ¡La Virgen es nuestra! ¡Viva la Virgen del Henar! ¡Que nos la dejen! y otras exclamaciones que probaban el gran fervor de que estaban poseídos.

(1) La mayoría de los danzantes eran mozos, pero había algunos hombres ya ancianos que con orgullo decían que hacía treinta ó más años que no habían faltado ni uno á danzar delante de la Virgen el día de su fiesta, y que gracias á Dios y su divina Madre estaban buenos y sanos para el trabajo como si fueran jóvenes.

Salí del sagrado recinto después de ver los obstáculos que su arrebatada piedad les sugería para que la imagen no quedara en seguida en su lugar acostumbrado, y me dirigí al rancho de los de Turégano, donde sólo quedaba el carro que me había conducido á aquel lugar, y me separé de la pradera en que se había celebrado la tradicional romería del Henar, que tan ponderada es en ambas Castillas, conservando un grato recuerdo de aquella piadosa fiesta, cuyos caracteres más salientes no se borrarán fácilmente de mi memoria.

GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN,
Catedrático del Instituto de Guadalajara.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

La tristesse contemporaine, ensayo sobre las grandes corrientes morales é intelectuales del siglo XIX, por H. FIERENS-GEVAERT.—París, Félix Alcan, editor, 1899.—En 8.º, IV-195 páginas, 2,50 francos.

«Facilitar á los espíritus indecisos el que se orienten á través de nuestras filosofías contradictorias, que resistan á las seducciones de los sofistas y se opongan en la medida de lo justo al altruísmo de ciertos apóstoles (destructores inconscientes de un estado de cosas que no son capaces de mejorar) y hacer que las personas extraviadas se formen un concepto más armónico y equilibrado de la existencia», tal es el fin que se ha propuesto el autor, según declara en la advertencia que precede al libro. *La tristeza contemporánea* es una crítica filosófica aplicada á los acontecimientos más salientes y á los hombres más significados de este siglo. Al elegir como símbolos de ciertos grandes hechos morales, políticos ó artísticos á personalidades como Leopardi, Augusto Comte, Schopenhauer, Tolstoi, Ricardo Wagner, Verlaine, Nietzsche, etc., etc., el Sr. Fierens-Gevaert examina los grandes sentimientos que han trastornado las conciencias modernas.

Aunque el libro se funda sobre bases generales, está escrito con calor que se comunica y apasiona á la vez que nos ilumina respecto á todas las tristezas de la hora presente. No vaya á creerse que es la obra de un pesimista, pues combate vigorosamente á los filósofos de la duda. Conocidos son los trabajos artísticos del Sr. Fierens-Gevaert, y particularmente su hermoso estudio *Essai sur l'art contemporain* (del mismo editor), y su última producción será seguramente muy leída y elogiada por la juventud intelectual.

*
* *

La photographie animée, por EUGENIO TRUTAT, director del Museo de Historia Natural de Tolosa, etc. Prefacio de J. MARCY, individuo del Instituto.—París, Gauthier-Villars, editor, 1899.—En 4.º, XII-185 páginas con 146 figuras, 5 francos.

En los pocos años que hace se ideó la fotografía animada ó de los movimientos, ha realizado grandes progresos y llega casi á su último grado de perfección. Empieza el autor estudiando los orígenes de este método y sigue la rápida marcha de las invenciones; describe los sistemas de aparatos y llega á los cinematógra-

fos, cuya lista es ya larga; luego examina los métodos que le parecen más prácticos para la obtención de la tira fotográfica y su empleo en la linterna de proyecciones.

Los esfuerzos de físicos, químicos y mecánicos han logrado simular la vida; basta, en efecto, hoy colocar una cajita delante de una escena movida para que ésta quede como presa hasta el momento en que el mismo aparato presente sobre una tela todo lo que ha visto. De aquí á veinte, á cien años, podrá reconstituirse de nuevo la escena, para lo que es suficiente conservar en un estuche de algunos centímetros una película de celuloide y de gelatinobromuro de plata.

No se reduce esta maravillosa invención á exhibir cuadros y escenas; en manos de los hombres de ciencia ha dado resultados importantísimos: Marcy ha conseguido establecer un método de observación muy interesante. La marcha de los animales, examinada en el aparato cromofotográfico, se ha descompuesto en sus menores detalles, resolviéndose así muchos problemas.

*
**

Pour devenir médecin, *por el* DR. MICHAUT.—*Paris, Schleicher hermanos, editores, 1899.—En 8.º, 192 páginas con 37 figuras en el texto y 4 láminas de color, 1 franco.*

Trátase en este volumen de una de las profesiones liberales más importantes. Cuando un joven se propone seguir una carrera suele sentirse embarazado. «¿Me haré médico, abogado, industrial, comerciante, ingeniero?», se pregunta. Y salvo el caso de una vocación decidida, interviene la casualidad en su elección. El autor indica el pro y el contra de la carrera de médico, papel que éste desempeña, estudios que ha de hacer, su duración, objeto, programas, gastos, exámenes, grados, concursos, etc., hasta obtener el codiciado título. Refiere la vida del estudiante de medicina, modo de elegir hospedaje, instrumentos que se han de adquirir para la práctica de la profesión, manera de conquistar clientela, relaciones del médico con sus compañeros y enfermos, deberes del médico y cargos públicos á que puede aspirar.

Avaloran el libro los muchos grabados que contiene.

*
**

Lettres inédites de J. Stuart Mill à Auguste Comte, *publicadas con las respuestas de Comte y una introducción, por* L. LÉVY-BRUHL.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1899.—En 4.º, XXXVIII-560 páginas, 10 francos.*

Las cartas de Comte á S. Mill se publicaron en 1877, pero las de éste á Comte permanecían inéditas. El Sr. Lévy-Bruhl da hoy á la estampa esa correspondencia en su totalidad.

Las cartas de Mill causarán cierta sorpresa á los que las lean, porque indican que estuvo á punto de afiliarse, por lo menos en

un principio, á la filosofía positivista. En el ocaso de su vida la combatió enérgicamente. Pero es indudable que hacia 1841 pasó por una fase en la que el método y doctrina positivistas casi le conquistaron.

Vemos que prodigaba los testimonios de deferencia, respeto y admiración al genio de Comte, á quien denomina «hermano suyo en filosofía». Poco á poco, sin embargo, aparecen las divergencias que, lejos de disiparse son la discusión, se ahondan. Por ejemplo, en la cuestión del método en psicología, en el problema de la igualdad natural de ambos sexos, cada uno mantiene inquebrantables sus convicciones.

A más de ser esta correspondencia un documento precioso para la biografía y la doctrina de los dos filósofos, ofrece mayor alcance: interesa á la historia de la filosofía, y particularmente á la historia de la filosofía social. En la evolución de esta filosofía durante el siglo XIX acaso no haya episodio tan instructivo como las relaciones entre Mill y Comte, en las que estalla el antagonismo de sus ideas por el mismo esfuerzo que hacen para aproximarse el uno al otro.

*
* *

Philosophie naturelle d'Aristote. *Estudio de la causa final y su importancia en el tiempo presente, por NICOLÁS KAUFMANN, profesor de filosofía en el Liceo de Lucerna, presidente de la Academia de Santo Tomás. Traducido del alemán por A. Fr. Deiber.—París, Félix Alcan, editor, 1899.—En 8.º, XIX-154 páginas, 2,50 francos.*

En las ciencias como en la demostración hay que llegar á una primera evidencia indemostrable en sí misma y principio de demostración de las demás. La verdad en que se apoyó Aristóteles para fundar su teoría del desarrollo y de la evolución de los seres, que comprobó y que se comprueba aún en los diversos órdenes de cosas, es la causa final, la causa intencional, la primera de todas las causas.

Tal es el objeto de este estudio. El autor ha investigado en las obras de Aristóteles todo lo referente á la finalidad, para formar un tratado que expone el pensamiento de aquél sobre este asunto, disperso en sus diferentes escritos; lo toma desde su punto de partida y en el origen de la concepción; le sigue en su desenvolvimiento á través de la serie de las cosas hasta el Ser en sí, en quien se encarna y resume la finalidad misma. Presenta, en suma, una monografía completa de la teleología de Aristóteles.

El Sr. Deiber ha traducido esta obra para satisfacer el deseo que expresó la *Revue Thomiste* de que «se difundiese en Francia el conocimiento de un libro tan á propósito para enterarse de las doctrinas peripatéticas». La traducción es muy fiel y correcta.

*
* *

Otras publicaciones.

La Ciudad de Dios. Madrid, 20 de Febrero.—El P. Angel Rodríguez Prada reseña *El Observatorio astronómico y meteorológico del Vaticano*, cuya historia divide en tres períodos: 1.º, desde mediados del siglo XVI hasta el año 1780; 2.º, desde esta época al año 1891, y 3.º, desde éste al presente. En aquel importante centro científico alcanzó renombre universal el P. Secchi; fué luego director el P. Francisco Denza. Actualmente lo dirige el citado agustino P. Rodríguez Prada, quien confiamos será digno sucesor de tales sabios.—El P. José de las Cuevas prosigue su detenido estudio de *Las escuelas económicas en su aspecto filosófico*.—*Los manuscritos árabes del Escorial* sirven para que luzca sus profundos conocimientos en la materia el P. Juan Lazcano.—Continúa el *Diario de un vecino de París durante el Terror*, por E. Biré, que tanto interés ha despertado, y concluye el número con una excelente sección denominada *Revista de Revistas* y una *Crónica general*.

Discursos leídos ante la Real Academia sevillana de Buenas Letras el 5 de Febrero de 1899 por los Sres. D. Carlos Cañal y Migolla y D. Francisco Rodríguez Marín, en la recepción del primero. Sevilla, imprenta de *La Andalucía Moderna*, 1899.—No son, á buen seguro, cuerpos muertos las Academias oficiales de España, contra lo que maliciosamente suele afirmarse; fundadas en tiempos ya remotos, compuestas por lo común de hombres que dieron á las alegrías de la juventud el postrer adiós y no tardan muchos años en ausentarse del mundo de los vivos, renacen, empero, de sus propias cenizas, no como el fabuloso fénix, de todo en todo, sino renovándose parcial y continuamente. Así en las Academias se aúnan la robustez de los árboles viejos en cuanto al tronco y las raíces y la lozanía de los árboles jóvenes por lo que hace á las ramas y á los frutos. Ramas pomposas y ya sazoados frutos ha desplegado la de Buenas Letras de Sevilla con la votación del nuevo individuo D. Carlos Cañal y Migolla, quien, entrando apenas en la mayor edad, ha obtenido tan justa como merecida recompensa á sus afanes y laboriosa vida. En el tema *El concepto actual de la historia y su aplicación á la de nuestra patria* se da un recorrido brillante y por lo regular expositivo del primer extremo, sosteniendo que no basta el desenvolvimiento de la historia política (externa é interna) para integrar el edificio histórico de un pueblo, sino que debe acudirse á las fuentes históricas de los testimonios monumental, oral y escrito, al elemento folklórico, á la literatura y arqueología, no menos que á las ciencias auxiliares, sobre todo de la sociología, que no debe ser expuesta con independencia de la historia. Por lo que á España se refiere, la obra del Sr. Cañal es un curso de historiografía, quizás un poco apresurado, porque la ocasión y el tiempo no daban para más. Del discurso de contestación, encomendado al Sr. Rodríguez Ma-

rín, puede decirse que «tales manos lo hilaron», y á lo vasto de sus conocimientos aúna las delicadezas del literato y el exquisto gusto del poeta.

Es Sevilla uno de los buenos centros de la cultura española, á los que la REVISTA CONTEMPORÁNEA dedica especial atención, y los discursos de que damos cuenta son otras tantas pruebas de que la ciudad hispalense continúa en el camino de sus buenas tradiciones.

Los productos comerciales, su estudio y reconocimiento. Málaga.—El distinguido profesor, por oposición, de la asignatura de reconocimiento de productos comerciales en la Escuela Superior de Comercio de Málaga, D. Francisco Rivera Valentín, persona de relevante competencia en la materia, por unir á dicha circunstancia la de ser doctor en medicina y director del Laboratorio municipal en la citada capital andaluza, prosigue con incansable actividad la publicación de su importante obra, de cuya aparición dimos cuenta á los lectores de nuestra REVISTA, acerca de *Los productos comerciales, su estudio y reconocimiento*.

El primer tomo de los tres en que se ha de dividir la obra no está aún terminado y ya se han repartido once cuadernos de cuarenta páginas cada uno. Los últimos se dedican al estudio del vidrio y cristal, productos cerámicos, minerales metálicos y metales.

Mucho es el interés que el libro del Sr. Rivera Valentín va consiguiendo despertar, y á medida que adelanta su publicación se comprende el buen éxito que ya ha obtenido de corporaciones doctas, del personal del cuerpo de Aduanas, de los profesores y peritos titulares de la carrera de comercio, de cuantos, en fin, se dedican á la vida industrial y mercantil en nuestra patria.

Ha salido á luz el primer número de la *Revista Nueva*, publicación decenal esmeradamente impresa y lujosamente presentada en forma de tomo en 8.º El correspondiente al 15 de Febrero tiene 80 páginas de amena y selecta lectura.

El sumario es el siguiente:

«Epílogo.»—«A la juventud intelectual.»—«Reparaz.»—«El rey dormido.»—Matheu: «¿No hay justicia?» (cuento).—Baroja: «Nietzsche y su filosofía».—Filón: «Rostand y Cyrano».—Mínimo: «Mínúsculas».—Palmerín de Oliva: «Libritos y librotos».—Lasalle: «La Walkyria».

Pequeña enciclopedia práctica de construcción, publicada bajo la dirección de L. A. Barre, ingeniero de artes y manufacturas.—Los editores Bailly Bailliére é Hijos han publicado los tomos I y II, á saber:

Movimientos de tierras, fundaciones, andamios, talleres, etc. Traducido del francés por D. Antonio Aguirre, ayudante de Obras públicas y licenciado en Ciencias. Madrid, 1899. En 8.º, 160 páginas con 212 figuras, 1,50 pesetas.

Materiales de construcción, su empleo y resistencia. Traducido del francés por D. Antonio Aguirre. Madrid, 1899. En 8.º, 152

páginas con 37 figuras en el texto.—Tanto este volumen como el anterior son de utilidad indudable.

Idill. Budapest, 1899. En 4.º, 21 páginas.—El docto escolapio P. Körosi Albin, profundo conocedor de la literatura castellana, ha hecho una esmerada versión al idioma húngaro del hermoso *Idilio* de Núñez de Arce, la que ha valido grandes elogios á nuestro ilustre compatriota y á su fiel é inteligente traductor. El P. Albin ha terminado ya la versión de *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega, y pronto publicará también un tomo de *Leyendas españolas*, en verso y en prosa. La difícil labor del sabio escolapio merece profunda gratitud por nuestra parte.

De la méthode dans la psychologie des sentiments, por F. Rauh, profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Tolosa. París, Félix Alcan, editor, 1899. En 4.º, 305 páginas, 5 francos.

No es éste un libro de metodología abstracta, sino una serie de estudios sobre la psicología de los sentimientos, destinada á ofrecer el ejemplo de un método científico, en concepto del autor; ha querido, á propósito de un caso particular, determinar en qué sentido podía aplicarse la idea de ciencia á las cuestiones psicológicas. Hasta deja entrever que la solución que propone se aplica á todas las ciencias del entendimiento. Opina Rauh que la actitud científica es muy distinta de lo que suponen los partidarios de la escuela psico-fisiológica y que se llega necesariamente, permaneciendo fiel á esa actitud, á concebir una psicología muy diversa de la denominada comúnmente científica. En el estado actual de nuestros conocimientos, la psicología es complejísima y presenta un defecto caótico, por decirlo así.

Estadística de Obras públicas. Tomo II. Ferrocarriles y tranvías. Obras marítimas. Ríos y Canales. Ensanche de poblaciones y construcciones civiles. Personal y asuntos generales. Madrid, 1898. En folio, CVIII-152, CCCVII-110, CCXVIII-45, LXXXIII-71, XII páginas y dos mapas de España, en los que se representan los ferrocarriles, canales y obras marítimas en 31 de Diciembre de 1897.—El Sr. D. Diego Arias de Miranda, inteligente y digno Director general de Obras públicas, nos ha favorecido con un ejemplar de esta importante publicación, que comprende los datos relativos á las materias que antes se citan, en los años de 1895 y 1896.

Memoria sobre el estado y progreso de las obras en el puerto de Valencia durante el año económico de 1897 á 1898 y breves reseñas del anteproyecto general de obras de ensanche y mejora del proyecto de los nuevos diques exteriores. Valencia, 1898. En 4.º mayor, 170 páginas con un plano general del puerto de Valencia y cinco planos referentes á los proyectos.—Basta hojear este volumen, elegantemente impreso, para convencerse del acierto con que dirige las obras en el importante puerto de la ciudad citada el ilustrado ingeniero D. Manuel Maese. Dentro de unos nueve años este facultativo habrá terminado una empresa de gran magnitud que prestará servicios de incalculable valía al país en general y par-

ticularmente á Valencia. Es consolador, en medio de las desdichas que actualmente nos abruman, ver que al lado de ciertos políticos que intrigan y caciquean (permítasenos el verbo) haya hombres de ciencia que, como los ingenieros D. Pablo de Alzola y D. Manuel Maese, trabajan con ahinco por la prosperidad de nuestra nación. Hubo un día en que D. Modesto Fernández y González lanzó el grito de «Más industriales y menos doctores». Hoy se oye por todas partes el de «Menos políticos y más trabajadores».

Revista Eclesiástica. Director, D. Victorián Aragón y Lasierra, canónigo de Valladolid.—En esta publicación quincenal, que cada día ofrece mayor interés, leemos con frecuencia importantes trabajos sobre asuntos jurídicos, debidos á la pluma de nuestro docto colaborador D. Antolín López Peláez, vicario general de Burgos.

La Revue Socialiste. París. Director, Gustavo Rouanet.—En su número de este mes contiene, á más de otros trabajos, los que siguen: *El hambre en Rusia en 1898*, por León Tolstoi; *Una reforma obrera*, por Mauricio Charnay; *Nueva teoría del provecho y de la producción*, por L. Einaudi; *Judíos de Rusia*, por H. J. Phalippou; *La crisis de la enseñanza*, por Pablo Buquet; *Revista económica*, por G. Rouanet; *Movimiento social en Inglaterra*, por Julio Magny.

La regeneración por el sufragio. Manera de conseguir la verdadera representación del pueblo y tener buenos Gobiernos, por Valerio Cervera. Palma, 1899. En 8.º menor, 33 páginas, 0,25 de peseta. Opúsculo escrito con muy buen deseo.

La «Biblioteca Científica Internacional», que dirige en París el Sr. Alglave, acaba de aumentarse con una nueva obra sobre un asunto que en todo tiempo ha interesado á los hombres de ciencia y á las personas ilustradas en general: nos referimos al volumen titulado *La Céramique ancienne et moderne*, por E. Guignes y Ed. Garnier, director el primero de los tintes de los Gobelinos y conservador el segundo de las colecciones que hay en la fábrica de Sèvres. Ambos autores, que están al frente de las dos grandes manufacturas de Francia, son los más autorizados para tratar el uno de la parte técnica y el otro de la parte artística é histórica de la materia.

Se explican en la obra citada los caracteres que distinguen á las diversas porcelanas y lozas en todos los países y épocas de la historia, á la vez que se describen los más recientes descubrimientos en esta maravillosa industria artística. (Un tomo en 4.º, encuadernado en tela y con 100 figuras en el texto.—París, Félix Alcan, editor, 6 francos.)

Los *sordos* han sido siempre objeto de observaciones tan interesantes para los filósofos y sabios como curiosas para todos. Ahora se les acaba de dedicar un nuevo libro que pertenece á la «Biblioteca Científica Internacional», y se titula *L'audition et lises organes*, por el Dr. Gellé, especialista hace tiempo en las enfer-

medades del oído. El autor examina sucesivamente los caracteres de las vibraciones sonoras y los órganos auditivos. Pasa luego á las sensaciones auditivas, que estudia en todas sus variedades, en sus formas normales y en sus deformaciones morbíficas, que son tan importantes. Multitud de dibujos hacen más fácil la comprensión del texto. (Un tomo en 4.º encuadernado en tela y con 70 figuras en el texto.—París, Félix Alcan, editor, 6 francos.)

Congreso Católico Nacional de Burgos.—Así se titula un folleto que inserta el reglamento, firmado por el sabio Vicario general y colaborador nuestro, Dr. D. Antolín López Peláez, y los puntos de estudio. Propónese aquel Congreso defender los intereses de la religión, difundir la educación é instrucción cristianas, promover las obras de caridad y acordar los medios para la restauración moral de la sociedad. Se prohíbe mezclarse dentro del Congreso en asuntos meramente políticos. Empezarán las sesiones públicas el 30 de Agosto venidero y serán en número de tres á más de la inaugural, y en ellas no se permitirá discusión alguna. En cada una se leerá ó pronunciará un discurso doctrinal ó de fondo y dos breves á modo de alocuciones. Todos estos discursos estarán á cargo de los oradores invitados por la Presidencia de la Junta.

Las memorias se han de remitir con un mes, por lo menos, de anticipación á la fecha de apertura del Congreso y las que sean aceptadas se publicarán luego íntegramente ó en extracto.

Los individuos del Congreso se dividen en titulares y honorarios: los primeros son los que se inscriben para tomar parte en las sesiones, así particulares como generales; honorarios son los que se inscriben con la mira de proteger y auxiliar al Congreso con su influencia personal ó social, con donativos, suscripciones ó de cualquiera otra manera que les sea posible.

Para ser individuo del Congreso debe pedirse anticipadamente la inscripción á la Secretaría de la Junta por medio de los comisionados de cada diócesis, ó bien directamente, remitiendo diez pesetas, destinadas á sufragar los gastos del Congreso. Debe expresarse al hacer la petición en cuál de las dos clases desea ser inscrito el aspirante, su nombre, apellidos y domicilio y la sección á que quiere pertenecer.

Comprenderá el Congreso cuatro secciones, de asuntos piadosos, de propaganda, sociales y jurídicos, para cada una de las cuales se ponen cinco temas. Citaremos algunos:

Inconvenientes que resultan de no permitir que los eclesiásticos sean diputados á Cortes.

Modo de conseguir que se funde y tenga gran circulación un diario católico sin determinado color político.

Triste estado á que se hallan reducidas las clases agrícolas y manera de aliviarlas.

Medios de contener la excesiva emigración de españoles y de impedir que los emigrantes sean inicualemente explotados.

Males que provienen de las guerras y de los armamentos desproporcionados á las fuerzas de las naciones.

Reformas en el Código penal que deben pedir insistentemente los católicos.

En resumen: los altos fines que persigue el Congreso proyectado y la indiscutible autoridad del Sr. Arzobispo de Burgos y del Sr. López Peláez harán que dé aquél ópimos frutos.

A.

Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.^o

Teléfono 934.